

RESEÑAS

FERNANDO ACUÑA (editor), *Los primeros 50 años de la Televisión Chilena*. Santiago, Impresión Printer, 2007, 383 páginas, gráficos e ilustraciones.

La tesis del libro, expresada por el editor en su introducción, es que el “desarrollo tardío de la televisión en Chile es el producto del miedo y del temor paternalista de nuestras elites” (p. 13). Sobre esa base se ordenan cinco monografías que permiten dar cuenta de la historia de la televisión chilena.

En el primer capítulo: “Paradojas en los inicios de la televisión chilena”, María de la Luz Hurtado cubre la primera década de esta historia, desde 1959 hasta 1969, donde los inicios de la televisión están asociados a los experimentos tecnológicos en las universidades chilenas. La Universidad Católica de Chile (UC) y la Universidad Católica de Valparaíso (UCV) iniciaron sus transmisiones en el mes de agosto de 1959, en tanto que la Universidad de Chile lo hizo en el mes de noviembre de 1960. Sin embargo, el impacto social fue reducido debido, por una parte, a la escasez de aparatos receptores, y por otra, al hecho de que el gobierno de Jorge Alessandri no asignaba a la TV ninguna función ni educacional ni económica. Esto hizo que la autoridad permitiera su funcionamiento “de hecho” sin una normativa clara, a pesar de que las transmisiones se coordinaban en los aspectos técnicos con la estatal Dirección de Servicios Eléctricos. Los intentos de la Asociación de Radiodifusores de Chile y de empresas periodísticas y otros privados por realizar transmisiones fueron censuradas.

Dada la existencia de la televisión universitaria y al relativo bajo costo de los aparatos, el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962 promovió la primera masificación de esta nueva tecnología. Los aparatos llegaron a veinte mil en Santiago y Valparaíso, para que pudieran observarse las transmisiones realizadas desde los estadios del país.

Aunque en 1963 el debate sobre un estatuto para la TV llegó al Parlamento, la idea de legislar fue rechazada manteniéndose el *statu quo*. En el gobierno de Frei Montalva solo en 1967 se comienza a gestionar un canal estatal a través del Ministerio de Educación. Mientras tanto, el Canal 13 de la UC se desarrolla al amparo de un modelo que juntaba aspectos de la TV de servicio público europeo y la TV comercial norteamericana.

Los procesos de reforma universitaria a partir de 1967 afectaron no solo al interior de las universidades, sino también a sus relaciones con la sociedad; nació así la Vicerrectoría de Comunicaciones en la UC, mientras que en la Universidad de Chile los estudiantes apuntaron a contrarrestar la hegemonía de la izquierda en la conducción de su canal. Por su parte, Televisión Nacional de Chile (TVN), que aparece en 1969, también fue una realidad *de facto* que entró en funcionamiento sin “permiso” y sin una discusión de un organismo plural.

En términos generales, la propuesta inicial de la TV chilena fue original al compatibilizar las demandas políticas con la televisión educativa y cultural, junto a un canal estatal que, por gubernamental y monopólico, pudo ser controlado por el gobierno de turno.

El segundo capítulo está a cargo de Claudio Rolle, “De Televisión Nacional a la televisión nacional”, y cubre el período 1968-1978.

Como se ha visto, existía la idea de establecer una red nacional de televisión dependiente del gobierno. Los encargados de la propuesta técnica y empresarial, junto con los funcionarios de gobierno optaron por crear una sociedad de responsabilidad limitada, filial CORFO. “Televisión Nacional” se financió originalmente con fondos provenientes del Ministerio de Educación, advirtiéndose que debía transitar hacia el autofinanciamiento. La mayor parte de su programación se realizaba en Santiago, pero se aspiraba a establecer productoras en algunas cabeceras de provincia. En todo caso, existían estaciones regionales en Arica, Antofagasta, Talca, Concepción y Punta Arenas.

Las transmisiones se iniciaron en 1969 en forma experimental, para ponerse en marcha regular a partir del mes de septiembre. Pero, ya en julio del mismo año, los canales de la U. de Chile, la UC y TVN hicieron la primera transmisión en cadena y vía satélite, con ocasión de la llegada del hombre a la Luna, que fue vista por casi tres millones de chilenos (p. 81).

En la UC el proceso de reforma significó la implementación de un proyecto propiamente universitario que vinculaba al canal con la Vicerrectoría de Comunicaciones, la Escuela de Artes de la Comunicación y el Departamento de Comunicación Audiovisual (DECOA). En la Universidad de Chile, la reforma universitaria llegó a su canal de televisión de la mano de una identificación como espacio de la izquierda política y de apoyo a los postulados de la Unidad Popular: todo ello con problemas, pues se sucedieron tres directores en menos de dos años, donde uno de ellos ejerció como dimisionario por más de seis meses. El resultado fue una propuesta televisiva autónoma del proyecto universitario.

El conjunto de la televisión chilena mostró su rol con ocasión de las elecciones presidenciales de 1970. TVN ya había adquirido carácter genuinamente nacional, pues sus transmisiones alcanzaban a 21 ciudades además de Santiago.

A raíz del triunfo electoral de Salvador Allende se discutió la legislación que buscaba establecer un estatuto para la televisión chilena. En menos de un mes se llevaron a cabo las discusiones parlamentarias y la ley fue promulgada en octubre de 1970. En ella se ratificaba a TVN como canal nacional, se autorizaba a los canales universitarios de Santiago a extender sus transmisiones, a la vez que se les exigía convertirse en corporaciones de derecho público, y se creaba el Consejo Nacional de Televisión, con representantes de los canales y de los tres poderes del Estado.

En los meses siguientes los diferentes canales adoptaron estrategias diferentes: Canal 13 se consolidó con las mayores audiencias según las encuestas de opinión y progresivamente se identificó con las opciones políticas de la oposición a Allende. El canal de la Universidad de Chile optó por la transmisión de programas culturales latinoamericanos, y se independizó completamente de la autoridad universitaria, a tal punto que a partir de junio de 1973 aparece Canal 6 como vocero de la

Corporación de Televisión de la U. de Chile, y la Corte de Apelaciones, en julio, determina el fin de las transmisiones de Canal 9. TVN por su parte, se abanderiza con el proyecto político de Allende a través de su departamento de prensa.

A partir del golpe militar los canales son intervenidos, al igual que las universidades, y TVN se alinea incondicionalmente con el gobierno. Es posible observar una progresiva pérdida de influencia de los noticiarios y la preponderancia de la programación masiva: Festival de Viña del Mar, fútbol, telenovelas, series envasadas de procedencia norteamericana y programación familiar. Entre las pocas innovaciones es posible destacar Teleduc (1977), programa de educación a distancia.

A partir de 1974 se permite la extensión a provincias de los canales universitarios y a partir de 1976, con las transmisiones vía satélite, es posible cubrir todo el territorio nacional en forma simultánea. En 1978, y con ocasión del Campeonato Mundial de Fútbol, se inician las transmisiones a color con el consiguiente aumento de los costos y una serie de cambios en la publicidad; también aparece el control remoto. Todo ello en medio de un “apagón cultural” y de la domesticación de los telespectadores que, no obstante, comienzan a tener acceso a las informaciones sobre los horrores del gobierno militar por otros medios.

El período analizado termina con la primera Teletón, que pone de manifiesto el poder de la televisión como medio “nacional”.

El tercer capítulo, a cargo de Diego Portales, se titula “Luces y sombras de la televisión chilena en los años 80”. Se inicia con las transmisiones a color y abarca hasta la campaña del plebiscito de 1988. La hipótesis central es que durante el período la televisión chilena está marcada por la restricción informativa y la obligación del autofinanciamiento de los canales sobre la base de la publicidad.

En el contexto del ya citado “apagón cultural” y del *boom* económico, los canales aumentaron la producción nacional y realizaron inversiones en tecnología, infraestructura e innovación. La discusión, sin embargo, alude a la banalidad de los contenidos. De ahí que los creativos establecieran una obligatoria ‘franja cultural’, en la que cabían tanto la ópera internacional como los concursos sobre conocimientos culturales y ‘teatro’ de dudosa calidad.

La crisis económica de los inicios de los años 80 impacta fuertemente a la televisión, y el Estado da señales contradictorias: se suceden los cambios de directores de TVN, las reducciones de personal y la programación de bajo costo. En 1984 se autoriza el funcionamiento de la TV por cable. A partir de 1985 la gestión de los diferentes directores de TVN se lleva a cabo sin ningún “cuidado por el futuro institucional de la empresa subordinando su quehacer a los imperativos y prolongación del régimen de Pinochet” (p. 155).

Entre 1985 y 1986 se produce el debate sobre el Anteproyecto de Ley del nuevo Consejo Nacional de Radio y Televisión, provocando la reacción de los radiodifusores, los académicos, los partidos políticos, los obispos y otros actores sociales, el que continuará en 1987 centrado en el tema del acceso a la televisión de los diferentes actores políticos.

La visita del Papa a Chile en abril de 1987 constituyó también un desafío para la TV. El Gobierno pretendió manipular las transmisiones entregando la señal oficial a Canal 7, en tanto que la comisión organizadora de la visita, nombrada por

la Iglesia, se la asignó a Canal 13, que transmitió íntegramente la visita, los discursos y los traslados. A pesar de ello, el Gobierno de Pinochet trató de evitar que los espectadores accedieran a la transmisión de los testimonios directos de jóvenes, pobladores sindicalistas y otros, reemplazando en esos momentos la señal oficial por las opiniones de ‘expertos’ afines a la dictadura que ‘explicaban’ el sentido de la visita papal. Desde el punto de vista técnico la visita también representó un desafío que se salvó exitosamente, no obstante la pugna que enfrentó los criterios políticos con los criterios pastorales.

En el período que cubre este capítulo, se destacan algunos programas emblemáticos y actividades que perduraron como la Teletón, Informe Especial y Mundo.

En conjunto, puede hablarse de una televisión con control periodístico exacerbado, y por ello, de un tiempo sombrío con destellos de creatividad.

El cuarto ensayo, “Los años de la siembra”, de autoría de Sergio Godoy, abarca el breve período 1988-1992. La tesis es que en estos años se establecen los elementos fundamentales del sistema televisivo chileno contemporáneo. El análisis avanza anualmente, destacando lo fundamental de cada uno.

Así, 1988 estuvo marcado por la franja de propaganda televisiva a propósito del plebiscito de octubre de ese año para decidir la continuidad de Pinochet. La franja de la alternativa ‘Sí’ al gobernante se realizó a partir de una premisa que resultó errónea: la poca importancia de la TV y un mal diagnóstico de aquello que la gente quería de la TV (p. 190). La franja del ‘No’, en cambio, mostró una coalición política creíble, conciliatoria y preocupada del futuro y que “fue decisiva para los resultados electorales” (p. 197).

El año 1989 se caracterizó por los foros y los programas de contenido político y con participación de políticos, que culminaría con el primer debate presidencial televisado. Paralelamente se llevaba a cabo la discusión de un nuevo marco jurídico para la TV que reemplazaría al fijado en 1970. Este resultó ser liberal en términos corporativos y económicos, y a la vez sometido a supervisión de los contenidos, todo lo cual se tradujo en la ley de 1992, hecho con el cual se cierra el período.

En 1990 hace su aparición la TV privada, la que tras muchos desafíos y desequilibrios durante sus primeros años, logra su estabilización una década más tarde. Por su parte TVN entra en un período de austeridad a partir de 1990, reduciendo gastos y personal e innovando en contenidos clave como las noticias y la apertura a productoras independientes. Todo ello redundó en una “milagrosa resurrección”.

El último actor en aparecer fue la televisión por cable, y lo hizo con bastante éxito, pues saltó de una penetración inferior al 1% en 1990 a 11,4% en 1994.

El quinto capítulo, a cargo de Valerio Fuenzalida, trata de “La TV chilena desde 1992 hasta el presente” (2007).

Dos aspectos marcan el inicio del período. Por un lado, la nueva legislación convierte a TVN en un canal público del Estado chileno normado por un directorio plural, representativo de las diferentes sensibilidades políticas, y de confianza pública. Por otro, la reforma del Consejo Nacional de Televisión, organismo también del Estado pero con autonomía del gobierno de turno, encargado de conciliar los deberes propios de la televisión con la diversidad, la libertad de expresión y de

programación, que ha cumplido su función y ha aportado también en materia de estudios sobre la TV chilena.

Paralelo a lo anterior se asiste a la introducción del *people meter* como mecanismo de medición de audiencias, lo que significó que algunos programas experimentarían alguna erosión de sintonía, y exigió un mayor cuidado en la calidad de los productos emitidos.

Un subcapítulo importante está dedicado a la evolución de los noticiarios (pp. 219-225) de cada uno de los canales, destacando sus proyectos, las visiones de sus directores, las estrategias periodísticas y sus resultados. En otro apartado, y con igual dedicación, se analiza la evolución de los canales privados. En algunos casos su origen, y en todos, las líneas editoriales, las estrategias programáticas, los públicos objetivos en caso de haberlos, la evolución de la propiedad y de las gestiones directivas. Se alude también con detalle a la evolución de los mismos aspectos de los canales tradicionales (pp. 226-248).

La última parte analiza con detención la programación del conjunto de la TV chilena. Se distinguen tres grandes formatos de programas que entremezclan la compañía de entretenimiento con algunas formas de servicio al público: los matinales, los programas de consulta y orientación pública y los programas judiciales. A partir de 1992 se advierte “una lenta pero creciente exhibición de programas que abordan la actualidad nacional con mayor profundidad que los noticiarios. Como reportajes de investigación y espacios de debate socio-cultural” (p. 251).

Los programas estelares y de espectáculo habitualmente ocupan el horario *prime*. Se ha tratado de diferentes formas, habitualmente traídas del extranjero, donde es posible distinguir estelares musicales; de conversación, a partir de la mitad de la década de los 90, en que participan figuras del mundo televisivo o políticos y en los que la TV chilena se torna autorreferente y farandulera; también es posible advertir la presencia de estelares de concurso y humor; y finalmente el género de los *reality show* a partir de 2003 con éxitos disímiles.

También aparecen los programas culturales referidos a literatura, plástica, difusión científica y tecnológica, cine, arquitectura, desarrollo del mundo rural chileno, medio ambiente, filosofía y otras expresiones. Sus resultados fueron también variados.

Por su parte, 43 estaciones regionales de televisión abierta han tenido programación basada en información y actualidad local y contenidos envasados. En cuanto a TV por cable, diversos empresarios de pequeño tamaño iniciaron operaciones en prácticamente todas las ciudades de Chile. Pero hacia el 2004 el mercado se concentraba en dos operadoras con paquetes básicos de programación y ofertas *premium*. Por su parte, la televisión satelital llegó a Chile en 1997 y una década después atendía casi el 35% de los hogares.

Entre las tendencias generales del período, se observa una clara preferencia por el consumo de programas nacionales, que llega al 66% de la parrilla programática, y una audiencia estable para los noticiarios. En materia corporativa es posible advertir una competencia cada vez más estrecha, que pone de relieve la importancia del gobierno corporativo, las políticas editoriales y la gestión en decisiones estratégicas.

Por último, el autor señala que está pendiente la definición del estándar técnico para la TV digital, lo que traerá modificaciones en el “modo de operación de los canales, el financiamiento de los nuevos canales y el ordenamiento jurídico” (p. 281).

En suma, el conjunto del volumen es desequilibrado. Algunos de los capítulos dan cuenta con solvencia del período analizado y de sus avatares; otros, a ratos, se quedan en la anécdota más o menos pueril, o en enumeraciones que podrían haberse incluido en anexos.

El libro concluye con un conjunto de 50 breves testimonios de actores directos del quehacer televisivo chileno, que son de variada calidad y significación.

MATÍAS TAGLE DOMÍNGUEZ
Pontificia Universidad Católica de Chile

NED BLACKHAWK, *Violence over the Land. Indians and Empires in the early American West*. Cambridge MA, Harvard University Press, 2006, 372 páginas.

En el año 2002 vio la luz el libro *Captives and cousins* de James Brooks, quien es el actual presidente del School for Advanced Research en Santa Fe, Nuevo México. La calidad de la obra tuvo tal impacto en el círculo de especialistas, que su autor se hizo acreedor de tres de los premios más prominentes a que puede aspirar un historiador en Estados Unidos: el Premio Francis Parkman, otorgado por la Sociedad de Historiadores Americanos; el Premio Bancroft, de la Universidad de Columbia; y el Galardón Frederick Jackson Turner, que entrega la Organización de Historiadores Americanos, entre otras distinciones.

Fiel al título de presentación, el tema central de este trabajo es el cautiverio y esclavitud que afectó a blancos, mestizos e indígenas en el territorio fronterizo del suroeste norteamericano, en lo que hoy corresponde al estado de Nuevo México (Estados Unidos). El mérito de Brooks es aportar un enfoque original a la interpretación de esta situación histórica, alejado de las consideraciones exclusivamente bélicas, para dar paso a una postura integradora que sitúa en un lugar secundario la violencia y la exclusión como motores de la relación interétnica, favoreciendo en cambio la dimensión creadora de ese roce fronterizo. Apoyando su perspectiva de análisis en sólidos conocimientos antropológicos, procura demostrar de qué forma el rapto y el cautiverio fueron factores dinamizadores, tanto de la cultura indígena (navajos y comanches) como de los asentamientos españoles (en el período colonial), mexicanos (con el advenimiento de la república) y norteamericanos (luego de la incorporación de Nuevo México a Estados Unidos). El rapto y el cautiverio, muy especialmente de mujeres y niños, actuaron como una vía de traspaso cultural, como un puente que permitió la influencia entre las sociedades que habitaban este espacio.

Sin embargo, y a pesar de los reconocimientos de que ha sido objeto este trabajo, no han faltado las voces que se han elevado para llamar la atención sobre

la principal carencia de este libro: obviar el dolor. De esta manera, cuatro años después apareció la obra que pasamos a reseñar.

Violence over de Land es un libro que intenta rescatar precisamente las penurias que el roce fronterizo significó para las culturas ute, paiute y shoshone, oriundas del oeste intermontano norteamericano (entre la sierra Nevada y los montes Wasachat, ramal meridional de las montañas Rocallosas), en lo que hoy son los estados de Nevada, Utah, este de California, sureste de Oregón, sur de Idaho, oeste de Wyoming y Colorado, y norte de Arizona y Nuevo México. Es una región extensa, llamada en la literatura estadounidense la “Great Basin” (Gran Cuenca), caracterizada por numerosas altiplanicies desérticas de clima continental. Región salpicada de salares y lagos alcalinos, presenta una alta sequedad, destacando los desiertos de Monjave y Sonora. Condiciones aparentemente tan contrarias para la adaptación humana no fueron impedimento para el desarrollo de diferentes tribus.

El autor, Ned Blackhawk, profesor en la Universidad de Wisconsin (Madison), presenta una importante particularidad: es descendiente de la cultura shoshone, cuestión que manifiesta en las primeras páginas del libro. Estudios históricos de esta naturaleza, escritos por miembros de la propia cultura indígena, es una práctica que ha comenzado a constituirse en una tendencia, no solo en el medio académico norteamericano, sino también en el latinoamericano. Un ejemplo cercano a nosotros es el libro *Escucha Winka...!*, de Pablo Marimán, Sergio Canuqueo, José Millalén y Rodrigo Levil. La reivindicación histórica y el revisionismo de las obras tradicionales son las directrices que guían el análisis documental, tanto en la obra del autor norteamericano como en la de los investigadores mapuches. Estudios de este tipo, que en el país del norte se iniciaron en la década de los 80 de la pasada centuria, enfatizan la persistencia cultural (sin desconocer sus transformaciones) y la dialéctica que emana de las estrategias de resistencia y acomodación al roce con los estados.

El eje analítico que estructura el libro es la dicotomía que implicó el enfrentamiento entre los nativos de esas regiones (los indios) y los colonos foráneos que formaban parte de unidades políticas mayores: no en vano el subtítulo del libro reza *Indios e Imperios en el Temprano Oeste Americano*. Dueño de una pluma aguda y directa, el autor sitúa a los indios en el centro de una historia compleja y dinámica que durante casi dos siglos dio forma al Oeste norteamericano. Argumenta el autor que la violencia fue la principal fuerza que dio forma a este espacio continental, haciendo de la historia de dicho país no un proceso de “logros”, como generalmente se piensa, sino una ruta del “dolor” y el “trauma indígena” (p. 1).

Organizado en siete capítulos y un epílogo, el trabajo de Blackhawk abarca este largo período de historia fronteriza, desde los primeros contactos de la sociedad ute con exploradores y colonos españoles hacia 1750, hasta las difíciles consecuencias que derivaron de los inmigrantes mormones que se asentaron en el área del actual estado de Utha, rematando su recorrido histórico en el año 1911. Este marco temporal demanda, a nuestro juicio, una necesaria introducción a las culturas mencionadas y a las características (ritos, costumbres, economía, organización social, etc.) que las particularizaban, vacío que lamentablemente deja el autor sin mayor justificación. Haber destinado algunas páginas a esto hubiese sido un aporte al

conocimiento de la riqueza cultural de la región, y a que el lector especializado contara con herramientas de comprensión para entender la dinámica de ciertas alianzas indígenas en desmedro de otras.

Como ya indicamos, el foco de interés del autor es desentrañar las características de la violencia que asoló a esta región, y el dolor que significó para los grupos involucrados. Para el caso de la época española, Blackhawk destaca el hecho de que “la autoridades coloniales comprendieron claramente la importancia de la violencia en la consolidación del poder colonial” (p. 23), actitud que será una constante en el transcurso de las administraciones posteriores (mexicana y norteamericana). La consecuencia más evidente de las ocupaciones colonialistas fue el proceso de desplazamiento territorial que experimentaron las culturas afectadas.

Los dos primeros capítulos están abocados a estudiar el contacto con los asentamientos fronterizos españoles, poniendo especial énfasis en la relación que establecieron con ellos comanches y utes. La esclavitud, en tanto práctica fronteriza, fue una actividad que llevaron adelante tanto españoles como indígenas, afectando por igual a las sociedades que habitaban a ambos bordes de la frontera. El rapto se concentraba básicamente en las mujeres y los niños, los que en no pocos casos pasaron a integrarse totalmente a la cultura de sus captores, muy especialmente aquellos que se incorporaban a las sociedades indígenas. Esta dinámica de la violencia dio paso en muchas ocasiones a uniones entre hombres y mujeres cautivas, dando origen a los *genízaros*, calificativo con que se llamaba a los “indios de sangre mezclada” (p. 57). Estos *genízaros*, en no pocas circunstancias, fueron los puentes que permitieron la comunicación fronteriza, pero también en otras tantas significaron la chispa que encendió disputas y conflictos de mayor envergadura.

Los capítulos tres, cuatro y cinco se focalizan en el período de la república mexicana y la posterior ocupación norteamericana de la región. Producto de la consecuente violencia, la aparente “pobreza” material de los indios es interpretada por Blackhawk como una estrategia de adaptación que facilitaba los desplazamientos, a fin de escapar de las áreas más afectadas por las correrías del hombre blanco en busca de indios para servirse de ellos como esclavos, con lo que su organización social debió adaptarse a las circunstancias imperantes. Fue, en otras palabras, una medida adaptativa para afrontar con medios no violentos la codicia de mexicanos y norteamericanos. La “pobreza” que describían viajeros y militares que circulaban por la región fue, a fin de cuentas, una opción de supervivencia.

Pero esta modalidad “pasiva” no fue la única respuesta a la agresión. Los utes hábilmente se desarrollaron entre la violencia y la diplomacia. El tráfico, especialmente de seres humanos, fue un fenómeno que dividió y al mismo tiempo unió los intereses de indígenas, mestizos y blancos. Los utes fueron el grupo nativo que se vio más envuelto en esta actividad, dado que fue el que en mayor grado desarrolló una cultura ecuestre en la Gran Cuenca. Shoshones y paiutes prácticamente no se interiorizaron con la domesticación del caballo.

El capítulo final se interna en una página desconocida de la historia norteamericana: la violencia desplegada por los mormones asentados en Utha, de una magnitud semejante a la de sus predecesores mexicanos y españoles. El punto cúlmine de

esta obra se encuentra precisamente aquí, cuando describe la gran masacre de Bear River, ocurrida en enero de 1863. Este terrible evento, que probablemente represente la más grande matanza indígena en la historia del Oeste de Estados Unidos, debería ocupar, en palabras de Blackhawk, un lugar central en la conciencia de la nación Americana, pero la historia lo ha relegado prácticamente al rincón del olvido.

Ligado a lo anterior, el epílogo es un llamado de atención sobre el modo en que tradicionalmente ha sido narrada la historia de los indígenas; en sus palabras, “degradar la ‘cultura’ del otro no es lo mismo que empeorar sus circunstancias materiales o políticas” (p. 280). Los especialistas deben interiorizarse con el modo en que las representaciones coloniales y republicanas de la alteridad dieron forma a una conciencia sobre lo indígena que fue la base ideológica que dio sustento moral y legal a las mayores atrocidades.

Para finalizar, permítasenos una breve crítica. Muy probablemente sea la tendencia indigenista del autor la que lo haga obviar la violencia prefronteriza en su análisis. El manejo discursivo de la narración cae, a nuestro entender, en una carencia de imparcialidad, ya que el fenómeno de la violencia es descrito como una consecuencia exclusiva del arribo del hombre blanco. Las contiendas anteriores al proceso de colonización europeo son apenas esbozadas y aminoradas, arrinconándolas en la idea de un simple “fenómeno local” (p. 22).

Sea como fuere, estamos en presencia de un libro provocativo y esclarecedor, que tiene la virtud de iluminar pasajes oscuros del lejano pasado del Oeste norteamericano, y de poner a la violencia y el dolor que esta causaba en el corazón de la historia. Sin embargo, esto no ha impedido que su autor caiga, también, en el mismo vicio que critica a sus predecesores: el de aminorar (u obviar) ciertos aspectos de la historia que son contrarios a su mensaje.

FRANCIS GOICOVICH
Universidad de Chile

JUAN CÁCERES MUÑOZ, *Poder Rural y Estructura Social, Colchagua, 1760-1860. La Construcción del Estado y la Ciudadanía desde la Región*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2007, 208 páginas.

La temática de la construcción del Estado en Chile es una de las áreas deficitarias de la investigación histórica nacional, si uno la compara con los trabajos que nos ha aportado la historiografía mexicana y la argentina, por nombrar los ejemplos más relevantes de Latinoamérica en este tópico. Además, se pueden citar algunos textos que tratan dicha problemática, por ejemplo, el libro del profesor Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1760-1860). Democracia de los pueblos. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, que aborda la construcción del Estado desde la premisa de que en Chile se abortó un proyecto liberal y de los

pueblos, frente a la propuesta del sector mercantil con asiento en Santiago; el otro texto que se puede citar es de Julio Heise, *Años de Formación y Aprendizaje Político, 1810-1833*, que busca explicar los contextos más que los procesos que desembocaron en la formulación de la Constitución de 1833 y que posibilitaron el triunfo de las fuerzas conservadoras y centralistas de Chile. En una palabra, la élite de Santiago. Por lo tanto, resulta doblemente interesante el estudio del profesor Juan Cáceres, porque, por una parte, trabaja la temática de la formación del Estado y la ciudadanía en el Chile decimonónico y, por otra, agrega la perspectiva de cómo se evidenciaron los procesos políticos en las provincias, en este caso particular el de Colchagua.

La obra del profesor Cáceres está organizada en ocho capítulos y una conclusión. El primero de ellos se refiere al contexto económico-social de Colchagua; la intención de este es entregar el marco necesario para comprender el espacio-tiempo en donde actuaron las élites provinciales. Los capítulos dos y tres nos entregan elementos de juicio necesarios para aquilatar los basamentos económicos del poder de los hacendados y comerciantes colchaguinos. El capítulo cuatro da cuenta de las estrategias que desplegaron –formas de reproducción social, establecimiento de redes clientelares, la política de reclutamiento y de cooptación de nuevos sujetos y el tipo de relaciones dadas entre esta élite provinciana y aquellas foráneas (p. 87)– los grupos de poder de Colchagua para el disfrute continuado de sus privilegios sociales, económicos y políticos durante varias generaciones. El capítulo quinto se organiza en torno a la temática de la concentración de poder que realizaron las élites para establecer el dominio político de los nuevos espacios que se abrieron con la conformación del Estado Nación en el siglo XIX. Los capítulos sexto, séptimo y octavo dan cuenta de la centralidad del trabajo de Cáceres, pues en estos nos muestra como las élites de cuño colonial se insertaron en la nueva realidad política que generó la instalación del Estado nacional y las estrategias que desplegaron estas en el nuevo escenario, con el fin de perpetuar su poder y además ampliarlo.

El núcleo central del libro *in comento* nos señala que desde la perspectiva de la problematización histórica, la atención se centrará en el estudio de las élites provincianas, en el papel que ellas desempeñaron durante la Independencia y en el proceso de formación del Estado (p. 26). Por lo tanto, el objetivo de la investigación “es el estudio de la élite de la provincia de Colchagua”, localidad ubicada en el valle central de Chile. La hipótesis que guía esta investigación nos plantea que “se establece que las familias y los individuos pudientes de Colchagua ejercieron, en el pasado, el poder local como resultado de la riqueza obtenida o heredada, del prestigio o reconocimiento social y del monopolio de las instituciones políticas coloniales y decimonónicas” (p. 27).

Frente a la propuesta que nos entrega el profesor Cáceres, debemos señalar algunas aprensiones que nos parecen necesarias para poder aquilatar de mejor forma los procesos políticos de aquel período.

Lo primero que se puede apuntar se relaciona con el vector político. No se puede extrapolar una dimensión histórica –poder político de las élites– a situaciones que están fuera del ámbito del Estado nacional, menos aún durante el antiguo régimen, toda vez que esta dimensión se relaciona directamente con los espacios

urbanos. Además, se debe recordar que el único espacio en donde se podía ejercer los privilegios era teniendo la posibilidad de integrar el cabildo, no existía ninguna otra instancia para los súbditos del rey de España en este período, es decir, no había posibilidad alguna del ejercicio del poder político fuera de la esfera del rey y de la monarquía. Lo anterior se expresa para precisar que no se puede afirmar que en Colchagua la vida política estuvo ligada a la historia de la dominación por parte de la élite, la que empezó con la cesión de tierras y encomiendas en el siglo XVI (p. 103), pues se presta para equívocos. Se debió acotar de forma clara el concepto político, pues en el desarrollo del trabajo se visualiza que fue comprendido en forma restrictiva y que se relacionó solo con el ejercicio del poder. Si es así, valga la acotación. Se debió diferenciar, por otra parte, las etapas históricas desde la perspectiva política para después explicitar las estrategias que desplegaron históricamente las élites de Colchagua. No se debe olvidar que el control que pudieron ejercer las élites provinciales en lo político durante el siglo XIX se relaciona directamente con el control económico y social que desplegaron durante los siglos coloniales.

El segundo elemento que se puede señalar se refiere a que el análisis que se realiza no profundiza en una arista importante y que se relaciona con los mecanismos que se implementaron, por una parte, por las élites locales y provinciales y, por otra, por las nacionales, en cuanto a los ámbitos del ejercicio del poder. En este punto el trabajo presenta una debilidad notable, pues no se puede comprender la articulación de las estrategias locales sin mencionar en forma específica cómo estas se insertaron en esa nueva realidad y qué significó la presencia del Estado al interior de la provincia de Colchagua. No se puede limitar el análisis solo a mencionar en forma genérica que fue el sistema electoral el que permitió el control de la élite de Santiago sobre estos espacios políticos. Además, en dos oportunidades, menciona el autor un pacto entre las élites provinciales y nacionales (pp. 116 y 127), sin entregar elementos que nos den cuenta de ese acuerdo intraélites. Lo anterior, se contradice con un juicio que emite el mismo autor a señalar que

“resulta evidente que, hasta ahora, la historiografía nacional ha tendido a enfatizar la relevancia que tuvo la elite de la capital en el proceso político desencadenado después de la independencia. La tendencia ha sido mostrar al grupo como el gran artífice del tipo de Estado que se estableció en el país. Tal visión, uniformadora y generalizadora de la realidad política, no solo ha ignorado –inconsciente o premeditadamente– el rol que pudieron haber jugado los distintos grupos políticos regionales en la discusión de la creación del Estado y la ciudadanía en el siglo XIX, sino también ha trabado la comprensión de los particularismos propios de cada región y la existencia de un sentimiento regional que dio vida y cuerpo a una comunidad de sujetos políticos” (p. 123).

Lo expuesto por el profesor Cáceres no guarda relación con lo planteado en el capítulo sexto ni con la problematización que realiza de la temática en cuestión, pues por una parte afirma algo y luego lo desmiente con lo escrito por él mismo. Esto genera una confusión con respecto a los puentes que se debieron establecer entre las élites provinciales y las nacionales.

Un tercer elemento que se puede mencionar es el espacio de estudio que nos propone el autor. Este no presenta una especificidad propia, es decir, no existen rasgos propios o distintivos que lo transformen en una situación relevante, pues si uno lo compara con la realidad de Aconcagua, no existirían mayores diferencias, por lo tanto, se debió puntualizar cuáles fueron esos elementos que transformaron a Colchagua en una situación especial.

Por último, es necesario señalar que el gran mérito del texto *in comento* es el haber resituado la temática de la formación del Estado desde la perspectiva de los procesos a nivel provincial. Además, agrega elementos a la discusión historiográfica con respecto de la formación del ciudadano decimonónico.

LEOPOLDO TOBAR CASSI

Universidad Católica Silva Henríquez

CARLOS GONZÁLEZ VARGAS y HUGO ROSATI AGUERRE, *Maulicán y Francisco: "Enemigos-Amigos en el Arauco del siglo XVII": Comentario al Cautiverio Feliz*. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Filosofía, Instituto de Estética, 2008, 241 páginas.

Hay quienes piensan que el siglo XVII chileno se puede resumir en la crónica escrita por Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *El Cautiverio Feliz*, argumentando que tanto el mundo indígena mapuche como el español de la época, se sintetizan en la obra escrita por el soldado, más de cuatro lustros después de su experiencia de cautiverio en territorio araucano. Es por esta razón que, hasta el día de hoy, se siguen relejendo fuentes de este tipo, con la clara misión de descubrir aspectos olvidados y esclarecer zonas difusas dentro de la historiografía abocada a este periodo. La intención de los autores, en este sentido, es componer un esquema temático ordenado en diecinueve capítulos, con contenidos específicos extraídos de la crónica y un posterior comentario de aquellas citas que estructuran cada sección. La selección fue hecha en base a la calidad y cantidad de información alojada en el documento original, en función del diseño final que aspiraba a constituir un apoyo didáctico para el estudio del siglo XVII chileno y en especial para la lectura de esta fuente histórica insigne.

Frente a estos objetivos podemos decir que el proyecto contó con una llamativa metodología, que los mismos investigadores se encargan de explicitar en su introducción. Para ellos, la lectura reiterada en voz alta de la crónica sirvió para despejar obstáculos narrativos que impedían extraer las ideas principales, desde un punto de vista histórico y antropológico. Si a ello se le suma la dificultad del vocabulario de la época en conjunto con los términos en lengua quechua y mapuche, podemos comprender la importancia de la implementación de esta metodología, que, cabe señalar, fue de largo aliento. El amplio apoyo de bibliografía general ayudó a construir un contexto más sólido para el posterior trabajo de la fuente, que sin aquellas referencias pierde su valor intrínseco de testimonio de época. Sin embar-

go, a pesar de la extensa lista de grandes obras historiográficas que utilizan como soporte metodológico, tales como la de Barros Arana, Toribio Medina y otros más, se nota un menor protagonismo de ellas a la luz de las interpretaciones que se hacen de la crónica de Núñez de Pineda y Bascuñán. Si bien se sabe que son parte integral de la investigación, a la hora de los comentarios posteriores a las citas se vislumbran procesos de larga duración, que marcaron el mencionado siglo con sus implicancias en los fenómenos que lo precedieron, pero de manera muy acotada. De este modo, se enfoca en exceso la atención en la fuente, sin tomar en consideración aspectos más generales, relevantes para la interpretación de la misma.

Frente a este escenario, es fundamental rescatar la voluntad de los autores por hacer prevalecer la fuente en estudio como centro de la investigación y hacer de ella el cuerpo central de toda la obra. Quizás producto de aquella voluntad manifiesta es que se articula el análisis en función de la crónica, con la finalidad de resaltar su importancia historiográfica y ayudar a su mejor comprensión por parte de lectores no especialistas que desean adentrarse en el estudio de la historia del siglo XVII. De todos modos, dentro de los diecinueve capítulos temáticos es difícil encontrar el análisis de los procesos de contacto cultural que se llevan a cabo entre ambos pueblos, porque se tiende a resaltar más la lucidez del cronista en su apreciación de la cultura mapuche, en oposición a los valores negativos que enrostra al actuar de los representantes del rey en el Reino de Chile. Se coloca el acento en la capacidad “humana” de Núñez de Pineda y Bascuñán para describir las cualidades del “otro” indígena, que sin duda marcaron un hito en la época, pero paralelamente se desprecupan de la reflexión del contacto comercial, ideológico e incluso biológico que se lleva a cabo en la frontera y que es posible de estudiar a partir de esta fuente.

Dentro del conjunto de temas clasificados y comentados, hay algunos que se destacan por sobre otros, como es el caso del capítulo dedicado a la alimentación y bebidas consumidas por los indígenas. Aquí la novedad está en la elección de esta característica como representante de las prácticas circunscritas a la vida privada y que poseen una resonancia a nivel de la cultura, moldeando ciertas costumbres arraigadas en la tradición, producto del contacto con elementos foráneos. De esta forma se está tratando indirectamente el fenómeno fronterizo, ejemplificado con el cambio en la dieta de los mapuches por causa de la influencia hispánica. Es interesante el enfoque de González y Rosati cuando afirman que la alimentación juega un rol primordial en la construcción de una identidad cultural y que cambios en la dieta pueden producir alteraciones en el carácter de un pueblo, haciéndolos más proclives a la paz o a la guerra. Hubiese sido aún más interesante que se profundizara en ese aspecto, pero solo se enuncia dicha hipótesis, dejándose sin poner a prueba.

Otro aspecto destacable son los datos biográficos que se entregan del autor de la crónica. Al comienzo del libro se proporciona información sobre la vida del soldado español, desde los inicios en su tierra natal, pasando por su infancia, hasta los últimos días. En ese relato se realiza un esfuerzo por recopilar la mayor cantidad de información para ordenar una pequeña biografía que ayude al lector en la familiarización de quien escribe y en qué circunstancias de su vida lo hace. El elemento principal, a juicio de los investigadores a cargo, fue la formación jesuita que recibió Núñez de Pineda y Bascuñán a lo largo de su niñez, la cual determina-

ría rasgos propios de su persona y luego de su escritura. La educación humanista y cristiana serían crucial en la construcción de su pensamiento y en la redacción de su texto. La falta de datos personales en su crónica y el gran interés por los asuntos del otro, son interpretados por los autores como una práctica de humildad que aprendió de la mano jesuita, la cual se considera un valor importante en la época. Además, es un recio crítico de la avaricia y codicia de sus pares españoles en tierras indias, lo cual considera una falta grave a los principios cristianos que le fueron inculcados desde temprana edad. Frente a la difícil tarea de reconstruir la vida del cronista, dada la falta de fuentes que suministren información útil, se cae levemente en el ámbito de la especulación cuando se afirma que, para la época, el valor cristiano de la humildad habría sido el causante del silencio acerca de su vida personal. A pesar de que es una teoría con fundamentos, no existe certeza sobre la real motivación que llevó al soldado español a omitir pasajes de su historia. De esta forma se incurre en una hipótesis un tanto aventurada que posee cierta lógica interna, pero que carece de fuentes que la corroboren.

Continuando con los temas de mayor relevancia, encontramos a la mujer mapuche como personaje original dentro del análisis. A pesar de que el número de citas utilizadas para hablar sobre el rol de ella son poco numerosas y en ocasiones se repiten, de igual modo se puede extraer una idea general de cómo el prisionero del cacique Maulicán observó el comportamiento de las mujeres dentro de la sociedad indígena. A las propias observaciones del cronista, se agregan la concepción de la mujer en la cosmovisión mapuche por parte de dos caciques amigos de Núñez de Pineda y Bascañán. A modo de entrevistas, el soldado registra la opinión que merecen ellas desde la óptica masculina. En este caso, el factor femenino es tratado en forma acotada y profunda, con la ayuda de solo unas cuantas citas, lo que merece un elogio para quienes llevaron a cabo la tarea. Es por lo tanto en este punto donde se nota claramente la influencia de Horacio Zapater en la visión de los autores González y Rosati, por cuanto ambos pertenecieron a la época de producción de sus más connotados trabajos etnohistóricos, entre los que se destacan *Aborígenes Chilenos a través de Cronistas y Viajeros*; no por nada es el mismo Zapater quien se encarga de prologar la presente obra. En este sentido, el rol de la mujer indígena es trabajado exhaustivamente por este último y es nítido el efecto que produce en la construcción de la investigación de sus sucesores.

En la misma línea se puede seguir encontrando paralelos con la obra de Zapater, como en los capítulos dedicados a los juegos y entretenimientos; trabajos y costumbres domésticas; lo mismo se puede decir de las vestimentas; las fiestas y reuniones sociales y por último la vivienda y otras construcciones. En todos estos capítulos se encuentra un principio ordenador presente en los trabajos de Zapater. La influencia es evidente, pero la gran novedad está en la elección de la fuente, siendo la crónica de Núñez de Pineda y Bascañán el único documento estudiado. No existe una multiplicidad documental que se agrupe en una idea puntual, sino más bien hay un valioso testimonio del pasado a partir del cual se pueden inferir variados conceptos.

Se debe ser cauto en afirmar que el libro *Maulicán y Francisco* es una proyección de los trabajos de Horacio Zapater, ya que la impronta del esteta Carlos

González otorga una identidad especial a la obra, la cual se complementa armónicamente con el trabajo histórico de Hugo Rosati, quien confecciona un marco geográfico toponímico que recrea el mapa mental del prisionero español durante su cautiverio en la Araucanía. La imbricación de ambos campos del conocimiento resulta consistente y coherente para los efectos esperados. En este sentido, el texto no aspira a ser un tratado para especialistas del periodo colonial o paleógrafos de profesión, sino más bien apunta al público general y a los estudiantes del campo de las humanidades que deseen sumergirse en el mundo del siglo XVII chileno, por medio de una crónica tan rica en información como la del *Cautiverio Feliz*. Si se desea profundizar en el estudio de la fuente existen obras completas y críticas que se abocan por entero al desciframiento del manuscrito original, como es el caso de la edición crítica de Mario Ferreccio Podestá y Raïssa Kordic Riquelme, editada por la Biblioteca Chilena Antigua el año 2001. A diferencia de ella, la obra de los académicos de la Universidad Católica se enfoca a desentrañar los nudos epistemológicos presentados por la crónica original completa, entendiéndose que el valor de la misma se aloja en su contenido más profundo que habla sobre procesos históricos, en comunión con entregar al lector una fotografía de época.

Finalmente, estamos en presencia de un libro interesante en su propuesta metodológica, que reivindica las fuentes para el estudio colonial. En su estructura se nota el deseo de servir como guía para estudiantes que se ven amenazados por la densidad y complejidad de un documento del siglo XVII. La claridad y orden que proponen los autores son de gran ayuda para los interesados en la materia, quienes, sin lugar a dudas, agradecerán el trabajo realizado por estos dos grandes estudiosos.

DANIEL CANO CHRISTINY
Pontificia Universidad Católica de Chile

IVÁN JAKSIĆ, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007, 490 páginas.

Pese a que su autor declara que su trabajo es “sobre los intelectuales norteamericanos que iniciaron el estudio sistemático de los temas hispánicos en el siglo XIX”, lo cierto es que su obra es mucho más que eso, pues, en definitiva, trata de la definición de lo nacional a partir del conocimiento y el contraste con los “otros”. Acostumbrados a que la historiografía sobre las naciones de América Latina identifique la trayectoria histórica de cada una de las repúblicas como el elemento esencial para formar el “carácter” nacional, el libro de Jaksić resulta extraordinariamente refrescante, y francamente estimulante, al ofrecernos el caso norteamericano donde, y a diferencia de los latinoamericanos, sus intelectuales decimonónicos contribuyeron a la formación de la conciencia nacional a través del estudio y caracterización del mundo hispano. Resultando que la historia del imperio español y de sus ex colonias actuó como “lección”, como contraste de lo que aspiraba a

alcanzar la sociedad estadounidense. El análisis de la literatura, particularmente la romántica, como elemento de la caracterización nacional, representa otro de los aportes sustantivos del libro que comentamos.

A través del prolijo estudio y vasta explicación de la obra histórica y literaria del novelista y exitoso autor de obras de temas históricos Washington Irving, el experto en idiomas Henry W. Longfellow, el filólogo George Ticknor, el historiador William H. Prescott y la intérprete Mary Peabody Mann, Iván Jaksic no solo ofrece una convincente interpretación del interés de todos estos intelectuales por la historia de España, sino también de cómo el estudio de un imperio y su decadencia, el español, resultaba esencial para una nación promisoriosa y exitosa como la norteamericana. Sin duda el propósito del autor de mostrar cómo los intelectuales norteamericanos contribuyeron a la formación de la identidad de su propio país, en una etapa crucial de su historia, queda plenamente logrado a través de una obra fruto de una investigación que parece haber agotado todas las posibles fuentes para su comprensión.

En su obra Jaksic identifica características comunes a todos los autores estudiados: su afán por definir el carácter nacional español, al que atribuyen dos componentes esenciales, la religiosidad y el espíritu caballeresco; la convicción de que la historia de España ofrecía lecciones de gran trascendencia para los Estados Unidos, pues su decadencia era a fin de cuentas una advertencia sobre lo que podía ocurrir en la joven república; intereses religiosos, bajo la forma de un cristianismo liberal que contuviera denominaciones religiosas sectarias que pudieran afectar la democracia y la tolerancia de Estados Unidos, al influir sobre la política y el gobierno del país; el papel que le asignaron a la historia en la promoción de valores nacionales específicos y como guía del camino hacia el futuro; y la influencia del romanticismo, la que no solo se aprecia en el papel que asignan a la literatura en la formación de la identidad nacional, particularmente Longfellow, sino también en los rasgos épicos, dramáticos, de los relatos históricos que componen, especialmente Prescott.

Señalados los que creemos elementos y méritos centrales de la obra de Iván Jaksic, nos referiremos a temas y cuestiones específicas que nos han llamado particularmente la atención.

Entre los elementos que sobresalen están los relacionados con la visión de México que difunden los intelectuales norteamericanos del siglo XIX. En sus obras históricas, México aparece ya como un “problema”, por su atraso económico, su inestabilidad política y su recurrente oscilación entre reforma y conservadurismo. La negativa percepción de México, su corrupción y fracaso institucional, actúa como instrumento que permite resaltar, elevar por comparación, a Estados Unidos, sus virtudes y sus éxitos. México aparece como un verdadero “museo de la no modernidad”, dando origen así a una visión que se prolonga, con sus características y condiciones específicas a cada época histórica, hasta el día de hoy.

Pero no es solo México, es España y el mundo latinoamericano el estigmatizado por los intelectuales norteamericanos; en numerosas ocasiones erigidos en jueces que al condenar las formas que asumió la conquista española, la Inquisición, el catolicismo, la superstición, la falta de espíritu de empresa y otros muchos elemen-

tos propios del ámbito hispano, como el caudillismo, no solo emitieron un veredicto respecto del pasado, sino que también contribuyeron a formar una concepción negativa de lo latino, cuyas repercusiones todavía se experimentan.

Los requisitos del método histórico que imponen Ticknor y Prescott son otro aspecto fundamental, pues ellos participan de la consolidación de la historia como ciencia en Estados Unidos, al contribuir a establecer los estándares de investigación. Ambos insisten en la necesidad de evidencia documental para llegar a cualquier conclusión sobre la historia de España que los ocupa. Prescott, particularmente, llevó la historia a un nivel de gran rigurosidad, de tal modo que la revisión de sus obras, su trabajo y características, junto con ilustrar sobre el tema principal que ocupa a Jaksic, también ofrece indicios sobre la historia de la historiografía norteamericana.

Relacionado con lo anterior, el libro muestra también las extensas redes de intercambio intelectual, a través de la remisión y recepción de libros, documentos, objetos, datos y hechos, que los protagonistas de la obra establecen a lo largo de su trayectoria. Los norteamericanos mantienen correspondencia, dialogan y discuten, con intelectuales de todo el mundo hispano y, naturalmente, de la Europa occidental: otro aspecto relevante que la historiografía nacional corrientemente ha olvidado cuando aborda la trayectoria de los hombres de letras y de ciencia latinoamericanos. Vinculado con lo anterior, Jaksic, especialmente a través de la experiencia europea de Longfellow, ofrece una contundente muestra del papel del viaje como instancia de formación académica e intelectual.

Llama la atención que los estudiosos abordados en la obra esquiven la evolución histórica norteamericana, característica que también es posible apreciar en otros historiadores, como Francis Parkman y John Motley, quienes se ocuparon de la selva, el carácter del indio, los jesuitas y los exploradores, el primero; y de la independencia de los Países Bajos, el segundo. Sin perjuicio de preguntarnos por el “peso específico” de los autores estudiados en el conjunto del panorama literario estadounidense decimonónico, nos aventuramos a concluir que el rehuir la historia nacional aparece así como algo propio de los historiadores norteamericanos decimonónicos; o que la búsqueda de temas dramáticos, épicos, que no encuentran en su propia evolución por lo menos hasta la Guerra de Secesión, es una de sus características. Sin duda un ángulo interesante que contrasta con la evolución de la historiografía latinoamericana, que, salvo cuando se trata de conflictos bélicos, no ocupa la historia ajena para la afirmación nacional, y cuyo estudio particular podría ofrecer novedosos ángulos de comparación entre ambos mundos, lo que vemos como uno de los legados historiográficos en esta estimulante obra de Iván Jaksic.

En tanto historiografía, *Ven conmigo a la España lejana* ofrece diversas formas de historia: de la historiografía, de las ideas, de la cultura e intelectual, entre otras, todas al servicio de una explicación mayor relacionada con la formación de la nación. En su dimensión metodológica ofrece una forma de trabajo impecable que muestra el estado del arte, identifica las fuentes, las ordena, clasifica, estudia e interpreta, a propósito de un problema histórico que busca ser comprendido. El acopio documental resulta apabullante y no hace más que mostrar la calidad como investigador del autor y su vasta experiencia en el trabajo de archivos. Estamos

seguros que el relato de la elaboración de esta obra debería constituir una gran guía para todos aquellos interesados en la investigación histórica.

Por último, la obra tiene una dimensión social que la hace particularmente recomendable, pues no solo ofrece una elocuente muestra del valor de la “historia como experiencia” para una sociedad, sino que, además, aborda asuntos y problemas de gran actualidad, como son los relacionados con las redes intelectuales, la globalización y la influencias recíprocas en relación con la “historia local”, la visión y comprensión del otro, y, por último, pero no menos significativo, los mecanismos de expansión imperial que, sabemos, México sufrió en el siglo XIX.

RAFAEL SAGREDO BAEZA

Pontificia Universidad Católica de Chile

MARCUS KLEIN, *La matanza del Seguro Obrero (5 de septiembre de 1938)*. Santiago, Globo Editores, 2008, 200 páginas.

Suele ocurrir en nuestra historiografía que en los estudios dedicados a episodios relevantes, pese más la cantidad que la calidad de las investigaciones. Ocurre, por ejemplo, con la Guerra del Pacífico, la Revolución de 1891 (salvo recientes aportes de Alejandro San Francisco), la matanza de la Escuela Santa María y, en general, con los procesos que son considerados hitos de nuestra historia.

Por ello, no deja de ser grato recibir obras que, en base al uso de fuentes que parecen recurrentes, entregan visiones novedosas sin pretensión alguna. Como un antecedente a tener en cuenta, las revisiones más destacadas de los últimos años son de autoría extranjera. La calidad de estudios de Simon Collier, William Sater, Paul Drake y Peter De Shazo, entre muchos otros, crean la duda respecto a si nuestras escuelas formativas no han avanzado lo suficiente en la renovación de materias metodológicas, aunque es posible que se trate de méritos atribuibles a su excepcionalidad como investigadores.

Marcus Klein forma parte de la nueva generación de historiadores que se arriesgan a insistir en historias ya contadas. Doctorado en Historia por la Universidad de Londres, su tema central de estudio gira en torno a los movimientos nacionalsocialistas en Brasil, Argentina y Chile. Klein ha expuesto avances de sus investigaciones en revistas prestigiosas, como *The Americas*, *Journal of Latin American Studies* y en esta revista (volumen 35, 2002), presentando un adelanto del estudio sobre Carlos Keller Rueff que está próximo a publicar.

Es en nuestro país donde enfatiza su estudio, quizá no tanto por el irrelevante arraigo político del nacionalsocialismo, y sí porque la agrupación se transformó –sin proponérselo– en el elemento desencadenador de uno de los cambios políticos más trascendentes del siglo XX.

La matanza del Seguro Obrero (5 de septiembre de 1938) es una versión compendiada de *Im langen Schatten des Nationalsozialismus. Faschistische Bewegungen in Chile zwischen der Weltwirtschaftskrise und dem Ende des Zweiten*

Weltkriegs (Frankfurt on the Main, 2004), repasando la convulsionada historia política nacional entre 1933 y 1941. El eje de su relato es el Movimiento Nacional Socialista (MNS), sin caer en su apología, por cierto, pero trasuntando cierta simpatía por lo esencial de su ideario (una cándida combinación de elementos fascistas y nazis) y escasa originalidad de sus tradiciones. Esto también lo lleva a acentuar la importancia del exiguo debate en torno a su nivel de influencia, en un escenario poco influido por los profundos cambios políticos mundiales, y abierto a propuestas renovadas que permitieran superar el deplorable estado económico de la nación. En este último aspecto el nacismo chileno (con “c” y no con “z”) poco o nada podía aportar.

Como fuerza política el MNS fue irrelevante, y no hubiese pasado de la anécdota de no ser por la decisión inexplicable de eliminar a quienes tomaron parte de una sublevación absurda, y que ningún militar o político en su sano juicio podía respaldar. La aventurada teoría de Klein, respecto a que quienes ocupaban la Universidad de Chile buscaban secuestrar al hijo del Presidente, entonces decano de la Facultad de Derecho, para tener poder de negociación y derrocar al gobierno, es más lógica, incluso, que la idea de promover un golpe de Estado que nadie esperaba.

La investigación de las circunstancias que rodearon la matanza es interesante, evitando escarbar en detalles morbosos, y centrándose en las profundas contradicciones del gobierno frente al asunto. Se desprende de su análisis cierto desconcierto por la actitud del Presidente, primero de negar responsabilidades personales en los hechos, y luego por ocultar la verdad, fuese por falseamiento u omisión, pese a que las pruebas eran evidentes.

Klein acierta al suponer que Alessandri supuso la participación de Carlos Ibáñez en la revuelta. En un primero momento, es lógico que sospechara que solo él podría encabezar un levantamiento de esta magnitud. Después de la experiencia de fines de su primer gobierno, y conocido su vínculo con planificaciones golpistas los años precedentes (de las cuales tampoco existe certeza), una matanza aleccionadora no dejaba de ser a sus ojos necesaria.

En este sentido Alessandri tenía antecedentes: la intervención en las oficinas salitreras de San Gregorio (1921) y La Coruña (1928), o la represión campesina en la localidad de Ranquil, en 1934, le habían demostrado lo efectivo que le resultaba aplacar por la fuerza los movimientos sediciosos, aunque estos costaran vidas. Cada uno de estos casos fue seguido por prolongado período de prohibición de informar, y por el inicio de sumarios judiciales que en nada concluían.

En una época en que la defensa de los derechos civiles comenzaba a ser tema de debate, llama la atención que la matanza fuera objeto de tibias discusiones en el Congreso, y que la prensa, una vez levantada la censura, no insistiese mayormente en el tema. Tal como lo advierte el autor, el gran perdedor de la matanza no fue el gobernante, sino el líder del movimiento local, convertido en un desleal para sus seguidores, y en una figura menor para sus detractores.

El fin del nacismo como estructura política pudo ser, en cierta medida, un alivio para los partidos de la época. Al respecto se puede especular en función de lo que pudo ser su futuro como opción política. Klein insiste en que la relevancia del MNS era exigua en 1938, pero no considera que esa condición podía cambiar

en el corto plazo. La juventud de gran parte de sus adherentes, presentada como el gran defecto del movimiento, era indudablemente su principal capital. En pocos años, ya con derecho a voto, no solo formarían un cuerpo electoral sugerente en cifras (Klein estima en cuarenta mil sus partidarios), sino que canalizarían el atractivo que por entonces despertaba en el país los regímenes europeos, aun cuando producto de la elección presidencial se mostraran como demócratas de oportunidad.

El arraigo de ideas y la disciplina del movimiento contrastan, sin embargo, con la nula reacción posterior de sus partidarios, lo que relativiza la real proyección de la agrupación. Aunque escapa a la intención del libro, vale la pena recordar que el MNS desaparecerá un año después de la matanza, no por acción del gobierno, sino producto de escisiones internas, derivadas de la indefinición doctrinaria de su cúpula.

Con todo, las consecuencias de la masacre superan a los hechos mismos. El mayor aporte del estudio de Marcus Klein se concentra en el capítulo dedicado a estudiar el comportamiento electoral de octubre de 1938 (ya lo había hecho en un estudio de las elecciones presidenciales a partir de 1920, editado por Alejandro San Francisco y Angel Soto en 2005). Al estudiar comparativamente dicho proceso con los dos sufragios precedentes, advierte que las tendencias de votación se mantienen, con ligeros cambios en algunas provincias, en los tres bloques que buscarían ganar ese año la presidencia. En relación a la elección parlamentaria de 1937, Gustavo Ross Santa María disminuyó porcentualmente su votación en seis de las 19 provincias, aunque en ninguna la pérdida superó los dos puntos. La diferencia la recuperaría en la zona central, donde arrasaría con sus contendores. Aguirre Cerda, en cambio, sufrió mínimas disminuciones en zonas tradicionalmente desechadas por el radicalismo, aumentando en el resto de las provincias. Ibáñez, por su parte, mantuvo casi inalterable su intención de voto antes de las presidenciales.

El resultado de la elección de 1938 demuestra, finalmente, un aumento en la intención de voto del candidato del Frente Popular, pero también un creciente apoyo al candidato oficialista. Solo la suma del incremento de votos de ambas candidaturas, en relación a marzo de 1937, excede con mucho los catorce mil que Ibáñez ordenó derivar al candidato Aguirre.

Por ello, aunque el apoyo del nacimiento local no se puede desmerecer, la victoria del Frente Popular parece justificarse más en el aumento del número de votantes inscritos, que en desvío de la intención de votos. Aun suponiendo que todos los partidarios de Ibáñez fuesen miembros del MNS, y que cada uno de ellos obedeció el llamado poco convincente del candidato renunciado, es más probable que la derrota de Ross se explique por su decisión de no hacer campaña en regiones donde suponía su derrota, y donde, seguramente para su sorpresa, obtuvo más respaldo que el esperado.

Exceso de confianza, o un natural desprecio por las masas, como apunta el autor, todo indica que el factor Seguro Obrero no fue determinante en el giro que experimentó la política chilena a partir de 1938. De cualquier modo, Aguirre Cerda mostró su reconocimiento al apoyo del Movimiento liberando a su líder. Bastante más indulgente fue con el General Director de Carabineros, al indultarlo pese a su reconocida implicancia de los hechos.

La investigación de Marcus Klein es sugerente al plantear hipótesis llamativas en su planteamiento, pese a que no siempre se sustentan. Señalar, por ejemplo, que la derecha consideraba a los nacistas como potenciales aliados en su lucha contra la izquierda es magnificar las opiniones aisladas de un grupo de parlamentarios que, al apoyar paternalmente su existencia, implícitamente lo anulaban como fuerza política. De igual modo, el análisis de los candidatos es un tanto simple y trivial. Gustavo Ross fue más que el representante del *establishment*, Aguirre Cerda era bastante más que la opción moderada de una coalición forzada por las circunstancias, e Ibáñez del Campo posiblemente sí creyó que triunfaría.

Sin mayor pretensión que el ubicar en un contexto más amplio los sucesos, *La matanza del Seguro Obrero (5 de septiembre de 1938)* aporta una muy competente mirada a un episodio relevante, pero no determinante, de la historia política nacional. Su lectura es de toda recomendación.

CARLOS DONOSO ROJAS
Universidad Andrés Bello

Epistolario de Sor Dolores Peña y Lillo (Chile, 1763-1769). Prólogo y edición crítica de RAÍSSA KORDIC RIQUELME. Madrid, Universidad de Navarra, Iberoamericana, Vervuert, 2008, 518 páginas.

Los escritos de mujeres del Chile colonial que han llegado hasta nosotros son muy escasos. La relación autobiográfica de sor Úrsula Suárez, el poema sobre la inundación del Mapocho de 1783, escrito por sor Tadea García de la Huerta, y un poema escrito por doña Juana López eran las únicas obras conocidas hasta ahora. Con todo, lo anterior no significa que durante esa época no hubiese existido una mayor producción literaria femenina. Al igual que en el resto de América, en los conventos de religiosas de Chile, que es donde se concentraba el mayor número de mujeres cultas, hubo una abundante generación de textos escritos de distinto tipo, como biografías, autobiografías, cartas y poemas. Se sabía de monjas, aparte de las mencionadas, que habían dejado escritos, pero sus textos nos eran desconocidos. Es posible que algunos de ellos se perdieran definitivamente al ser destruidos por determinación de sus autoras o como consecuencia de los traslados y demás avatares por los que han pasado los archivos de los conventos femeninos. Empero, todavía se encuentran escritos de religiosas en algunos de esos repositorios y esperamos que en un futuro salgan a la luz, dada su significación para la historia cultural del país.

Por lo mismo, consideramos de gran valor y trascendencia la publicación que ahora se ha efectuado de las cartas que la dominica sor Dolores Peña y Lillo, del convento de Santa Rosa de Santiago, envió a su director espiritual entre los años 1763 y 1769. Son en total 65 cartas de mediana extensión, que la monja escribió al sacerdote jesuita Manuel Álvarez. La correspondencia de las religiosas con su confesor o director espiritual era relativamente frecuente y por medio de ella el

sacerdote las iba dirigiendo a través de las complejidades de la espiritualidad y más precisamente de las formas y métodos de oración, para evitar los errores y desviaciones en que con frecuencia podía caerse. En otros casos, los padres espirituales solicitaban a sus hijas que pusieran por escrito sus experiencias relacionadas con la oración. Por lo general, estos escritos adquirían la forma de autobiografías y constituyen otro de los tipos de textos de monjas americanas de la época que se conocen. Una correspondencia tan extensa como la de Dolores Peña y Lillo con su director espiritual, no era muy frecuente y se explica por una situación excepcional. La comunicación verbal entre ambos y las dificultades que se generaron en la labor de confesor del padre Álvarez llevaron a que se privilegiara la relación epistolar. De la correspondencia entre la monja y su director espiritual solo se conservan las cartas de ella; las del padre Álvarez fueron quemadas por su destinataria, cumpliendo una orden expresa del sacerdote.

De la existencia de las cartas de sor Dolores se tenía noticia desde hacía bastante tiempo, pero se desconocía el texto de ellas. Quien primero las menciona es José Ignacio Víctor Eyzaguirre en su *Historia Eclesiástica, política y literaria de Chile* (t. II, pp. 339-342), publicada en 1850. En ella cita trozos de una reseña biográfica de la monja, de unos cinco folios (una copia manuscrita de la misma se encuentra en el Fondo J. I. V. Eyzaguirre del Archivo Nacional), elaborada a partir de esas cartas y de autoría incierta. De la obra de Eyzaguirre parece desprenderse que la habría escrito una religiosa del monasterio. Por su parte sor Rosa Meza, en su crónica del convento escrita a comienzos del siglo XX, atribuye el resumen, que reproduce íntegro, al provisor y vicario José Miguel Arístegui. Gracias a él, por otra parte, se habría logrado conservar el epistolario, pues lo entregó al archivo del monasterio. Habría llegado a su poder después de pasar por varias manos desde que el padre Álvarez, que no lo destruyó como le pedía sor Dolores, lo dejó al obispo Alday al abandonar Chile.

Sor Dolores Peña y Lillo Barbosa nació el 25 de marzo de 1739. Sus padres, a los 7 años, la enviaron al beaterio de Santa Rosa para que aprendiera música; a los 12 ingresó a la vida religiosa contra la voluntad de sus padres, y profesó a los 17, en 1756, como religiosa de velo blanco, debido a que sus padres no aportaron para la dote. A esas alturas el beaterio, con autorización real, se había transformado en convento, oficializándose su fundación en 1754. A los 24 años inicia su comunicación epistolar con el padre jesuita Manuel Álvarez, natural de Villafranca del Bierzo en León, que a la sazón tenía 62 años. Por esa misma época el padre Álvarez escribía un libro para guiar en la práctica de la oración, el que se publicó en 1766, en España¹.

¹ El que los padres jesuitas tuvieran un papel importante como confesores y directores espirituales de este convento de monjas dominicas se explica porque el obispo Alday, que impulsó su fundación, nombró como director espiritual del nuevo monasterio al padre jesuita Ignacio García, de gran experiencia en ese ámbito y muy docto en la oración contemplativa. A eso se agrega que los padres de la Compañía gozaban de un prestigio incontrarrestable como directores de espíritu en los conventos de monjas.

La cuidada edición del epistolario que comentamos se hizo a partir de criterios filológicos y lingüísticos, con todo lo que eso significa. La editora nos dice, siguiendo las normas de la serie Biblioteca Antigua Chilena, que “aplica los principios básicos del respeto y conservación de todo rasgo gráfico que implique efectiva o eventualmente representación de un rasgo fónico diferencial, significativo; todo aquel recurso que, tras el examen del comportamiento grafemático del escriba, demuestre ser inoperante, se moderniza”. En la práctica, para el lector corriente, lo anterior se refleja en que se mantiene, entre otros casos, el uso antiguo de la *s* en vez de la *c* o de la *z*. También se omite el uso de la *h*, manteniéndose la *g*. En cambio, se moderniza la puntuación, acentuación y uso de mayúsculas y minúsculas. El resultado no incomoda al lector común y, aún más, la puntuación, según las normas actuales, facilita la lectura. Los criterios que predominan en la edición, también se reflejan en el aparato crítico, en el que las notas tienden a explicar el significado, uso o evolución del sentido de voces que hoy no se escriben igual o tienen un significado distinto.

Independiente de los aspectos formales de la edición, el contenido del epistolario nos parece realmente notable. En un estilo sencillo, directo y no falto de armonía y sonoridad, la joven religiosa va descubriendo su alma, sus sentimientos, sus profundas inquietudes y angustias espirituales a su admirado padre. Debemos agradecer a la editora el esfuerzo realizado para ordenar la secuencia de las cartas, dado que muchas no estaban fechadas. Ese trabajo nos permite apreciar mejor las variaciones que tiene la relación padre-hija y también ver la evolución que experimenta el mundo interior de la monja. Las perspectivas de análisis y las posibilidades de estudio que ofrece el epistolario para especialistas de diferentes disciplinas son enormes. Pero también debería generar gran interés en cualquier lector inquieto intelectualmente. A través de él podrá acercarse a ese universo tan especial constituido por los conventos coloniales. Se tendrá una aproximación a la manera como las religiosas, o por lo menos esta religiosa, vivían su fe, a las preocupaciones que la afligían, a las tensiones que se generaban en ese mundo cerrado de mujeres, al papel que jugaban los sacerdotes. También, podrá vislumbrarse algo de la cultura que manejaban, incluyendo lecturas, materias y conocimientos que tenían. Sin duda el lector descubrirá un mundo asombroso, que posiblemente no sospechaba que podía darse en esa época, en este lejano territorio y en mujeres, es decir, sujetos, para la época, socialmente secundarios.

La editora, en la introducción, hace un análisis lingüístico de las cartas y además efectúa un interesante estudio buscando las influencias y filiación de las ideas que sor Dolores expone. La tarea no resultaba fácil, pues la monja cita muy pocos autores de manera directa. En consecuencia, debió realizar un análisis comparativo de las ideas y de la manera como sor Dolores las exponía a su confesor, con los planteamientos que sobre cuestiones similares sostenían diversos místicos y teólogos de la época. En ese sentido, enfatiza la influencia ejercida por Santa Teresa de Jesús, a la que considera la más determinante, tanto en la forma como en el fondo. A eso agrega la posible influencia que pudieron haber ejercido otros autores, como San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada y María de Ágreda, por mencionar los más significativos. Por último, en esta búsqueda de influencias asigna un papel

clave a la patrona de la Congregación, Santa Rosa Lima. Esto porque sor Dolores, si bien fue una mística que caía en éxtasis y tenía visiones, practicaba rigurosas mortificaciones que se inspiraban en la santa americana y la alejaban del modelo teresiano. Dado que prácticamente no se conservan escritos de la santa limeña, la forma como vivió su fe se transmitió a los fieles merced a las hagiografías que circulaban. La editora estima que pudo haber conocido a la santa a través de la primera hagiografía que se escribió sobre ella, la de Fr. Pedro de Loayza, la que, sin embargo, permaneció inédita. Por ello, a la hora de las suposiciones, pensamos en la de Leonardo Hansen, traducida por Jacinto de la Parra, que gozó de gran popularidad y sirvió de inspiración a la serie pictórica sobre la vida de la santa que poseía el convento. Como lo indicábamos, el principal inconveniente a la hora de intentar establecer las influencias en sor Dolores son las escasas referencias a autores que entregan las cartas. A esto se agrega además otro factor, los autores místicos y del recogimiento que, desde la Baja Edad Media hasta la Época Moderna, refieren sus experiencias o entregan guías de oración tienen un lenguaje muy similar, producto de una praxis y base espiritual común, lo que dificulta el poder identificar el aporte específico de cada uno.

Fue una pena que en esta publicación no se haya seguido el criterio editorial de la *Relación Autobiográfica* de Úrsula Suárez, que resultó tan útil al presentar al lector un análisis filológico de la obra junto a un estudio de carácter histórico. De haberse realizado esto último se habría enriquecido la presentación con una perspectiva muy necesaria para una mejor comprensión de este tipo de fuente; se habría dispuesto de una más amplia bibliografía y el aparato crítico habría ganado en referencias que habrían ayudado al lector corriente a captar mejor el contexto en el que se generan los textos.

En suma, considerando el valor de esta obra, esperamos que tenga el mismo éxito nacional e internacional de que ha gozado la *Relación Autobiográfica* de sor Úrsula Suárez, no obstante las diferencias entre una y otra, que van desde la forma hasta el contenido, pasando por la personalidad y compromiso con la fe de ambas religiosas.

RENÉ MILLAR CARVACHO
Pontificia Universidad Católica de Chile

PABLO LACOSTE, *La Mujer y el Vino. Entre el Reino de Chile y el Virreinato del Río de la Plata, 1561-1810*. Mendoza, Caviar Bleu, Editora Andina Sur, 2008, 307 páginas.

Desde las primeras páginas del libro, adivinamos la empatía de este historiador trasandino con el sexo opuesto. Dedicado a sus hijas y a su madre, *La Mujer y el Vino* es un excelente intento de situar a aquellas mujeres olvidadas del período colonial en un lugar justo de los anales de la historia social y la historia económica de una parte de Latinoamérica. En este sentido, *La Mujer y el Vino* es

un sugerente nombre, pero que no reduce el contundente material que Lacoste nos proporciona a través de sus páginas. En un andamiaje entre la vitivinicultura y la mujer en su vida pública y privada, este libro muestra las posibilidades metodológicas de la historiografía actual. Efectivamente, Pablo Lacoste nos demuestra con un exhaustivo despliegue de fuentes y análisis acuciosos de estas, la participación de la mujer en el cultivo, producción, elaboración y comercialización del vino cuyano.

Desde el comienzo, el autor nos propone zafarnos de las ataduras mentales y los lugares comunes que no asignaban papel alguno a la mujer en la economía colonial, para ser protagonistas de escenas de mujeres emancipándose mental y económicamente de sus dominadores a través del vino. Efectivamente, es en este espacio concreto donde la mujer colonial encontró un camino propicio para sobresalir entre las de su género y para obtener movilidad social.

Los espacios temporales y geográficos que Lacoste establece para proseguir con su argumento sorprenden incluso a los más entendidos. No muchos saben que Mendoza y san Juan figuraban administrativamente dentro de la Capitanía General de Chile, hasta el año de la creación del virreinato del Río de la Plata, en 1776. Ambas ciudades formaban parte de la provincia de Cuyo del reino de Chile y constituyeron el principal polo vitivinícola de América Latina en los siglos XVIII y XIX.

Pero las coordenadas temporales son, probablemente, las que más remecan las ideas adquiridas respecto al rol de la mujer en aquella sociedad. Los siglos coloniales son espectadores de los artificios femeninos dentro de un sistema que las limitaba en todo sentido.

A través del estudio de casos, Lacoste va urdiendo las diferentes posibilidades que el sistema, a través de sus fisuras y el ingenio de algunas mujeres, flexibilizó para facilitar algún tipo de surgimiento. Es el caso de doña Melchora Lemos, quien logró ejercer un importante liderazgo entre los suyos. Fue la única mujer propietaria de una pulpería, tenía un molino que era el único de la ciudad y su bodega estaba muy bien equipada. Todo esto despertó celos entre los hombres, especialmente en su hermano mayor, el alcalde Juan Lemos, quien haría lo posible para despojarla de sus bienes y subordinarla a su autoridad. Doña Melchora “había traspasado la frontera del espacio vital de la mujer”. Para presionarla psicológicamente, su hermano Juan levantó una casa de adobes en la propiedad de Melchora e instaló allí un grupo de indios como moradores hostiles. Luego le quitó la bodega y, por último, demolió su molino. A través de este sabroso caso lleno de episodios teñidos de envidias, rabias y celos, el autor abre la discusión hacia aspectos estructurales de las sociedades coloniales y otros más específicos, como las relaciones de los empresarios vitivinícolas con el ámbito de la política, la justicia, las órdenes religiosas y el sistema tributario. El caso nos lleva también a detalles de la vida privada de los protagonistas: por los documentos judiciales sabemos que doña Melchora adoptó a una niña huérfana llamada Dominga, quien se convirtió en el centro de su vida afectiva y emocional. Lacoste aporta que era frecuente entre los empresarios incorporar a la vida cotidiana de sus haciendas a niños que eran huérfanos, hijos ilegítimos o arrimados. Así, la información que proporciona Lacoste

en cada caso es bastante contundente y provista de un análisis a la luz de su hipótesis.

El segundo caso que presenta el libro se sumerge en un escenario de fuertes ribetes emocionales. El autor se atreve con una metodología que aplica cánones psicológicos y culturales actuales para describir y analizar situaciones de antaño, como cuando sugiere que una de sus protagonistas habría vivido apasionadamente, aplicando las definiciones contemporáneas de la psiquiatría, a una situación que él considera semejante en la época colonial. Osado y sugerente pero no tan convincente, en la medida que las fuentes que Lacoste utiliza no se caracterizan, precisamente, por la adjetivación ni la preocupación por las implicancias psicológicas de sus determinaciones. Sin embargo, esto no le quita seriedad al análisis empático que él propone con situaciones que, de cualquier forma, llaman la atención del lector contemporáneo: una mujer (Tomasa Ponce de León) que no guarda el período mínimo de luto y duelo que se estilaba entonces y que posteriormente contrae matrimonio con un hombre de rango social inferior y notablemente más joven.

Especialmente revelador del título y de la hipótesis del libro es el capítulo 4, en que se relata el caso de Juana Torres, quien siendo abandonada por su marido, se dedicó a la vitivinicultura. Se relatan sus escuálidas posesiones y variadas actividades, que permiten formarnos un buen panorama de la cultura material de la época. Su caso y el de muchas otras solteras, viudas, separadas y abandonadas demuestra, según Lacoste, que la inmensa mayoría de las viñas se iniciaban a partir de capital modesto o sin nada. Las claves estaban, entonces, en la capacidad para conseguir un pequeño terreno y, fundamentalmente, en el trabajo intenso para plantar y cultivar la viña (p. 159).

La descripción de la cultura material es especialmente fuerte en el capítulo siguiente. La información aquí contenida es sumamente rica por la enumeración y descripción detallada de los objetos de uso cotidiano, como por la propuesta del autor de situar la casa colonial en una trayectoria más amplia: el paso de la casa como espacio público hacia un escenario de vida privada. La casa colonial americana estaría, según Lacoste, en el período de transición de un modelo a otro.

Este es, a mi juicio, uno de los principales aportes de este libro, ya que conecta el desarrollo socioeconómico individual y colectivo, con aspectos específicos de la vida privada, en este caso con el *habitar*, que va lentamente configurándose como una actividad de la esfera privada, aparejada a valores más modernos como el de la privacidad, la sociabilidad y la importancia de la familia nuclear.

Este libro es, para mi gusto, lectura obligatoria para cualquier experto en historia colonial, ya que proporciona información inédita, a la luz de hipótesis y marcos teóricos sólidos. Más aún, por su fácil y amena lectura y la importancia absoluta del producto descrito —el vino— para nuestra cultura nacional, es recomendable para todos aquellos ávidos de leer buenas monografías históricas.

OLAYA SANFUENTES

Pontificia Universidad Católica de Chile

LEONARDO LEÓN, *Araucanía: La Violencia Mestiza y el Mito de la Pacificación, 1880-1900*, Santiago, Editorial ARCIS, 2005, 298 páginas.

El libro de Leonardo León, *Araucanía: La violencia mestiza y el mito de la pacificación, 1880-1900*, constituye un examen de las consecuencias del proceso de ocupación llevado a cabo por el Estado chileno de los territorios al sur del río Biobío, habitados por una compleja sociedad fronteriza, donde no solo se reconocen mapuches, chilenos o inmigrantes, sino además sujetos de sangres mezcladas y tradiciones culturales ambiguas, conocidos como mestizos. A la hora de definir el objeto de su estudio, y guiándonos por el título de su obra, el autor opta por enfatizar los actos transgresivos efectuados por estos últimos. En efecto, desde el primer párrafo, Leonardo León clarifica la tesis que orientará el libro:

“Entre 1880 y 1900, los mestizos fronterizos asentados en la Araucanía se transformaron en el más poderoso obstáculo para la consolidación del proceso de ocupación de los territorios tribales que realizó el Estado chileno” (p. 9).

Nos detendremos en este párrafo pues contiene varios elementos centrales que guían el texto; asimismo, es necesario considerar que el tema sobre el cual está construida la investigación del autor, no es uno libre de cierta polémica y debate. Aquel “proceso de ocupación de los territorios tribales” a que se refiere León, ha constituido el centro de un largo debate que de hecho ha superado las fronteras disciplinarias. De este modo, lo que León Solís llama *ocupación*, ha sido denominado por otros como *pacificación*, *integración*, *usurpación* e incluso *etnocidio*, *genocidio* o *masacre*. La historia de la Araucanía, en el último tercio del siglo XIX, es por lo mismo materia aún debatible. Eso sí, cabe destacar una cuestión capital a la hora de revisar las páginas escritas por el autor. Y es que, cuando inspeccionamos las implicancias de las categorías que se han empleado para referirse a este proceso, notamos que involucran de una u otra manera acciones efectuadas por un sujeto en particular, en desmedro o sin la participación activa de otro más. Siguiendo esta noción es que obstinadamente se nos ha enseñado la historia de la Araucanía y su *pacificación* como la seguidilla de acciones emprendidas por el Estado chileno, en contra de la sociedad mapuche. Dos sujetos, y no solo eso, sino que dos sujetos que no dialogan y que no tendrían puntos en común. Pero ¿es posible concluir la larga historia de los contactos fronterizos, reduciéndola a la acción de un sujeto sobre otro?, ¿de una lógica sobre otra?, ¿es plausible acaso? La noción simplista con la cual la historia de la Araucanía se reduce al enfrentamiento de dos mundos, mapuches *versus* chilenos, pareciera no soportar un análisis riguroso.

Hasta aquí, sin ser sinónimos, *pacificación*, *usurpación*, *integración* son categorías que caricaturizan un momento histórico clave de las relaciones fronterizas hispano-mapuche o chileno-mapuche, puesto que han obviado la existencia y participación de todos aquellos sujetos nacidos durante tres siglos de contacto permanente. Los mestizos como actores, y el mestizaje como proceso, han quedado fuera de la construcción del discurso histórico tradicional (e incluso crítico) acerca de

los acontecimientos que conmovieron las costas, valles y sierras de las actuales VIII y IX región.

Es en este punto donde el aporte del Leonardo León cobra mayor singularidad, pues no solo se propone revisar los eventos que sucedieron a la ocupación de la Araucanía, sino que se centra en la participación de las grandes mayorías; en aquel contingente mestizo, relegado al imaginario y la trivialidad histórica. De ahí se desprende que la tesis central del texto se desarrolla, primeramente, en una crítica a la idea de pacificación de la frontera mapuche como sinónimo de civilización y paz; y en la profusa exposición de evidencias que permiten dimensionar el estado perenne de conflicto y alteración que se vivió en la región. Los protagonistas, como ya se ha dicho, fueron primordialmente los mestizos.

De este modo se comprende que la hipótesis de trabajo del texto haga confluir tanto una observación detallada de los acontecimientos vividos en la frontera mapuche, como una crítica a las nociones que se tienen respecto del proceso histórico en cuestión:

“Como hipótesis de trabajo postulamos que durante las últimas décadas del siglo XIX, se combinaron la debilidad del Estado chileno, el colapso del gobierno cacical y la irrupción de los intereses privados, para hacer de la Araucanía un territorio sacudido por una profunda crisis social que, en más de una ocasión se convirtió en una verdadera guerra étnica [...] el término “Pacificación de la Araucanía” queda convertida en una metáfora macabra, que pareciera haber sido acuñada desde los pasillos del poder tan solo para encubrir la sangrienta realidad que siguió a la ocupación” (p. 12).

De las palabras del autor se comprenderá la doble dimensión mítica de la pacificación. Una, construida por el poder para señalar que la tarea modernizadora y el triunfo de la civilización se habían consolidado; y otra, sumergida primordialmente en la historia protagonizada por la población que no se unió, no fue pacificada, anexada o colonizada por el Estado chileno, y que optó por luchar para preservar sus formas de vida tradicionales. En este caso, Leonardo León intenta dar cuenta de aquella segunda cara del problema, mirando no solo a la población mapuche, sino a los sujetos que rápidamente coparon los espacios creados por el mismo avance de la modernidad. Los mestizos, en este sentido, cobran un protagonismo que, como veremos, está avalado por un acopio documental contundente. “Después de las campañas militares de 1880-1884”, nos cuenta el historiador, “los mestizos recurrieron una vez más a sus reconocidas habilidades de transgresores, bandoleros y anarquistas, y desataron una ola de violencia que no tuvo precedentes en la memoria de la región [...] Esa historia, dramática y sangrienta, es la que se intentará reconstruir en las páginas que siguen” (p. 13).

El registro documental utilizado por el autor se basa principalmente en la prensa periódica y los expedientes judiciales de Angol y Temuco. Constituyendo, sobre todo, el primero de los registros una excelente recopilación de la prensa regional del Biobío y la Araucanía, con un cuerpo aproximado de 70 periódicos citados. El aporte a la investigación proveniente de los registros judiciales, si bien no es menor, se ve ampliamente superado por el predominio de las referencias a la pren-

sa. Aspecto metodológico que encontramos presente en un trabajo previo del mismo autor, y en el que notaremos la intención que sustenta el uso de documentación preferentemente periódica. Para él, lo primero es reconocer que la entrada al tema no debe darse desde la elaboración teórica de conceptos rutilantes. De esta manera, los mestizos fronterizos que estudia deben ser captados en el movimiento de la vida cotidiana.

“a través de un análisis sistemático de fuentes periodísticas y judiciales [...] se ha optado por reconstruir la historia viva, agitada, sensual y violenta de esa inmensa muchedumbre de hombres y mujeres quienes, por haber nacido al margen de los estatutos oficiales y de las redes étnicas, fue estigmatizada por chilenos y mapuches con el título de mestizos o champurriados”¹.

La intención del autor al utilizar extensivamente el registro de los hechos, evidente al constatar la abundancia de citas y notas al pie de página, nos lleva a pensar entonces en aquellas categorías que otros investigadores, historiadores, antropólogos y etnohistoriadores sí han intentado abordar. Particularmente pensando en el fenómeno identitario y étnico que implica la existencia mestiza, el autor zanja el problema localizando su definición en el decurso mismo de la historia de estos sujetos. Con sus propias palabras lo señala, cuando dice: “Debemos subrayar que el criterio de vinculación étnica utilizado en este trabajo es más social que racial, más histórico que cultural, pues se desprende del nexo evidente que se entreteje entre la actitud insubordinada de los transgresores y la larga tradición de desacato que los mestizos desplegaron cuando fueron renegados en las décadas previas [...] Esta respuesta, junto a tantas otras declaraciones de similar tenor, refleja un *ethos* de larga duración que asomó en las más diversas circunstancias para dar cuenta de una mentalidad de sujetos que elegían vivir de acuerdo a su propias normativas” (pp. 32-33).

Tal enfoque metodológico y epistemológico de la tarea del historiador, conduce a Leonardo León a construir en su libro un informe paulatino, coherente y apasionante de la atribulada y violenta vida de los sujetos mestizos de la frontera a fines del siglo XIX. Desde las páginas escritas por jueces, periodistas, editores y columnistas, el autor se referirá a aquellos espacios públicos y privados donde se manifestó la subversión del supuesto orden ‘pacificado’ por el Estado chileno. De este modo, los capítulos que componen el volumen, contribuyen notablemente al examen de las relaciones sociales de sujetos comunes y corrientes, en ámbitos de escala reducida, como corresponde considerar la vida cotidiana, los matrimonios, fiestas, desórdenes y un sinnúmero de acciones que en los últimos veinte años cobran fuerza como objeto de estudio para los historiadores. Aun cuando el profesor Leonardo León no lo especifique en sus escritos, su necesidad profusamente evidenciada de dar cuenta de las acciones de sujetos reales, con nombre y apellido, encuentra consonancia con lo que otros historiadores han propuesto como una de las definiciones básicas para teorizar en torno a la historia local:

¹ Leonardo León *et al.*, *Araucanía: la frontera mestiza, siglo XIX*, Santiago, UCSH, 2003, 9.

“En este sentido, la primera evidencia con la que nos enfrentamos es la acción humana, vale decir los primeros datos, el primer detalle, de los que no podemos prescindir sin más que son los actos que unos individuos concretos emprenden y de los que quedan pruebas, huellas, vestigios. Este punto de partida nos obliga, pues, a referir la investigación histórica a la acción de personas con nombres y apellidos y de cuyo testimonio tenemos constancia documental. Desde esta perspectiva, la historia local es un ámbito óptimo para proponer explicaciones cabales de la acción humana. ¿Por qué razón? Porque todo enunciado deberá remitir a los microfundamentos de una acción real, emprendida por sujetos reales y no por las hipótesis abstractas que constituyen los tipos medios de lo estadísticamente dominante”².

En este plano la tesis del León Solís cobra pleno sentido, al situarnos en las acciones concretas de hombres y mujeres que, por medio de sus acciones pasadas, construyen hoy gracias a la tarea del historiador una explicación de orden general, cabal, difícilmente comprensible si no es por medio de la suma de todas aquellas singularidades puestas a contraluz de un plano general. En efecto, Leonardo León logra en su texto dar aquella coherencia al relato, yendo y viniendo, desde lo particular-violento de la Araucanía, hacia la esfera general de las formas laborales del siglo XIX chileno, la consolidación del Estado o el surgimiento de una incipiente modernización regional. En este interjuego, la erudición del historiador, su compromiso ético con la investigación y el estilo con que hace surgir la historia en prosa, cobran real importancia y determinan el éxito o fracaso de la obra. En el caso de *Araucanía: La Violencia Mestiza...* podemos decir con justificada razón que la tarea ha sido exitosa.

Como ha señalado en otras oportunidades este autor, se ha propuesto realizar una doble tarea historiográfica: reconstituir la memoria de los avatares fronterizos y, al mismo tiempo, comenzar a sentar los fundamentos para una historia de las grandes mayorías. No escapará a la atención de los lectores que ambos objetivos han sido alcanzados introduciendo dos registros (el periodístico y el judicial) que permiten, como señala él mismo, ‘democratizar’ la memoria. Otra lección que se desprende de la lectura de esta obra es que los problemas en la Araucanía no han variado sustancialmente y que, en la medida que ignoremos su historia real, se continuarán cometiendo los mismos errores que han plagado a la acción del Estado chileno en los últimos cien años.

En el balance general de esta obra, no está de más observar los elementos en los que el autor no ha reparado y que, de alguna manera u otra, pueden atentar contra la comprensión de su obra. Así como Leonardo León le dedica elocuentes párrafos al accionar de sus sujetos, a sus vidas, nombres, apellidos y empleos, falta en su volumen un mapa general que diera cuenta, al menos esquemáticamente, de la ubicación de estos actos, de los pueblos y localidades a los que hace referencia; esta omisión, si bien no es gravitante a la hora de enfrentar la lectura de su texto como un conocedor de la temática, sí puede mermar la cabal comprensión o acercamiento de lectores no especialistas en el campo de la historia de las relaciones fronterizas.

² Justo Serna y Anaclét Pons, “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, *Contribuciones desde Coatepec*, II: 4, Toluca, enero-junio 2003, 47.

Pensar el espacio como una relación de poder, tampoco es tan desacertado a la hora de imaginar un boceto que permitiera al lector visualizar los borrascosos incidentes relatados en relación con su distancia de los centros administrativos, judiciales, laborales o punitivos existentes en Chile al finalizar el siglo XIX. El hecho histórico, visto desde esta perspectiva, cobraría vida no solamente en la prosa hábil del historiador, sino también en la geografía nacional.

Como miembro de una generación de historiadores que sitúan su atención en la historia de las grandes mayorías, Leonardo León no desmerece las justificadas expectativas que produce la lectura de esta obra que, sin duda, cumple con meritorios elementos para convertirse en un texto de consulta imprescindible.

VÍCTOR QUILAQUEO G.
Universidad de Chile

PEDRO MILOS HURTADO, *Frente Popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*. Santiago, Lom Ediciones, 2008, 346 páginas.

La reciente publicación del historiador Pedro Milos (1953), quien actualmente se desempeña como director del Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado, admite varios tipos de lecturas, todos ellos estimulantes, que apuntan a interrogarse sobre los procesos de construcción de la sociedad civil chilena y los sistemas políticos que la acompañan. En ese sentido, la propuesta de Milos apunta a enfatizar la existencia de una línea de continuidad política entre 1938 y 1973 y también apela a dotar de sentido histórico ciertos elementos simbólicos, cargados de una fuerte dosis emocional, vinculados a los programas políticos que representaron Pedro Aguirre Cerda y Salvador Allende y sus respectivos conglomerados partidistas. A su vez, Milos destaca el proyecto democratizador que caracterizó al Frente Popular desde su configuración en 1935 y sostiene que dichos fundamentos democráticos fueron las bases políticas y sociales de la Unidad Popular, existiendo entre ambos momentos (separados por 35 años, la misma cantidad que hay entre el golpe de Estado de 1973 y la edición de este libro) una base política común que se sustentó en un sistema de partidos políticos de izquierda y de centro, en la incorporación de fuerzas progresistas que representaron a la mayoría nacional y en el proyecto democrático que encarnaron.

El trasfondo de la investigación planteada por Milos consistió en reflexionar en torno al concepto de democracia en Chile y sus características, lo que llevó al autor a discutir sobre sus representaciones históricas y analizar el proyecto político democrático que encarnó el Frente Popular, como ejemplo de la existencia en Chile de una propuesta política y social que representó los intereses mayoritarios de la sociedad chilena, expresión de la representatividad de los sectores medios y populares. Resaltando la relevancia que tuvo la democracia en la articulación de las demandas sociales y en el fortalecimiento de la institucionalidad política, Milos reflexiona en torno a las características del sistema político nacional, el rol que

cumplieron los partidos políticos en Chile hacia 1930 y los movimientos sociales urbanos. Hacerse cargo de estas interrogantes implica, como lo destaca el propio Milos, afrontar la necesidad de indagar sobre la “experiencia” del Frente Popular, revisar su actualidad y vigencia, analizar los contenidos de su proyecto social y político, y, por último, reflexionar sobre la capacidad de movilización que tuvo dicho conglomerado político y social que auspiciaba la industrialización, el fortalecimiento del sistema electoral y la incorporación de los sectores medios y populares, sentando las bases de un consenso político que se prolongó hasta el quiebre de la institucionalidad democrática en 1973.

En términos metodológicos, la investigación de Milos está sustentada casi exclusivamente en el análisis de publicaciones periódicas de la época, para extraer de ellas tanto información relativa al proceso de conformación del Frente Popular y su contexto, como también material sobre el comportamiento político de los partidos, ya sea editoriales, comunicados o entrevistas. La metodología empleada por este historiador deja en evidencia la importancia que este le asigna a la prensa como soporte de las prácticas discursivas, de la capacidad que esta tiene para instalar temas de discusión en la opinión pública y cómo dichas prácticas movilizaron la participación social en un sistema político caracterizado hasta entonces por ser poco participativo, elitista y de escasa capacidad de convocatoria.

Basado en su tesis de grado de 1985 de la Universidad Católica, el libro de Milos constituye un aporte significativo al estudio de la historia política chilena de la primera mitad del siglo XX, examinada, según el propio autor, desde una historiografía política tradicional donde se detiene en el análisis de los procesos y actores institucionales, siendo este un aspecto importante al momento de considerar la metodología empleada y dónde ubicar esta investigación en el campo historiográfico. Desde este punto de vista, la perspectiva analítica empleada por Milos se focaliza en el estudio de la configuración del Frente Popular como un aspecto fundamental en la historia política del país, centrándose en analizar los acontecimientos políticos y sociales que caracterizaron al proceso de democratización de la sociedad chilena, a partir de mediados de la década de los 30 en adelante. Esta mirada acentúa la necesidad de abordar el proceso de configuración del Frente Popular a partir de la institucionalidad política, ya que es ella la que logra articular las demandas sociales de los partidos que adhirieron al llamado del *Komintern* en 1935, para crear un conglomerado político y social que se erigiera como alternativa política frente a la crisis económica producto del desplome financiero mundial a partir de 1929, que fuera oposición al gobierno de Arturo Alessandri y que asumiera una clara postura en contra de las ideologías fascistas, todos ellos principales agentes obstaculizadores del proceso reformista que demandaban los sectores progresistas de la sociedad chilena.

Asimismo, el trabajo de Milos, respaldado en una revisión exhaustiva de fuentes primarias, provisto de una redacción amena y dotada de un análisis tanto descriptivo como analítico, viene a subsanar varios aspectos que se encontraban escasamente abordados, por no decir ignorados, por los historiadores. No obstante la existencia de numerosos trabajos de investigación sobre el Frente Popular y los gobiernos radicales, ya sea desde los estudios históricos o las ciencias políticas, o

bien desde el relato testimonial y las memorias, no se había dado cuenta, hasta ahora, de la “configuración” del Frente Popular, siendo este el aspecto central de su investigación. Si bien la historiografía nacional y extranjera había abordado el estudio del Frente Popular, aunque desde otras perspectivas y destacando otro tipo de temáticas, el trabajo de Milos incorpora dichas investigaciones a sus reflexiones y se hace cargo de la descripción e interpretación del proceso de configuración del Frente Popular, centrándose en el análisis de los actores que participaron en ella y en los orígenes de dicho proceso político. Destaca especialmente la labor que cumplieron en ese sentido los partidos, los cuales asumieron un rol preponderante en la marcha institucional y política de la sociedad chilena, siendo estos los catalizadores de las demandas civiles. Fueron los partidos los que hicieron posible la creación del Frente Popular, sustentada en una política de alianzas que, anclada fundamentalmente en el rol del Partido Socialista, del Partido Radical y del Partido Comunista, e incorporando además a otros actores políticos de menor relevancia (el Partido Radical Socialista, la Unión Socialista, la Alianza Libertadora de Chile y la CTCh), asumieron el desafío de crear un nuevo referente de carácter nacional, mesocrático y popular, en donde los partidos políticos ocuparon un papel de “agentes democratizadores” y de “canales de expresión” de la sociedad civil, siendo estos además las vías de participación y representación política, que tuvieron un comportamiento fluctuante entre lo ideológico y lo pragmático.

La estructura del libro está organizada sobre el análisis de cuatro etapas a través de las cuales se fue configurando el Frente Popular, fases que dan cuenta de los distintos comportamientos de los partidos políticos en función de sus intereses, propuestas y ambiciones, asumiendo Milos a su vez la necesidad de analizar las trayectorias de cada uno de ellos, sus antecedentes doctrinarios y principales características, con el objetivo de delinear las conductas de los partidos que participaron en dicho proceso político que tuvo su punto de arranque en la estrategia de los “frente populares” establecido por Dimitrov, en agosto de 1935, en el VII Congreso de la Internacional Comunista. Esta estrategia política delineada por las autoridades soviéticas encontró una buena acogida en los partidos políticos de izquierda y de centro chilenos, y su aplicación, lejos de carecer de obstáculos y sobresaltos, debió sortear las particularidades del proceso histórico nacional, generando consigo un proceso de configuración del Frente Popular que adoleció de tensiones y contradicciones en su interior, marcado por disputas de poder y luchas de liderazgos, siendo este el elemento transversal que caracterizó la etapa formativa del Frente Popular.

El proceso de configuración del Frente Popular termina de consolidarse como realidad social y política en los meses previos a la elección presidencial, periodo determinado según Milos por sus iniciales “articulaciones políticas”, que comprende de mediados de 1935 hasta octubre de 1938, proceso caracterizado en un primera etapa por las posiciones ambivalentes sobre quién debía asumir la conducción de las fuerzas políticas progresistas y qué tipo de conducción aplicar, seguido luego de un carácter de alianza electoral con un predominio del Partido Radical sobre el resto de los partidos, produciéndose posteriormente una fuerte pugna por la hegemonía del Frente, lo que llevó al Partido Comunista a proponer la creación de un partido único

de izquierda para ampliar el electorado y garantizar de esta manera el triunfo en las elecciones presidenciales de octubre de 1938. Finalmente, la última fase se caracterizó por el liderazgo ejercido por el Partido Radical y la consiguiente nominación de Aguirre Cerda como candidato presidencial (desplazando a Marmaduke Grove, abandonado del PS), en señal de la unidad que debía imperar en dicho conglomerado, lográndose con ello la consolidación del Frente Popular. Prevaleció ante todo la “defensa de la democracia” como concepto discursivo fundamental, apelando esta idea al hecho de que el objetivo político central de las fuerzas progresistas era combatir a la derecha política representada por Alessandri e impedir la ascensión al poder de Gustavo Ross, haciendo un llamado a la cohesión partidaria, actuando en función de beneficios políticos concretos más que por doctrinarismos.

Los comportamientos políticos de los partidos que conformaron el Frente Popular, los cuales se encuentran inmersos en las fases anteriormente descritas en la medida que tuvieron su manifestación concreta durante el proceso de configuración de este conglomerado político, fluctuaron entre el dogmatismo y el realismo. Para determinados partidos políticos, lo primordial era enfocar a dicho conglomerado en busca de la obtención de resultados favorables en las elecciones parlamentarias de marzo de 1937, siendo esta instancia electoral el objetivo político más inmediato. Para otros, en cambio, el Frente Popular debía obedecer a un lineamiento ideológico definido por su antifascismo y su antiimperialismo, siguiendo una conducta política clara y coherente. Lo cierto es que los comportamientos de todos los actores políticos involucrados están entrelazados entre sí y cada uno de ellos estuvo marcado por disputas internas y por conflictos con los demás partidos políticos. Si bien fue el Partido Radical quien asumió el llamado de emprender la unificación política de las fuerzas progresistas de la sociedad chilena, este fue el partido más cambiante de todos, ambivalente e impreciso por momentos, fluctuando desde posiciones de centro hasta adoptar en última instancia un comportamiento asertivo, logrando imponerse frente al resto de los demás partidos. El Partido Socialista, en cambio, asumió un comportamiento más homogéneo y consistente con su propia lógica interna, de carácter militante, teniendo roces continuos con el Partido Comunista, el cual, a diferencia de los partidos anteriores, asumió un rol menos relevante, aunque no por ello menos decisivo, abogando en primera instancia por una apertura y flexibilidad, proponer una política de un amplio frente nacional, apoyar la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo, rechazar los sucesos del 5 de septiembre de 1938 y auspiciar finalmente la necesidad de consolidar la democracia, ejerciendo un rol fundamental en el equilibrio de fuerzas y los contrapesos partidistas. Hay en estos comportamientos una señal inequívoca de las contradicciones que marcaron a los partidos políticos que formaron parte del Frente Popular, especialmente en torno a la unidad política y sindical.

Los aportes historiográficos del libro de Milos son múltiples, y todos ellos apuntan a un aspecto central que debe acompañar a toda publicación académica: la destreza para plantear un trabajo de investigación sólido y riguroso, sugerente y reflexivo, sin por ello perder su capacidad de atracción. La propuesta historiográfica planteada por Milos, que reivindica un enfoque analítico tradicional de la historia política nacional, centrado en los actores y los procesos institucionales, consti-

tuye desde este punto de vista una renovadora perspectiva de análisis, que instala nuevas preguntas a viejos problemas que cobran una actualidad siempre vigente. Este trabajo tiene la capacidad de abrir nuevos derroteros de estudio a temas que se daban por concluidos e instalar, a su vez, un enfoque interpretativo a problemáticas de la historia política nacional que aún no han sido analizadas bajo la perspectiva de los actores políticos institucionales. Esta valorización de un tipo de historiografía que se preocupa de examinar problemas históricos a la luz de un enfoque que recupera la centralidad de las lógicas institucionales, constituye una excelente oportunidad para repensar otros procesos políticos de la historia chilena del siglo XX y es, a su vez, una invitación para emprender investigaciones historiográficas centradas en las proyecciones institucionales de la historia política chilena y sus relaciones con otros agentes históricos.

SANTIAGO ARÁNGUIZ PINTO
Universidad Diego Portales

IRINA PODGORNY y MARÍA MARGARET LOPES, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, Limusa, 2008, 280 páginas.

En estos últimos años se ha venido renovando el estudio de la ciencia y las prácticas científicas, en especial a partir de la influencia de los señeros trabajos de Bruno Latour, *Laboratory Life. The construction of scientific* (1979) y *Science in action* (1987)¹. Desde esta perspectiva se ha instalado una aproximación a la cultura de la ciencia, analizando en qué sentido el contexto social es esencial para entender la actividad científica misma. Lo anterior ha permitido ir más allá del estudio de los *grandes hombres de ciencia* a fin de acercarse a las condiciones históricas que los posibilitaron: redes, relaciones con el poder político, presencia museológica, etc. A lo anterior podemos sumarle la orientación teórica inaugurada por Susan Sheets-Pyenson (1988), quien, al visualizar los museos en tanto enlace de redes nacionales e internacionales, ha posibilitado el estudio de las instituciones científicas ya no como el resultado de desarrollos autónomos y espontáneos, sino más bien como el producto de un conjunto de vinculaciones entre directores de museos, congresos y publicaciones especializadas². Parte de estas orientaciones guía el texto aquí reseñado.

El texto reúne una serie de ensayos sobre los museos de ciencias en Argentina durante el siglo XIX, período de expansión de las fronteras argentinas hacia el sur

¹ Bruno Latour, *Laboratory Life. The construction of scientific*, New Jersey, Princeton University Press, 1986 (primera edición: 1979), y *Science in action*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1987.

² Susan Sheets-Pyenson, *Cathedrals of Science. The Development of Colonial Natural History Museums during the late Nineteenth Century*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1988.

y hacia los territorios del Chaco. En dicho tiempo se analizan las controversias científicas de la paleontología y las ciencias naturales de la época, ligadas a las colecciones y a los museos.

La idea central del libro radica en la noción del encierro simbólico del *desierto*, espacio geográfico que dentro del contexto argentino decimonónico correspondía a aquellos territorios aún no controlados por ningún tipo de aparato estatal. En otras palabras: lo que se había hecho por la fuerza militar en la llamada *Guerra del Desierto*, los científicos habrían de hacer en la esfera del saber. En este aspecto, según lo demuestra el texto, el estudio de los museos resulta una perspectiva analítica privilegiada en la medida en que permite comprender “el proceso por el cual el conocimiento científico queda localizado en determinados lugares” (p. 13). Asimismo, lo anterior permite, dado que el espacio de exhibición se construye para un público no especializado, analizar las maneras a partir de las cuales se construían las relaciones entre los distintos actores involucrados: científicos, gobierno, universidades, sociedades científicas, intereses económicos, etc.

El texto se divide en nueve capítulos que, a partir de un criterio en algún sentido cronológico, van rodeando el objeto de estudio.

El libro se inicia desde los antecedentes del siglo XIX (los denominados “museos invisibles”) a partir de ciertos espacios que, a pesar de no tener colecciones, ni lugar de emplazamiento, reunían objetos con una finalidad más bien burocrática antes que científica. Interesante resulta, al respecto, los diversos significados que la palabra *museo* entonces poseía: “gabinetes de estudio universitarios, establecimientos comerciales, las cajas vendidas a las escuelas como *museos escolares*, los grandes museos-monumentos”, así como diversas colecciones (p. 11).

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en una nueva fase de la historia argentina, la labor museológica se torna más profesional. Lo anterior se evidencia con el trabajo de científicos en un comienzo extranjeros, como el alemán Herman Burmeister. Será a partir de esta fase cuando el museo adquiera una estructura científica y deje de ser tan solo un acopio inconexo de restos fósiles, piezas arqueológicas y herbarios. Claramente el museo se convierte en un espacio de especialistas, de modo que muchas colecciones dejan de ordenarse para un público en general.

El texto una y otra vez relaciona elementos que dan un una nueva visibilidad al estudio de los museos y del desarrollo de la ciencia. De esta forma se demuestra que los coleccionistas de los objetos que llenaban las vitrinas de los museos (fauna extinguida y restos arqueológicos) adoptaron una actitud de preocupación ante la naturaleza por su rápida desaparición, no tan solo debido a influencias teóricas, sino también por la “premura dada la competencia entre equipos rivales en dar a conocer al mundo científico las nuevas especies y piezas descubiertas, por llenar las salas y obtener recursos para la continuación de las obras de un museo [...] y por la venta de colecciones a mejor precio” (p. 253). Lo anterior implica modificar la mirada del investigador indagando los aspectos “no científicos” que posibilitan y da una plataforma al trabajo científico mismo. Sin duda, el texto aquí reseñado da importantes pasos al respecto.

Otro elemento destacable en el texto es el vínculo que las autoras establecen entre el saber museológico y la esfera del poder. En este sentido, el texto deja en

evidencia en qué medida la capacidad de negociación de los científicos a fin de lograr recursos del Estado, como de sus redes al interior del país y en el extranjero, son parte constitutiva del quehacer científico junto con las publicaciones, textos que normalmente se privilegian a la hora de hacer una historia de la ciencia. En este aspecto, las alianzas construidas con el objeto de consolidar los museos no son simplemente un contexto sociohistórico, sino antes bien elementos de la praxis científica misma. Poder y saber se entrelazan, no diferenciándose los límites entre lo científico y lo político.

Las autoras, a partir del análisis de estas redes e imbricaciones poder/saber, dejan muy claro en qué sentido el Estado nacional decimonónico no estructuró una suerte de “estrategia” o “control del saber”, como comúnmente los historiadores han tendido a conceptualizarlo. Antes bien: el estudio de las prácticas científicas demuestra que el Estado no poseía un procedimiento homogeneizante y perdurable en el tiempo de dominación simbólica: “[...] lejos de la existencia de un plan rector del Estado para llevar adelante tales tareas, la historia de los museos argentinos muestra todo lo contrario: cada nuevo establecimiento ignoraba [...] la existencia de los otros. Su funcionamiento, en cambio, estaba condicionado por la competencia por los recursos [...]. La historia de la debilidad de los proyectos para el establecimiento de los museos en la Argentina puede servir para entrar en la historia de la estructuración del país y matizar las ideas sobre la relación entre ciencia y Estado” (p. 250). Ni siquiera las expediciones científicas financiadas desde el Estado evidencian una maquinaria articulada con los dispositivos de la exploración científica y el control o invención del territorio.

El desierto en una vitrina, en suma, al reunir el sedimento de un conjunto de disputas (p. 253), logra darle un contenido dinámico al proceso de creación de los museos en la Argentina del siglo XIX. Allí radica, a mi juicio, su mayor mérito, en la medida en que deja en evidencia las relaciones de tensión que allí se tejieron antes que visualizarlo tan solo como un largo camino de progresos. En este sentido, el texto aquí reseñado logra transmitir que los museos, más allá de sus esferas simbólicas, son a su vez el espacio para un conjunto de prácticas científicas, “modeladas a partir de las especificidades de cada institución y de los conflictos y alianzas escondidas tras sus historias y sus puertas” (p. 26).

CARLOS SANHUEZA
Universidad de Talca-Chile

MARGARET POWER, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009, 318 páginas.

Hay que apreciar la franqueza de la historiadora Margaret Power cuando dice, al principio de su libro, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, que jamás pensó en escribir un libro sobre mujeres

de la clase acomodada. Al contrario, al comienzo de su tesis doctoral, que luego se convirtió en este libro, buscaba escribir sobre la clase obrera y su heroísmo al sobrevivir a la dictadura militar. ¡Qué bueno que Power cambió su rumbo! Por supuesto es importante la historia obrera, pero en el caso chileno, hace tiempo que los movimientos laborales y la vida popular han sido tomados muy en serio como sujetos históricos. Sin duda hay mucho más para hacer, pero en el caso de la historia de las clases medias y media-altas chilenas del siglo XX hay muy poco escrito. Esto es un vacío especialmente grave, dado que fueron precisamente las clases medias quienes jugaron un papel clave en muchos momentos de crisis y transición política: tanto en el triunfo del Frente Popular como en el derrocamiento de Allende y luego la derrota de Pinochet. Si bien la historiografía chilena está repleta de historias de las élites, incluyendo algunas pocas sobre mujeres, no hay muchas historias sobre movimientos sociales de mujeres de las élites (es casi una contradicción aun hablar de “movimiento social” y “mujeres de la clase alta”).

Así es que el libro de Margaret Power, historiadora y docente en el Illinois Institute of Technology en Chicago, llena un vacío muy grande. Salta de los paradigmas tradicionales: de ver los movimientos sociales solo como fenómeno relacionado con los sectores populares y de ver la historia política solo desde el protagonismo de los partidos políticos y sus dirigentes hombres. Aún más importante, este libro nos recuerda que en el proyecto de escribir historia y entender el pasado, tanto como en el de hacer política, es sumamente importante conocer todos los actores y todas las ideologías, la totalidad del comportamiento humano, no solamente el de los que admiramos o con los que sentimos solidaridad (los ignoramos a nuestro propio riesgo).

En el caso de mujeres anti-llendistas hay que repensar, como nos muestra Power, las razones complejas por cuales muchas mujeres apoyaron el derrocamiento de un gobierno democráticamente elegido, y por qué aun antes y después la mujer chilena estuvo ligada a los proyectos conservadores. No es suficiente el estereotipo sencillo de que “la mujer es de la iglesia” o “de la casa”. En Chile, en el siglo XX, la Iglesia no es reaccionaria, sino que apoya proyectos muy antioligárquicos, como la Reforma Agraria, sindicalización, educación masiva e incluso estuvo de acuerdo con un proyecto nacional de planificación familiar, empezado bajo el gobierno democratacristiano. Así, Power plantea que, para explicar cómo una mayoría de mujeres chilenas terminan estando identificadas con “la derecha”, se requiere una historia seria.

Este libro es muy importante como historia política. Power recupera el rol fundamental que tuvieron las mujeres de la oposición en la derrota de la Unidad Popular. Las famosas marchas de las cacerolas que se realizaron entre 1971 y 1973 no solamente simbolizaban las divisiones profundas de la sociedad chilena, sino que también rescataban y producían un discurso político profundamente antidemocrático que iba durar décadas (hasta hoy) en la ideología de la derecha chilena. Sobre todo, esa ideología planteaba que los intereses de la familia (intereses de la mujer) iban más allá (o trascendían) de los intereses políticos. Planteaba que el vínculo entre familia y nación era puro y sencillo, que no necesitaba la intermediación de los partidos políticos, cuyos intereses eran egoístas y corruptos. Ese vínculo entre mujer, familia y nación tenía raíces en los proyectos de Carlos Ibáñez y, de una manera distinta, en el

fascismo. Pero en el contexto de la Guerra Fría se convierten en una ideología sumamente antiizquierdista, una ideología que definía a la izquierda marxista como un enemigo de la familia (y de la mujer), así como un enemigo de la nación. Este lazo ideológico fue entendido muy bien por Augusto Pinochet. Lo tenía muy claro, por lo cual durante su régimen el general siempre celebraba el heroísmo de la mujer abnegada y su papel clave en incentivar el golpe militar con las marchas de las cacerolas. Pero fue Pinochet, también, quien desarmó Poder Femenino, la principal organización de mujeres de oposición a Allende, un año después del golpe. El general había visto lo que podían hacer las mujeres con organizaciones independientes y no quería nada de esto en su propia revolución.

La mujer de derecha... es sumamente importante como una historia de género durante la Guerra Fría en América Latina. Si bien el vínculo entre mujer y familia es muy antiguo, la forma que tomó en los años 60 y 70 fue algo claramente producido a través de las políticas transnacionales de EE.UU. y la Iglesia Católica, ambos muy preocupados por el avance del socialismo. Después de la Segunda Guerra Mundial en muchas partes del planeta, EE.UU. tomó el “frente familiar” (la familia) como uno de los campos de batalla más importante para triunfar sobre la Unión Soviética. Proponía que solamente con el capitalismo al estilo estadounidense se podría lograr que cada familia disfrutara de su propia casa, con bienes electrodomésticos modernos y una vida íntima que valoraba al individuo y respetaba la libertad religiosa. El modelo de familia norteamericana con padre proveedor y madre dueña de casa moderna fue ofrecido al mundo como la prueba de la superioridad moral y material de EE.UU. y sus aliados.

La Iglesia Católica, mientras tanto, ya llevaba décadas proclamándose como una tercera alternativa entre el capitalismo-materialista y el comunismo-ateo. Promovía la formación de partidos demócratacristianos en todas partes del mundo y, dentro de América Latina, después del Concilio Vaticano II, tomó muy en serio un papel reformador. Vale la pena destacar de nuevo que, aunque la Iglesia era ferozmente anti-marxista, no era “conservadora” en el sentido clásico. La Iglesia promovía grandes cambios, muchos de los cuales amenazaban los intereses de los terratenientes. De hecho, la Iglesia tenía mucho en común con la política de los EE.UU. en su Alianza para el Progreso levantada por John Kennedy. Así, católicos chilenos y políticos norteamericanos podrían hacer una alianza de verdad.

La mujer de derecha... llama la atención sobre el papel fundamental que jugó EE.UU. en las elecciones de 1964 al apoyar al Partido Demócrata Cristiano con millones de dólares, con *marketing* hecho por la agencia J. Walter Thompson y con consejo político de la CIA. Literalmente transformó un partido pequeño con una base de élite en el partido más grande y multiclase de Chile. Vale la pena recordar que el gobierno de EE.UU. gastó más recursos en las elecciones chilenas de 1964 que el que gastaron los dos candidatos del mismo año para la presidencia norteamericana (Barry Goldwater y Lyndon Johnson) *juntos* en sus propias campañas. Se ha escrito mucho sobre el papel de EE.UU. en apoyar el golpe de 1973, pero muy poco sobre el rol de EE.UU. en hacer del Partido Demócrata Cristiano un partido de masa.

El libro de Power muestra documentadamente que las mujeres fueron un enfoque absolutamente clave en este esfuerzo. La campaña del terror hecha para apoyar

a Frei Montalva durante 1964 trabajaba para elaborar un lazo orgánico entre mujer, familia y salvación nacional. Se planteó la elección con una pregunta muy sencilla: “¿Quieres que la izquierda te quite a tus hijos y los convierta en tus enemigos?”. La pregunta era retórica: ¡obvio que no! Las referencias frecuentes durante la campaña a Cuba –y el lema que “Chile no debe ser Cuba”– hizo referencias a la Operación Peter Pan, un evento en el cual 20 mil niños cubanos fueron mandados por sus padres a vivir a EE.UU. para no vivir bajo el comunismo. Tal espectro horroroso no notó la ironía de que fueron los mismos padres cubanos –y no el Estado Revolucionario– quienes sacaron a los niños de sus hogares.

La mujer de derecha... revela que la oposición femenina contra Allende era fundamentalmente política. Estaba situada muy adentro de los grandes debates de la Guerra Fría: fue primero que nada un rechazo explícito al socialismo. No era simplemente un “resultado natural” ni “orgánico” de “madres defendiendo sus familias” frente a la escasez de pañales y pollo, como la presentaron las dirigentes de Poder Femenino. Como apunta Power, la primera marcha de cacerolas fue organizada en diciembre de 1971, contra la visita de Fidel Castro, no precisamente contra las colas y escasez. Las colas y las odiadas Juntas de Abastecimiento Popular (JAPs) no se formaron en escala masiva hasta la crisis económica de la segunda mitad de 1972. Aquí la tarea de la historiadora en reconstruir la cronología de eventos es sumamente importante. Durante 17 años de régimen militar los chilenos iban a escuchar el discurso oficial sobre el valiente papel de la mujer en “salir a la calle durante el gobierno de Allende para defender la familia porque la olla estaba vacía”. Ese iba a ser el mismo discurso repetido en las historias orales tomadas por Margaret Power. Pero la autora nos recuerda que en 1971, para la primera marcha, la olla no estaba vacía: el problema central para las mujeres que salieron a la calle fue Fidel Castro y el proyecto de la UP de construir el socialismo.

La mujer de derecha... muestra cómo el “discurso de la escasez” fue extremadamente poderoso y exitoso. Fue más importante políticamente, tal vez, que la efectiva falta de bienes. Nadie duda de que en la segunda mitad del 72 y 73 hubiera mucha rabia y frustración del consumidor; nadie puede dudar de que las JAPs politizaran las relaciones más íntimas entre vecinos y especialmente entre mujeres, con muy malas consecuencias para la Unidad Popular; nadie duda tampoco de que hubiera colas y escasez. Basta saber que los trabajadores ganaban el triple de sueldo de antes, mientras la producción había bajado o había subido muy poco; basta saber lo que puede hacer un bloqueo de EE.UU. (eso se lo debería haber avisado Fidel Castro a Allende).

Sin embargo, los recuerdos y memorias transmitidos en las historias orales de colas diarias de 12, 14 y hasta 24 horas –entrevistas hechas por Power después de 17 años de dictadura y propaganda– suenan como leyendas urbanas, como discursos colectivos. “La escasez” se había transformado en la razón icónica por la cual las mujeres apoyaron el proyecto militar. El punto no es que estos cuentos o discursos sean “falsos”, aunque seguramente algunos son exagerados. Lo que es realmente importante de este “discurso de la escasez” es precisamente su poder discursivo e ideológico: la reproducción de este durante el régimen militar como

“un hecho” que habían vivido *todos los chilenos*. El “discurso de la escasez” de la mujer de la oposición iba a ocultar otros discursos y memorias sobre el consumo durante de la Unidad Popular: por ejemplo, memorias y experiencias, documentadas por otras fuentes, de que bajo Allende, chilenos de las clases populares y clase media comían más carne, leche y pan que en cualquier otro momento. O memorias de campesinos y pobladores que hablan de la pura alegría de ver a sus niños con zapatos por primera vez. El “discurso de la escasez” iba a enterrar estas otras memorias y discursos en el olvido. La Unidad Popular perdió la batalla ideológica sobre el consumo y sobre la familia. Puede ser que para muchos sectores populares y aun parte de la clase media haya subido la calidad de vida, pero muy pocos recordarían la Unidad Popular como un tiempo de abundancia.

Otro triunfo discursivo de las mujeres de la oposición contra Allende, que revela Power, fue el proyectarse como un movimiento no político. Fue un triunfo ideológico brillante. Como Power aclara, las organizadoras principales de las marchas de las cacerolas y de Poder Femenino, en verdad, eran militantes de partidos de la oposición. Casi todas tenían experiencia política o acceso a hombres políticos importantes; algunas eran diputadas o tenían otros cargos políticos. Si bien muchas de las participantes en las marchas no pertenecían a partidos, o venían de varios sectores sociales, había una clase política dirigente del movimiento de mujeres que estaba ligada estrechamente a partidos de la oposición. Sin embargo, ellas logran proyectarse como “más allá que la política” a través de su celebración como “madre dueña de casa” y el vínculo directo entre mujer, familia y Nación.

Al la vez, el libro de Power es especialmente valioso por su consideración compleja de la clase obrera. Las marchas de las cacerolas no eran como quería verlas la izquierda: marchas de viejas acomodadas que jamás habían trabajado en su vida. Había una cantidad importante de mujeres obreras y pobres que también se manifestaron contra Allende. No todas eran empleadas domésticas reclutadas a la fuerza por sus patronas. Y vale la pena recordar que ser “clase media” en 1972 no era lo mismo que ser un rico.

Uno de los capítulos más importante del libro es sobre la historia de las huelgas en El Teniente y la “Papelera” en Puente Alto. En los dos casos, esposas de trabajadores se oponían al nombrado Gobierno de los Trabajadores.

Sin embargo, Power rechaza la idea de que “todas las mujeres,” y mucho menos “todas las mujeres populares” fueran conservadoras. Muestra que, de hecho, el apoyo electoral de mujeres para la Unidad Popular subía significativamente en barrios pobres entre 1970 y 1973 (subía, en algunos casos a casi un 10%.) En el ejemplo de la oposición femenina en El Teniente y la “Papelera”, Power indica que fueron mayormente mujeres casadas con empleados (y no con obreros), quienes lideraron la protesta. Ellas tomaban la frase “mujeres de *trabajadores*”, lo cual ocultó el hecho que había una división importante entre los sindicatos de empleados (que se oponían a Allende) y sindicatos de obreros (que en su mayoría apoyaban a Allende). Power nos recuerda que nunca podemos hablar de “la mujer chilena” como una entidad singular. A la vez nos muestra, dentro de la entidad “mujeres de la clase obrera”, que ellas mismas estaban muy divididas acerca de la Unidad Popular, mucho más que sus compañeros hombres.

Es muy evidente que la izquierda era mucho más ambivalente que la derecha o los demócratacristianos sobre la tarea de organizar mujeres. El socialismo había proclamado la “emancipación de la mujer” desde el principio del siglo XX, y había organizado a muchas mujeres trabajadoras en sindicatos. El propio MEMCH tenía una fuerte alianza con la izquierda. Había un esfuerzo importante por parte de la Unidad Popular por organizar a las mujeres en JAPs, juntas de vecinos y aun en centros de madres, pero, a la vez, la izquierda se sentía insegura sobre la lealtad política de “sus propias mujeres”. Es interesante y fuerte notar que la izquierda incentivaba a la mujer del pueblo a votar mucho menos de lo que lo hacía la derecha y los demócratacristianos. En los datos estadísticos sobre votación, Power muestra que las mujeres de los barrios populares votaban en números muy inferiores a las de la clase media y clase alta. Y es precisamente en los barrios populares con más alto apoyo masculino para Allende, donde estaba más baja la votación femenina. El voto femenino es mayormente pro Allende, pero el porcentaje de todas las mujeres que votaban es muy inferior al de hombres y mucho más bajo que el porcentaje de mujeres que votaban en barrios de clase media y clase alta.

Finalmente, *La mujer de derecha...* es importante porque nos recuerda que luchas sobre “género” son factores que transforman a las mujeres en actores políticos no solamente cuando estos movimientos son feministas o reivindicativos. Las mujeres de Poder Femenino no son “feministas”, no están reclamando derechos, pero son muy poderosas en un momento clave. No están controladas por sus hombres ni directamente por partidos de la derecha (como quería creer la izquierda). Al contrario, ellas entendían muy bien cómo jugar con las dicotomías y jerarquías del patriarcado sin pedir cambiarlo. Son poderosas a través de sus roles dependientes: es como “madres, esposas e hijas” que ellas exigen a los militares “ser hombres verdaderos” y “ponerse los pantalones”; es como mujeres que quieren ser protegidas por hombres que les tiran maíz a los generales y los tratan de “gallinas”. Esas mujeres subrayaron la “diferencia esencial” entre hombres y mujeres para defender el territorio de Poder Femenino como un espacio de mujeres, independiente del control o liderazgo de los hombres. Como contó una señora a Power en una entrevista: “Al principio, muchas mujeres pensaban que el nombre ‘Poder Femenino’ sonaba muy pretensioso, que iba a ofender a los hombres, y no les gustaba. Pero, al final, cambiaron de opinión. A ellas les terminó gustando mucho la palabra y el poder”. Por todo lo anterior, *La mujer de derecha...* es un estudio complejo y necesario.

HEIDI TINSMAN
University of California Irvine

STEFAN RINKE, *Kleine Geschichte Chiles*. München, Beck, 2007, 203 páginas.

La obra de Stefan Rinke, desde un punto de vista de la industria editorial, se inserta en la colección de las *Breves Historias* que la casa editora Beck ha venido impulsando sistemáticamente en los últimos años. Ejemplos de esta colección de

manuales de historia son los volúmenes dedicados a México (2007), Venezuela (2007), Colombia (2008) y Argentina (2009), escritos por académicos alemanes de reconocida trayectoria en el ámbito de la historiografía sobre América Latina, como Hans-Joachim König y Michael Riekenberg.

Validado entre sus pares y estudiantes como uno de los latinoamericanistas alemanes más importantes de la nueva generación, Rinke (1965) ya cuenta con una prolífica lista de publicaciones, particularmente en alemán y español. Claramente no es posible clasificarlo estrictamente como un “chilenista”, pues parte de su obra aborda distintos aspectos de la historia de los vínculos entre América Latina y los Estados Unidos, y también con Alemania. Sin embargo, al igual que muchos de sus colegas, que sin desvincularse de la preocupación por la historia de nuestro continente optaron por concentrarse en determinados países, Rinke se ha ido transformando paulatinamente en un especialista en temas chilenos, principalmente de los siglos XIX y XX.

Esta opción del autor por el Chile republicano —especialmente por el siglo XX— queda en evidencia en la *Kleine Geschichte Chiles*. Presentado como el primer libro en idioma alemán que entrega una panorámica completa de la historia de Chile, a lo largo de sus seis capítulos aborda tópicos que van desde los habitantes originarios hasta la presidenta Bachelet y el Bicentenario. Sin embargo, mientras los temas relativos al período Prehispánico, la Conquista, la Colonia y la independencia son cubiertos en poco más de 20 páginas, y lo sustancial del siglo XIX (1818-1883) en otro tanto, el siglo recién pasado y el inicio del actual ocupan cerca del 75 por ciento de todo el texto.

Aun cuando el largo período que se extiende hasta la Independencia está correctamente expuesto y fundamentado, el autor prácticamente no analiza temas vinculados a la economía y sobre todo a la vida religiosa y al rol de la Iglesia. Mientras la revisión de los principales aspectos económicos emerge recién al llegar al siglo XIX y a continuación se va fortaleciendo, la vida religiosa es abordada muy discretamente y la Iglesia Católica es mencionada solo en función de su influencia política y del enfrentamiento con el liberalismo. En cambio, sí destina muchos párrafos al papel histórico de los indígenas, especialmente de los mapuches que, no obstante su conocida capacidad de resistencia militar, sufrieron los diversos embates de españoles y criollos durante la Conquista y la Colonia. El abuso, la segregación, el racismo, la pobreza material, en fin, todos los males que afectan a los mapuches son uno de los hilos conductores de este libro, que cuando llega a término, con el gobierno de la presidenta Bachelet y el hito del Bicentenario de la República, deja claramente establecido que el tema indígena es una de las principales deudas que mantiene el Chile moderno.

El autor desarrolla con mucha profundidad uno de los temas que más conoce y que probablemente más le apasiona: la creciente “norteamericanización” de la sociedad chilena, proceso que se manifiesta en diversos ámbitos de la sociedad. Especialmente interesante resulta el tratamiento del ámbito cultural, que al vincular el surgimiento de la cultura de masas con el desarrollo y el impacto de los medios de comunicación masivos, logra que en un manual de historia de Chile aparezca esta dimensión que prácticamente todos los manuales omiten sin mayor

justificación. Notable es, por ejemplo, cómo Rinke consigue vincular la discusión iniciada en la década de 1930 acerca del camino para lograr el desarrollo económico, con las disputas que se dan en los medios de comunicación masivos entre expresiones de la cultura de masas (música pop norteamericana) con representaciones de la cultura nacional y folclórica (tonadas chilenas). Todo lo anterior, presentado en el contexto de las reformas educacionales de Pedro Aguirre Cerda y Eduardo Frei Montalva, que no obstante algunos resultados indiscutibles, como infraestructura y alfabetización, no lograron avanzar hacia un sistema escolar más igualitario y de calidad.

Intercalando temas culturales, educacionales, económicos y políticos, el autor consigue mostrar cómo se fue estructurando el denominado “Estado de compromiso”, por qué y cuándo empezaron a aparecer sus límites, y cómo en función de ello la sociedad chilena, en un contexto además influido por la Guerra Fría, entró en un creciente proceso de polarización y deterioro de la convivencia democrática. El “Estado de compromiso” llegó a su fin con la elección de Salvador Allende, iniciándose allí el período que Rinke denomina “el país dividido (1970-1989)”, donde precisamente el elemento distintivo está en las posiciones irreconciliables que cruzaron la sociedad. Estas visiones —expone— llevaron al golpe de Estado que derrocó al presidente Allende, a la violación sistemática de los derechos humanos y a una larga dictadura que, si bien emprendió profundas reformas económicas de signo neoliberal, no consiguió mejorar los indicadores de pobreza de manera sustancial.

El período que va desde la reinstauración de la democracia hasta la actualidad, el autor lo trata con una cierta admiración y como una nueva expresión de la excepcionalidad que ha caracterizado la historia de Chile, especialmente en el contexto latinoamericano. No obstante los logros en materia de crecimiento económico, participación en la economía global, estabilidad democrática, avances en materia de igualdad y disminución de la pobreza, entre otros, Rinke finaliza su libro planteando los principales problemas que Chile todavía debe resolver, entre los que destacan la cuestión de las violaciones a los derechos humanos y el procesamiento judicial de los culpables; la derrota de la pobreza, que afecta especialmente a las comunidades indígenas; y el avance hacia una mayor igualdad social, lo que fortalecería la confianza en el sistema democrático. Para el autor, lo anterior significa que la meta que Chile debe conseguir, en el contexto de su Bicentenario y más allá, es la modernización social.

En suma, esta muy bien lograda breve historia de Chile es el producto de una línea de trabajo que Stefan Rinke ha venido desarrollando sistemática y dedicadamente en torno a la historia de América Latina en general y de Chile en particular, con una visión a veces compartida, pero también en muchas ocasiones distinta y desafiante de las que han venido construyendo distintos historiadores chilenos.

PATRICIO BERNEDO

Pontificia Universidad Católica de Chile

SOL SERRANO, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2008, 375 páginas.

La estimulante pregunta que sirve de título a este libro fascinante apunta a un proceso común a las sociedades occidentales decimonónicas, comúnmente conocido como secularización, y a la manera específica como se desarrolló en Chile en las décadas centrales del siglo XIX. La secularización supone un cambio en los criterios de la legitimidad estatal: del derecho divino a la voluntad popular. También, un cambio en la organización jurídica e institucional: de la sociedad de cuerpos a la de individuos. En el centro de ambos procesos está la Iglesia: la corporación por excelencia y la administradora en la tierra de la legitimidad divina. También están los católicos, sus prácticas y su organización.

Sol Serrano nos muestra la gradualidad, complejidad y hasta ambigüedad que tuvo en Chile esa transición, jalonada de enfrentamientos y deslindes de influencia, y también de transacciones y adecuaciones. Al cabo, la Iglesia se retiró del ámbito político estatal y resignó la influencia que allí tenía, pero se reorganizó como institución y como comunidad de fieles, adoptando formas y criterios del mundo liberal. Reconstruyó así en el ámbito de la sociedad civil una posición que le permite discutir en términos parejos con el Estado.

En cada capítulo la cuestión es enfocada desde un ángulo específico. El primero reconstruye el episodio del incendio de la iglesia de la Compañía en 1863, las prácticas culturales y devocionales de la sociedad santiaguina y los debates entre las tres grandes voces que la autora identifica en el periodo: los regalistas, laicos y eclesiásticos, los liberales y los católicos ultramontanos. El segundo examina el crecimiento institucional de la Iglesia en el tiempo del arzobispo Valdivieso, y los primeros choques con las políticas estatales laicas. El tercero está dedicado a las cofradías, sus prácticas culturales y devocionales y su choque con el ordenamiento jurídico liberal. El cuarto estudia las nuevas asociaciones católicas, caritativas y de opinión, y la trama que conforman en el ámbito de la sociedad civil para defender los intereses de la Iglesia.

Los capítulos quinto y sexto consideran la larga controversia suscitada por la política estatal en torno de la tolerancia religiosa y la administración de los cementerios. En los capítulos siete y ocho se analiza la presencia de la Iglesia en las ciudades y en el mundo rural y las respectivas prácticas sacramentales y culturales. El último capítulo examina el largo diferendo entre la Iglesia y el Estado, con motivo de la designación del sucesor del arzobispo Valdivieso, y avisa las características de las nuevas relaciones entre el Estado, la sociedad civil, la Iglesia y los católicos.

Veamos ahora las cuestiones generales que circulan a lo largo de este libro. Una de ellas es la de la singularidad hispanoamericana. En la Hispanoamérica independiente, la “república católica” cubre una etapa entre la profunda ruptura política de 1810 y la generalización del laicismo estatal de fines de siglo. En esas décadas de transición, el proceso de secularización adquirió una forma singular y el catolicismo hispanoamericano, masivo y no desafiado, adquirió un lugar de importancia dentro de la Iglesia, manifiesto en la reunión del Concilio Pío Latinoamericano de 1899.

En el contexto de la república católica, protectora y desafiante a la vez, la Iglesia chilena se transformó profundamente. La institución eclesiástica se desplegó a pasos parejos con el Estado. Pudo acompañar los cambios demográficos —el crecimiento general y los fuertes desplazamientos de la población— sin que sus servicios se afectaran. Por otra parte se introdujeron prácticas burocráticas —el “papeleo”— que permitieron la circulación de la información y las instrucciones, la integración de las distintas partes de su cuerpo multiforme y la consolidación efectiva de la autoridad. Sobre todo, subraya la autora, retrocedió el regalismo eclesiástico, que buscaba su referencia en el Estado, y creció el ultramontanismo, es decir, la referencia al papa y la adopción de los modelos romanos y de las doctrinas militantemente antiliberales.

Según su percepción, los intensos conflictos entre la Iglesia y el Estado que se desarrollaron en estas décadas tuvieron tres actores. El más antiguo era el regalismo, fuerte entre los políticos que fundaron la república y entre los sacerdotes acostumbrados a la tutela y la protección del Estado. Desgajado de aquel, el liberalismo cobró primacía después de mediados de siglo, impulsando las reformas laicas más radicales. También desgajado del regalismo, creció el catolicismo ultramontano, defensor de los derechos de la Iglesia y de su independencia respecto del Estado.

En estos conflictos, además de la diferenciación de las respectivas jurisdicciones, se produjo la conflictiva construcción de un orden jurídico nuevo, asentado en las nociones de individuo, de igualdad jurídica y de propiedad privada, que chocaba frontalmente con los supuestos corporativos y jerárquicos de la sociedad antigua, arraigados en la Iglesia. El mérito de la autora consiste en la prolija reconstrucción de cada una de las voces, los argumentos, los discursos y también las prácticas de intervención pública. No se trata de un conflicto único, sino de múltiples confrontaciones, que comienzan como pequeñas escaramuzas, como en el caso del sacristán, y van tomando envergadura a medida que los actores se alinean y las dotan de sentidos más generales, reveladores de diferentes concepciones de la sociedad.

Finalmente, está la cuestión de qué significa ser católico y qué lugar tiene Dios en la sociedad que se seculariza. Aquí Sol Serrano propone algunas tesis fuertes que, pese a la solidez de la prueba aportada, seguramente serán objeto de debate. La primera refiere a la firmeza de la práctica religiosa y la poca relevancia de la descristianización. La segunda señala el papel relevante y principal de los ritos mortuorios en las prácticas sacramentales. La extremaunción —“morir sacramentado”— supera en importancia y significación a la confesión, la comunión y hasta el bautismo. La tercera tesis relaciona la evolución de la espiritualidad y las prácticas devocionales en un sentido más personal e íntimo, con el desarrollo de un asociacionismo católico voluntario e igualitario, volcado a la caridad. Ese modo de asociación, paralelo del que desarrolla la sociedad secularizada, permea tanto la acción católica en la esfera pública —a través de una opinión que defiende vigorosamente los derechos de la Iglesia— como el asociacionismo popular y proletario, que simultáneamente acogerá al anarquismo y el socialismo.

Este importante libro contiene otras riquezas. En la escritura se alternan dos registros: el propositivo, que desafía al lector con afirmaciones contundentes, paradojas sorprendidas y enfoques originales, y el de la reconstrucción vívida de fragmen-

tos de la vida social, particularmente los relativos a las prácticas culturales y devocionales. Secciones como la dedicada a las cofradías permiten, como en las novelas del siglo XIX, imaginar la vida histórica. Sol Serrano escribe acumulando pinceladas y, sacrificando un poco la linealidad, produce una sorprendente impresión.

Detrás de estas pinceladas hay un formidable trabajo de erudición, de examen paciente de las fuentes más diversas. Se trata de un esfuerzo inmenso para un solo investigador, que es pionero en el tema, que quizá no es suficiente como prueba de alguna de las múltiples cuestiones que Sol Serrano entrelaza para construir sus complejas hipótesis. Una de sus preocupaciones es la de dar una cierta dimensión cuantitativa a fenómenos que –como ella señala– los contemporáneos no se preocuparon por contabilizar. He aquí un ejemplo del esfuerzo enorme y pionero que –es de esperar– será completado por sucesivas generaciones de historiadores que profundicen el camino aquí abierto con audacia.

Una última cuestión. Sol Serrano es a la vez historiadora y católica. Combinando la empatía con el distanciamiento, saca el mejor provecho de ambas condiciones. Percibe un costado de los problemas que a otros, con formaciones diferentes, se nos ha escapado, y a la vez puede acotar, relativizar y aun examinar ese sesgo. Como historiadora eximia, no quiere contar ni la historia de una ruina ni tampoco la de un progreso, sea hacia una sociedad cristiana o socialista. Pura y simplemente, un proceso. Sin duda lo logra.

LUIS ALBERTO ROMERO

Universidad de Buenos Aires/ CONICET, Argentina

MARÍA XIMENA URBINA CARRASCO, *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Valparaíso y Santiago, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009, 354 páginas, ilustraciones.

Este libro, que corresponde a la tesis doctoral de la autora en la Universidad de Sevilla, estudia la evolución de la frontera sur del llamado “estado de Arauco”. Las relaciones interétnicas en el *limes* del Biobío y la penetración chilena en la Araucanía, han concitado la atención de los investigadores, muchas veces con afanes reivindicacionistas. En cambio, la “frontera de arriba”, es decir, la situada a latitud más alta, no ha suscitado el mismo interés. No es que falten estudios monográficos, los hay muchos y buenos, pero se carecía de una obra que diera un sentido de conjunto.

Un primer punto que la autora explica es el éxito de la resistencia de los españoles en Chiloé después del levantamiento de 1598. Ello obedecería no solo a la situación insular, sino también a la mayor combatividad de los vecinos de Castro, quienes, en los decenios siguientes, emprendieron sucesivas malocas contra los indígenas del continente desde Carelmapu y Calbuco. Al parecer, los naturales fueron los más afectados por estos enfrentamientos y a mediados del siglo XVII se

retiraron de la zona de contacto mientras los españoles se replegaban al archipiélago. Se pasaba así de una frontera de guerra a otra, que Ximena Urbina llama “frontera cerrada” o “frontera pasiva”.

Fue a partir de estos años o poco después que se iniciaron desde Chiloé las expediciones a Nahuelhuapi, la frontera nororiental. Las entradas del P. Nicolás Mascardi y sus continuadores, tenían un doble o triple propósito. Había un objetivo misional, evangelizar a los indios puelches y poyas, pero también estaba el aliciente de encontrar la Ciudad de los Césares. Esta mítica fundación de españoles que habrían naufragado en el estrecho de Magallanes, o quizás de indígenas desconocidos o aun de europeos extranjeros, enemigos de España, establecidos en la zona, ejercía un atractivo fascinante por su riqueza. El tercer aliciente para estas iniciativas, que la autora pone de relieve, era la posibilidad de conectar Chiloé con Chile central, a través de la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Con ello se eludía el obstáculo que constituían las tierras de los indios rebeldes y se lograba la comunicación con el resto del reino.

Al tratar el tema de los Césares, Ximena Urbina hace una exposición ordenada de las sucesivas expediciones, efectivas o proyectadas, indicando los propósitos de cada una, sus impulsores y realizadores, la rutas emprendidas y los resultados obtenidos, en el caso de haberlos. Su trabajo también tiene el mérito de distinguir entre las distintas vertientes de la leyenda de los Césares, incluyendo aquella más tardía que los considera descendientes de los antiguos habitantes de Osorno –los “césares osornenses”– y que impulsó las incursiones en su búsqueda desde Valdivia, en los años 1760 y 1770.

Curiosamente, la refundación de Valdivia desde el virreinato del Perú, en 1646, destinada a evitar la posible instalación allí de los enemigos de España, con la amenaza consiguiente a los dominios de la Corona en el Pacífico, no implicó un intento de ocupar la zona de los llanos. La plaza fuerte de Valdivia se mantuvo como un enclave en territorio indígena hasta mediados del siglo XVIII, cuando se inició una expansión hacia las tierras agrícolas del interior. Este avance, señala la profesora Urbina, obedeció en parte al aumento demográfico, en la medida que pasaba a ser una población formal y no solo una plaza militar, pero es posible que también haya incidido el traspaso de su dependencia desde Lima al gobierno de Santiago en 1740, con el consiguiente cambio de política. La expansión desde Valdivia hacia el sur se hizo por una combinación de medios pacíficos: el establecimiento de misiones, la celebración de juntas y parlamentos con los indios, ocasiones para agasajar a estos, la penetración de comerciantes y el nombramiento de capitanes de amigos y comisario de naciones. Las referencias de la autora a la compra de tierras a los caciques refuerza la idea de un avance pacífico en medio de relaciones complejas. Lo anterior no implica la ausencia de acciones bélicas, pero estas tuvieron un alcance limitado y no comprometieron el avance español en el mediano y largo plazo.

Esta penetración española hasta la línea del río Bueno, no podía menos que hacer pensar en la reapertura del antiguo camino entre Valdivia y Chiloé, lo cual acabaría con el aislamiento del archipiélago, facilitaría las comunicaciones al interior del reino y permitiría el apoyo militar recíproco. Como bien señala la autora, este proyecto no fue una iniciativa aislada, sino que se insertaba en el marco de la política de mejorar las comunicaciones al interior del país.

En paralelo al avance desde Valdivia, se reactivó la zona de frontera en Chiloé, ahora reorientada al espacio de la antigua Osorno, cuya refundación permitiría otorgar tierras a la creciente población del archipiélago. La apertura de la comunicación terrestre entre ambas requería de un avance concertado desde el norte y desde el sur. Sin embargo, los hechos aquí referidos muestran una descoordinación que alcanza los niveles de una comedia de enredos. Así, después de que Valdivia pasó a la jurisdicción de la Capitanía General de Chile, el gobierno de Chiloé fue puesto bajo la dependencia directa de Lima. Mientras la expansión desde Valdivia se realizaba por medios pacíficos, el gobernador de Chiloé, Francisco Hurtado, que tenía órdenes reales para proceder a la apertura del camino de Osorno, era partidario del uso de la fuerza militar. No obstante el celo de este funcionario, sus empeños no alcanzaron los objetivos propuestos, en buena medida porque requerían de dinero de parte de la Corona, siempre reacia a incurrir en gastos. En un momento, el gobernador de Chiloé, que debía despachar una fuerza que se juntara con la de Valdivia, no lo hizo porque, al parecer, no había recibido las instrucciones correspondientes; sin embargo, al decir de la autora, los indígenas de la zona sí estaban al tanto de las mismas. Detrás de estos desencuentros estaban las rivalidades y ambiciones personales y las contiendas de jurisdicción entre los gobiernos, que la autora ha sabido recoger. Pese a todos estos desencuentros, se logró abrir y luego ensanchar el camino —o más bien los caminos, pues había variantes— entre Valdivia y Chiloé. En esta tarea primó el criterio de la entrada pacífica, lo que también sucedió con la repoblación de Osorno, en tiempos de Ambrosio O’Higgins, cuyas tierras fueron cedidas formalmente por los indígenas.

Para la elaboración de este libro, la profesora Urbina ha consultado diversos archivos, tanto en España como en Chile, junto a una amplia gama de fuentes ya publicadas y monografías antiguas y modernas, las que ha ordenado y contextualizado acertadamente. Visto su dominio de la literatura histórica, llama la atención que no use la edición del *Coronicón Sacro-Imperial* de Fr. Francisco Xavier Ramírez, publicada en 1994, citada a través de otras fuentes, quizás por no haberlo tenido a mano al tiempo de su tesis. Los mapas reproducidos en el libro resultan útiles y oportunos, aunque hubiera preferido un croquis moderno para mostrar el trazado del camino de Valdivia a Chiloé en lugar de reproducir uno de época que, por el tamaño del original, no permite distinguir la toponimia.

Para terminar, debo destacar entre los muchos méritos de la obra, la sensibilidad de la profesora Urbina frente al lenguaje de los documentos de la época. Recoger voces como “altear”, en el sentido de mirar el entorno desde el alto de un árbol; “patiru”, nombre que se daba a los misioneros en Chiloé, o “caicumeo” como se designaba el camino real entre los lugareños, refleja una empatía con su tema y viene a ser un medio de acercamiento a los sujetos de su historia. Este mismo refinamiento en la lectura de las fuentes le permite distinguir matices que habrían pasado inadvertidos, y que en su conjunto enriquecen el trabajo.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN
Pontificia Universidad Católica de Chile

HERNÁN VENEGAS VALDEBENITO, *El Carbón de Lota. Textos y fotografías del siglo XIX. Las visiones de Francisco Marcial Aracena y Guillermo E. Raby*. Santiago, Pehuén, 2008, 156 páginas.

Poder determinar la finalidad de un libro como el que reseñamos, en donde se combinan imágenes de las minas de carbón de Lota con descripciones de un observador de la época, es una tarea compleja, porque situados desde la historiografía este no es un ejercicio que comúnmente se haga. Los historiadores, acostumbrados a no utilizar los recursos que registran iconográficamente aquello sobre lo que investigan, prefieren basarse en fuentes documentales. Desde este punto de vista este libro ya es un gran aporte, ya que permite que el ejercicio historiográfico y el lector en general se abran a nuevas e interesantes posibilidades de análisis e interpretación.

El objetivo de combinar el informe que hiciera Francisco Marcial Aracena, en 1884, dentro del estudio general de la actividad minera del país, con las fotografías realizadas por Guillermo E. Raby, ingeniero en minas británico contratado por Matías Cousiño en la década de 1860, se realiza, según Venegas, con la finalidad de contribuir a la construcción de una historia del carbón, pero además con una evidente preocupación por el rescate patrimonial de imágenes del enclave minero de Lota. Dentro de ellas las fotografías representan un “soporte alternativo de fuentes sobre las cuales fundar el conocimiento histórico, enriquecerlo y ofrecer un material atractivo destinado a un público extenso” (p. 12). Más claro es aún Luis Ortega, quien realiza el prólogo del libro, cuando señala que “al rescatar esas imágenes y al asociarlas con los datos que contiene su texto, ha humanizado la historia del mundo del carbón” (p. 9). Esta humanización sería a nuestro entender la principal contribución de este libro, porque en él podemos ver los rostros de hombres, mujeres y niños, que vinculados por la explotación del mineral forjaron una de las entidades histórico-culturales más representativas de la zona centro sur de nuestro país.

Esta singularidad llevó a que durante toda su existencia, desde mediados del siglo XIX hasta fines del siglo XX, el estudio del mundo del carbón fuese una posibilidad muy atrayente para diversos científicos sociales. Desde prácticamente la segunda década del siglo XX, los estudios monográficos que aportaron jóvenes estudiantes de leyes son hoy de una importancia incontrastable, ya que describen con gran detalle las condiciones económicas y sociales en que vivían los obreros y sus familias, en años marcados por el desarrollo de la *cuestión social* y de profundas transformaciones en todo el país¹. Su estudio no solo se circunscribió a nuestras fronteras, ya que la preocupación por el desarrollo industrial en países de capitalismo tardío también fue de interés para investigadores extranjeros. A fines

¹ Luis Arancibia, *La región carbonífera. Considerada en sus aspectos social y minero*, Santiago, Universidad de Chile, 1921; Guillermo Herrera, *Desarrollo económico de Concepción y sus alrededores*, Santiago, Universidad de Chile, 1946; Silvestre Molina, *Condición económica-social de los mineros en la zona carbonífera*, Concepción, Universidad de Chile, 1948; Raúl Santis, *El carbón en la economía chilena*, Santiago, Universidad de Chile, 1951; Óscar Álvarez, *Condiciones de vida y trabajo del obrero de las minas en Chile*, Santiago, Universidad de Chile, 1953; Guillermo Videla, *El carbón y el desarrollo de la economía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1960.

de la década de los cincuenta un grupo de jóvenes sociólogos, entre los que destacaban Alain Touraine y Torcuato Di Tella, realizaron un estudio comparativo entre los mineros del carbón de Lota y los obreros de la industria siderúrgica de Huachipato (Talcahuano). Reconociendo fundamentalmente que en Lota existía un tipo de organización obrera espontánea, mientras que Huachipato, en cambio, había transitado hacia un sistema organizativo sindical autónomo e impersonal².

Uno de los momentos más importantes en la historia del mundo del carbón fue la crisis y posterior cierre de las minas que se produce desde mediados de la década de los noventa. Los estudios que por esos años se elaboraron buscaban reconocer, desde la experiencia de los propios involucrados, el proceso de crisis de la industria³. Otros estudios se centraron en el proceso de reconversión laboral que se intentó aplicar en la zona y en el quiebre del sentido de comunidad que este conllevó⁴. Incluso se apeló a la experiencia desarrollada en otros países (particularmente en el norte de Francia), para que pudiera servir de ejemplo para el futuro de las ciudades del carbón⁵. Actualmente los ex mineros aún mantienen un sentido de comunidad, pero que difícilmente es traspasado a las generaciones más jóvenes⁶. La historiografía no ha estado ajena a este interés, concentrándose preferentemente en el desarrollo de las movilizaciones obreras y la cuestión social⁷, el desarrollo productivo de la industria⁸ y la élite empresarial de la minería del carbón⁹. Una de las vertientes de análisis más interesantes es la que desarrolló Figueroa, referida al estudio de las mujeres en la zona carbonífera¹⁰, junto con la que realizó Illanes, en

² Torcuato Di Tella *et al.*, *Huachipato et Lota. Étude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes*, París, Centre National de la Recherche Scientifique de París (CNRS), 1966; *Sindicato y Comunidad. Dos tipos de estructura sindical latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, 1967.

³ José Aravena y Claudio Betancur, *Reconversión laboral del carbón*, Santiago, Universidad Arcis, 1995; *Crisis del carbón: un trágico desenlace*, Santiago, Universidad Arcis, 1996.

⁴ René Olate, *Lota: "Las posibilidades del cambio..."*. Estudio etnográfico acerca de los mineros del carbón y el impacto de la reconversión laboral, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1995.

⁵ Philippe De Dinechin, *Identidad y reconversión en las ciudades carboníferas de Lota y Coronel-Chile*, Santiago, Fundación Cepas-Comparte, 2001.

⁶ Carlos Vivallos, *Trabajo, envejecimiento y exclusión. Trayectorias laborales de ex mineros del carbón de Lota*, Santiago, Universidad de Chile, 2007.

⁷ Enrique Fernández, *Carbón y sociedad 1910-1920. Antecedentes para un estudio de la huelga larga del 20 en los yacimientos de Lota y Coronel*, Concepción, Universidad de Concepción, 1991; Hernán Venegas, "Crisis económica y conflictos sociales y políticos en la zona carbonífera, 1918-1931", *Contribuciones Científicas y Tecnológicas* 116, Santiago, 1997, 125-153.

⁸ Luis Ortega, "The first four decades of the Chilean coal mining industry, 1840/1879", *Journal of Latin American Studies* 14, Cambridge, 1982, 1-32; *La industria del carbón en Chile entre 1840 y 1888*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 1988; "La frontera carbonífera 1840/1880", *Mapocho* 31, Santiago, 1992, 131-148.

⁹ Leonardo Mazzei, "Orígenes del establecimiento británico en la región de Concepción y su inserción en la molinería del trigo y en la minería del carbón", *Historia* 28, Santiago, 1994, 217-239; "Los británicos y el carbón en Chile", *Atenea* 475, Concepción, 1997, 137-167; "Expansión de gestiones empresariales desde la minería del norte a la del carbón, Chile, siglo XIX", *Boletín de Historia y Geografía* 14, Santiago, 1998, 249-265; "Matías Cousiño antes de Lota: Formación y proyecciones de un empresario minero", *Atenea* 480, Concepción, 1999, 85-128.

¹⁰ Consuelo Figueroa, "Revelación del subsolo. La presencia de las mujeres en la zona carbonífera 1900-1930", *Dimensión Histórica de Chile* 13-14, Santiago, 1997-1998, 229-252.

un breve artículo sobre la implementación del servicio social en la industria del carbón, uno de los primeros de América latina¹¹, ambos estudios para las primeras décadas del siglo XX.

¿Qué ha llevado a que la explotación de la minería del carbón sea de un interés tan arraigado dentro de las ciencias sociales y en la historiografía? Como bien lo explica Ortega, el inicio de la explotación de los minerales de carbón de Lota y Coronel representó un punto de inflexión en el desarrollo económico y social de nuestro país, gracias principalmente a dos factores: el volumen y la diversificación productiva. El nivel de producción de los yacimientos del golfo de Arauco en corto tiempo logró abastecer al 75 por ciento de la demanda que la producción de bienes y servicios requería. Al mismo tiempo que la minería del carbón se consolidaba, en las ciudades que vivían del carbón se comenzaron a desarrollar diversas actividades productivas. El mejor ejemplo es Lota, donde, desde 1850, se instalaron “fundiciones de cobre, fábricas de ladrillos refractarios, de cañerías para conducción de agua, de baldosas, de gas, de envases de vidrio y de asfalto, entre otras” (p. 8), y aun en 1877 se instaló la primera planta telefónica del país.

A partir del desarrollo de estos factores, la evolución de la producción carbonífera sufrió a lo largo de sus casi ciento cincuenta años de vida momentos de expansión y contracción, debido, fundamentalmente, a la dependencia con la demanda de la industria minera del norte, aunque el impulso a la producción estuvo determinado tanto por el desarrollo de la navegación a vapor, impulsada por el obligatorio paso por el estrecho de Magallanes, el incremento de la flota naviera y de la Armada nacional, el transporte ferroviario y la fundición de metales en el Norte Chico y en los complejos industriales cercanos a los yacimientos carboníferos.

Hacia mediados de la década de 1870, la industria carbonífera era una empresa moderna y de grandes dimensiones a escala local, que hasta fines del siglo XIX –a pesar de la crisis de 1875– viviría sin mayores contratiempos el cambio de siglo. A inicios del siglo XX, uno de los mayores problemas de la industria era la competencia del carbón extranjero (especialmente inglés) en la demanda de la industria salitreira. Aunque por estos años se produce un aumento en la demanda interna, tanto la importación de carbón, como el uso de combustibles alternativos como el petróleo y la electricidad, afectaron profundamente a la industria. A esto hay que agregar la lenta reacción del empresariado minero y las consecuencias que las demandas del movimiento obrero tenían para la rentabilidad de la industria. En 1926 la principal conclusión de la llamada *Comisión del Carbón* era que el problema de la industria estaba determinado por la comercialización y el transporte, y fundamentalmente por la falta de una adecuada infraestructura portuaria. Este era uno de los principales síntomas de una crisis sostenida, que se mantendría regularmente a lo largo del siglo XX, y que provocaría la injerencia paulatina del Estado en la industria. Para mediados de la década del treinta, los costos de producción se habían elevado sostenida-

¹¹ María Angélica Illanes, “Ella en Lota-Coronel: poder y domesticación el primer servicio social industrial de América Latina”, *Mapocho* 49, Santiago, 2001, 141-148.

mente, ya sea por factores productivos, el mejoramiento de las condiciones laborales o por los vaivenes del mercado financiero, y a pesar de un breve repunte, a fines de 1939 el Estado intervino a través de la Corfo. En 1940 se llegó a redactar un proyecto de ley para la creación de la *Empresa Carbonífera del Estado*, situación que solo se llevaría a la práctica en la década de los setenta.

Dentro de este contexto, el libro comienza con el capítulo XXIII del texto original de Aracena, en donde se hace un relato tanto de Lota *Alta* como de Lota *Baja*. Se describe el camino de Coronel a Lota, su paisaje, la forma del relieve y la vegetación que se podía encontrar en un recorrido de una hora de viaje. Lota Baja era una población de trazado irregular, aunque “sus aceras, en su mayor parte, son pavimentadas con las magníficas baldosas que ahí mismo se fabrican, y sus edificios, generalmente, son de ladrillo, y todos con techo de tejas” (p. 39). En el momento de la visita de Aracena, la construcción de la iglesia parroquial estaba detenida, pero su fabricación se lograba con material de ladrillo y cemento. Lota Alta, destinada únicamente para los empleados y operarios, estaba ubicada en una colina compuesta por una sola calle principal, separada aún por algunas cuadras de Lota Baja. En este sector es en donde se encontraban los principales edificios públicos, como el cuartel de policía, el mercado, la iglesia, la escuela de hombres y la de mujeres. Las imágenes más representativas en este capítulo son las que muestran el mercado y la iglesia parroquial.

El capítulo siguiente está dedicado a la *Compañía Explotadora de Lota y Coronel*, que ocupaba diariamente a más de 3.000 personas, con lo cual “marcha[ba] indudablemente a la vanguardia del movimiento fabril en nuestro país” (p. 46). Agregándose a la extracción de carbón una fábrica de ladrillos creada para aprovechar las grandes cantidades de arcilla refractaria encontradas, una fábrica de botellas y cristalería y una fundición de cobre. Los grandes progresos alcanzados por la *Compañía* hicieron necesaria la construcción de muelles especiales para cada sección, un ferrocarril a vapor y tres túneles y una maestranza a vapor con sus respectivos talleres de carpintería y herrería. Debido a la exportación de carbón y al acarreo de minerales de cobre para la fundición, se contaba además con “un importante número de vapores, buques de vela y demás embarcaciones menores” (p. 48). Existía una red telegráfica y de teléfono, y una adecuada provisión de agua, gracias a la construcción de un estanque en la cima de una colina. Se contaba, además, con un parque alumbrado con gas hidrógeno, una iglesia, una capilla, un cementerio para la colonia extranjera y dos escuelas primarias. Las imágenes de este capítulo entregan una vista panorámica de la fábrica de ladrillos, de los túneles de ferrocarriles y de la entrada al parque. Pero más interesantes nos parecen las fotografías que comienzan a adentrarnos en el intrincado *mundo del carbón*. Una de las más destacadas es la que muestra a los *Artisanos (sic) de la Carpintería* (p. 50) a las afueras de su taller. Posaron para la ocasión un grupo de más de treinta hombres; a la mayoría se les puede ver con botas altas de cuero, bigotes y largas barbas, chalecos de vestir sin mangas, algunos con pecheras de trabajo y todos de sombrero. En este grupo se mezclan hombres muy jóvenes (aprendices presumimos) con personas mayores. Al centro del grupo, creemos ver al administrador, por su forma de vestir, el único de chaqueta, sin ropa de trabajo al parecer. Más atrás y a un

costado del grupo, claramente sin formar parte del taller, se puede ver a una mujer y uno o dos niños pequeños que observan la escena. Una segunda fotografía digna de destacarse se titula *mayordomos de las minas* (p. 55), en la cual aparecen seis personas alrededor de un bloque de carbón de 700 kilos, extraído del pique Arturo el 18 de mayo de 1880. Todos tienen en su mano un bastón de alrededor de un metro de altura, elemento que los identificaba en su función, cual era dirigir las labores de extracción del mineral. Todos lucen, como ya suponemos, sombreros y botas de cuero, una especie de chaquetón y en algunos se logra ver el uso de chaleco de vestir sin mangas. Resalta la impresión que entrega uno de ellos, sentado a la derecha del bloque de carbón, cruzado de piernas, con una expresión más bien dura, es el único que no usa barba o bigote, y al parecer es más joven que el resto de sus compañeros.

El capítulo XXV nos introduce en la *Fundición de cobre y fábrica de ladrillos y cristalería*. Comienza describiendo la fundición, que contaba con una superficie de 31.000 metros cuadrados y una capacidad de 42 hornos para poder mantener todo el proceso hasta llegar al cobre refinado en barras o lingotes, ocupando doce empleados y quinientos operarios. Mensualmente consumía 3.000 toneladas de combustible y el cobre se importaba desde Huanillos en el Perú hasta Valparaíso, transportados por los buques y vapores que poseía la empresa. El año 1882 la fundición de Lota exportó más de cien mil quintales métricos de cobre en barra e importó “como 400 mil quintales métricos de minerales de cobre, procedentes de todos los puertos de las provincias de Atacama y Coquimbo y litoral peruano” (p. 63). La fábrica de ladrillos refractarios se encontraba subdividida para la fabricación de pastelones y puertas para hornos de fundición, baldosas para piso y baldosas o ladrillos especiales para pisos de mosaicos. Una última sección estaba destinada a la elaboración de maceteros y jarrones y otros objetos de decoración. La producción diaria de la fábrica era de unos 8.000 ladrillos que se elaboran en ocho hornos. Es interesante hacer notar que en la fábrica de ladrillos comunes trabajaban de ochenta a cien niños, y que “las diversas operaciones han sido tan hábilmente combinadas y distribuidas en los distintos grupos de niños de ocho a catorce años de edad, que todos al fin, o el trabajo de todos juntos, se asemeja a una gran máquina a vapor puesta en movimiento” (p. 65). Mediante la utilización del trabajo infantil, en 1882 se llegaron a fabricar cerca de dos millones de ladrillos y para 1883 se esperaba llegar a los tres millones. En la fábrica de botellas y cristalería, de solo dos años de existencia, se ocupaban unos sesenta operarios, la mayor parte extranjeros, más otros treinta o cuarenta en actividades complementarias, llegando a exportar en 1882 casi 16.000 docenas de botellas. De este capítulo claramente nos quedamos con el registro de una imagen que entrega una vista panorámica de la fábrica de ladrillos comunes (p. 64). En ella se ve dos de los hornos, una pequeña explanada de secado, un trapiche accionado por la fuerza de un caballo, dos adultos y más de una veintena de niños que trabajan en la fabricación de los ladrillos.

El último capítulo de los destinados a presentar las actividades productivas de Lota, hace una breve descripción de las minas de carbón y de la mayoría de la infraestructura anexa a estas, comenzando por las minas con una explotación diaria

superior a las 1.100 toneladas, que ocupaban a 1.839 empleados y operarios en las distintas faenas. La explotación estaba determinada por la existencia de numerosos piques, entre los que se encontraban: Centinela, Arturo, Chiflón Carlos, Lotilla, Chambeque y Alberto. El pique Grande Carlos estaba por esos años aún en labores de construcción. Solo los minerales de Lota tenían una producción anual de más de 200.000 toneladas y junto con los establecimientos de Coronel y Lebu podían llegar a las 400.000. Junto con la explotación de carbón, se desarrollaban una serie de labores anexas. Algunas de ellas era la maestranza, que podía fundir piezas de fierro de hasta 25 quintales métricos de peso, y una carpintería que al igual que la maestranza utilizaba maquinaria a vapor para la elaboración de sus productos. El ferrocarril que recorría de norte a sur todos los sectores industriales de Lota en una extensión de cerca de tres kilómetros, incluyendo el trazado el paso por tres túneles y la utilización de dos locomotoras *Don Luis* y *Chambeque*. Aparte de los dos muelles para el embarque y desembarque de cobre existían dos más, el de *Chambeque* y el llamado *Muelle grande*, construido de fierro, únicamente dedicado al embarque de carbón. Una pequeña fábrica de gas que producía 10.000 metros cúbicos de gas hidrógeno en veinticuatro horas, que mantenía 200 luces repartidas en algunos establecimientos principales. Por último, es interesante señalar que Lota llegó a contar con 18 líneas telefónicas. Este capítulo es prolífico en ilustraciones que muestran en detalle cada uno de los establecimientos anteriormente descritos: solo en algunas de ellas aparecen los trabajadores en sus faenas mientras que en otras destaca el personal de la administración. Resalta el hecho de que en la fotografía de la página 71 aparecen dos obreros desenganchando los carros repletos de carbón que salen de los piques, y que dentro de su ropa de trabajo se contemple el uso de las tradicionales ojotas, utilizadas comúnmente en las labores agrícolas.

Los tres capítulos finales plantean visiones más cercanas a aspectos complementarios a la producción de carbón. El capítulo XXVII establece cuáles son los principales peligros en la extracción del mineral y también realiza una comparación con la minería de plata y cobre existentes en las provincias de Atacama y Coquimbo. Respecto de este último punto, Aracena estableció cuatro diferencias principales: “1. diversidad en su formación geológica; 2. diversidad igualmente en sus principales rocas constitutivas; 3. Las inundaciones del mar; y 4. los incendios, asfixiamientos y explosiones del gas carbónico” (p. 112). En una época cercana a la visita de Aracena se habían producido dos inundaciones, el 14 de mayo y el 18 de septiembre de 1881, en las minas de Puchoco, en Coronel. La primera de ellas, ocurrida entre las ocho y nueve de la noche, sepultó a 25 barreteros, pudiendo rescatarse el cuerpo de solo dos mineros después de más de un mes de ocurrido el accidente.

La forma de trabajo utilizada en las minas es en lo que Aracena fija su atención en el capítulo XXVIII. Comienza explicando el sistema de extracción del carbón, que se realizaba por medio de una *maestra*, que era un “campo de explotación principal, es decir, la labor que sirve de principal arteria de un laboreo determinado, por el cual se lleva a cabo todo el movimiento de una sección y de donde parten las diversas ramificaciones o labores secundarias” (p. 116). Las herramientas que se utilizaban para la extracción eran usualmente la picota y la cuña, aunque

también se utilizaban la pólvora y el barreno. Un barretero podía avanzar en un día de cuatro a seis metros cuadrados, y su jornal estaba en relación con el carbón que lograra extraer, pagándose a razón de 25 a 50 centavos por metro corrido. La extracción se hacía por medio de rieles, transportados por ferrocarril al muelle de embarque o a las canchas de acopio. El sistema de alumbrado utilizado era muy distinto al utilizado en las minas de plata y cobre. Mientras que en el norte se utilizaba una lámpara que llevaban en la mano los mineros y que les podía servir de punto de apoyo, en el carbón se utilizaba una pequeña lámpara de latón enganchada en la gorra que se utilizaba. El pago se realizaba en Coronel cada quince días o dos semanas, y en Lota cada tres o cuatro semanas. Aracena, el año de su visita, no logra observar el sistema de pago con fichas y vales o el uso de pulperías, que como se sabe sí fueron utilizadas en la minería del carbón. Finalmente describió un día de pago, en donde alrededor de la oficina pagadora se mezclaban comerciantes ambulantes (*faltes*), grandes toneles de vino mosto y toda suerte de personas.

El último capítulo del libro entrega una descripción miscelánea del *Parque de Lota*, en donde convivían, en una superficie de casi 116.000 metros cuadrados, más de 2.000 especies entre árboles, arbustos o flores, ocupando más de treinta operarios diariamente. Destacan dentro del parque su invernadero con vegetación de todas partes del mundo, sus laberintos, laguna, kioscos, llamas, alpacas, guanacos y un pequeño rebaño de ciervos, la mansión, algunas vertientes y cascadas, esculturas y jarrones de todos los tamaños y formas, miradores y caballerizas. Compara da continuamente con el jardín del edén, a Aracena le recuerda al cerro Santa Lucía de Santiago. De esta parte final del texto, la imagen que nos interesa destacar es *Cascada de la Gruta* (p. 143), la cual es la única fotografía en donde aparecen retratadas un grupo de casi veinte personas entre hombres, mujeres y niños, que pertenecen a la élite de la sociedad lotina. Aunque eje articulador de la industria del carbón, la ausencia de la élite en las fotografías –pensamos– es un elemento de gran importancia en la interpretación, ya que se aleja de una visión elitista de esta y se concentra en quienes construyeron, con su esfuerzo y trabajo en las minas, el mundo del carbón.

En definitiva, la publicación de un libro como el que comentamos invita al lector a colocar en primer plano una nueva visión acerca de la historia. Esta vez narrada por un observador contemporáneo, y en la que forma parte fundamental el registro visual de esa época. Esta unión creemos que posibilitará nuevos tipos de interpretación, entregando contenido visual a una medio que carecía de ella. Queda pendiente para futuras investigaciones el análisis iconográfico de estas fotografías, metodología que especialmente la antropología ha utilizado en el último tiempo. Lo que queda muy en claro es que desde ahora la historiografía del *mundo del carbón* no podrá abstraerse de estos registros.

CARLOS VIVALLOS ESPINOZA
LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA
Universidad Andrés Bello

ÁNGELA VERGARA, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile*. University Park, PA, The Pennsylvania University Press, 2008, 222 páginas.

En esta última década han florecido los estudios acerca del cobre en Chile. No se trata de historia económica o del mineral mismo; tampoco de la incidencia del cobre en la economía chilena y en los ingresos al Fisco. En esto último seguimos en deuda con los aportes clásicos de Clark Winton Reynolds y de Markos Mamalakis. Las obras a las que me refiero se relacionan con la historia social, con especial atención a los temas de género. Es importante tener en cuenta esto al momento de analizar la historia que nos ofrece Ángela Vergara sobre la mina de Potrerillos, principalmente cuando era propiedad de la norteamericana Anaconda.

La autora publica su tesis doctoral de la Universidad de California, San Diego, basada en fuentes chilenas y norteamericanas, donde destacan los archivos de la Anaconda, tanto por el material que era público en los años que cubre, como por algún material entonces confidencial que se abre. También tiene fuentes de historia oral, tanto de norteamericanos como de chilenos que trabajaron en Potrerillos. En Chile destacan los fondos del Ministerio del Trabajo, y numerosa prensa local de la zona de la mina.

El título y el desarrollo del libro muestran que su intención central es vincular la vida de los trabajadores del cobre con el desarrollo de los años de la Guerra Fría (este concepto se diluye algo en el libro), y con las estrategias de negocio y de explotación de una gran empresa minera como era el caso de Anaconda. Aporta mucha información sobre las políticas organizacionales de la empresa y de sus estrategias, tanto frente a su personal como a los sindicatos y a la política chilena. Sin embargo, el hilo central sigue siendo el de una historia social, la vida de los trabajadores del cobre, alguna mirada hacia la vida de las mujeres, para incluir el factor de género, y los avatares de la pugna clásica entre empleador y empleado, es decir, la lucha de trabajadores y empleados (no siempre eran armónicas entre sí) por aumentar sus ingresos y mejorar las condiciones de vida; y las de la compañía por contener las demandas y mantener los costos de producción en un nivel óptimo de su punto de vista. Se aprende también acerca de la vida de “enclave” de los directivos y empleados norteamericanos, que llevaban una vida aparte en lo sustancial de la que llevaban los chilenos, trasladando el “American way of life” a un paisaje inhóspito.

Con todo, el centro del aporte está radicado en la vida de los trabajadores chilenos, su relación con el trabajo y las empresas y las políticas de demandas laborales en torno al mineral de Potrerillos, el que comenzó a decaer en los años cincuenta. Entonces el foco de la atención de la autora se desplaza al mineral de El Salvador, que, como se sabe, reemplazó al de Potrerillos, estando relativamente cerca ambos. Por ello se trata sustancialmente de un mismo grupo humano. La autora rinde homenaje a una tradición de historias del movimiento obrero en las minas del cobre, destacando principalmente las obras de Jorge Barría y de Fernando Ortiz; recuerda también la figura de un abogado especializado en derecho laboral, como Moisés Poblete Troncoso, de singular importancia en estas materias, en general favorable a las compañías; y presenta las vidas de dirigentes mineros y

algunos obreros y empelados, con quienes mantuvo correspondencia y algunas entrevistas personales, chilenos y norteamericanos.

En el libro hay un cambio de enfoque. En los primeros tres capítulos hay un enfoque de historia social. El centro del tema está constituido por la apreciación de la calidad de vida del minero del cobre. La autora lo reconoce, con un dejo de reticencia, que los mineros del cobre eran los mejor pagados en Chile dentro del mundo obrero, y poseían beneficios sociales legítimos aunque desacostumbrados para la mayoría de sus pares en el país. Para todo el período que va desde el comienzo en los años veinte hasta 1950, la autora entrega una rica información, en la que destacan la prensa local y los escritos que critican acerbamente las condiciones laborales. Ángela Vergara destaca con mucha razón la dureza de las condiciones de vida del minero, en un mundo aislado en donde es muy difícil crear el arraigo propio al mundo rural, de donde provenían muchos obreros, producto del “enganche” muy bien explicado por ella; o del mundo urbano, que con todas sus contradicciones crea un tipo de cultura. La del campamento o ciudad minera está, en cambio, aquejada por la precariedad esencial del mundo de la minería. Solo que esto vale no solo para empleados obreros, sino también para la empresa dependiente de un mercado mundial y de los costos de producción, algo no suficientemente sopesado en el libro.

En una primera etapa la empresa mantuvo un control rígido sobre sus empleados y obreros, en un medio habitacional segregado de empleados norteamericanos, empleados chilenos de la firma y obreros, como tres clases sociales diferenciadas. Hasta 1938 mantuvo un cierto maridaje con autoridades locales, especialmente con las fuerzas policiales, a cuyas familias otorgaba algunas ventajas. No aparece en cambio otro elemento con el que me he topado repetidamente en mis investigaciones, las abundantes quejas de las compañías, incluso antes de 1938, de sentirse cercadas por las autoridades judiciales y del Estado en tema de legislación laboral. En la primera como en la segunda parte del libro existe una historia en cierta manera paralela de los movimientos huelguísticos, aunque sin destacar el elemento de “tira y afloja”, de “tejo pasado” que existía en muchas demandas laborales. Chile es Chile, algo que a veces se echa de menos en las lecturas del libro. La Anaconda ejercía cierto poder en temas que para un chileno aparecían ridículos o arbitrarios, como la prohibición de alcohol en muchos espacios, aunque esto va cambiando con el tiempo. En sus inicios, más que una relación con el tema del alcoholismo, un problema serio en ese entonces en Chile, se deja ver un rasgo del puritanismo protestante y herencia de la Prohibición.

En los tres últimos capítulos la autora cambia un tanto el foco y se dedica a desarrollar el tema de las políticas sindicales y su imbricación con la historia política de Chile. Destaca como algo interesante su relación con el sindicalismo norteamericano y políticas conjuntas acerca de derechos laborales promovidos por la AFL-CIO, dirigida por George Meany, que combinaba reforma social con un estricto anticomunismo. Esto se prolonga hasta la época del régimen de Pinochet. En esta parte la autora tiende a aceptar como una interpretación válida de la realidad el discurso del movimiento sindical, especialmente el de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), y no lo toma como lo que muchas veces era, un tipo de demanda, entre legítima y de exigir por si acaso. En todo caso queda claro

un tema muy discutido en torno a este problema en los años 1950 y 1960, de que los gremios del cobre poseían una capacidad privilegiada de presión en Chile.

La autora destaca la filiación de una mayoría un tanto variable con la izquierda chilena, y las divisiones entre *blue collar* y *white collar*. De las mismas cifras que entrega emerge la realidad: el mundo de trabajadores y empleados mineros reflejaba una división en Chile, que no se puede confundir simplemente con aquella de pobres y ricos. Documenta con claridad cómo la tradición reivindicacionista se reproduce durante la Unidad Popular, produciéndole dolores de cabeza al gobierno de Salvador Allende. Las políticas de la Unidad Popular para el mundo minero aparecen idealizadas, ya que el discurso de sus programas y de los sectores de los mineros que la apoyaban aparece como una expresión de la realidad. La autora, en un breve capítulo final, destaca cómo el mundo sindical continuó siendo activo, con posiciones matizadas durante el sistema autoritario.

El libro repite algunos temas tradicionales, como aquel de que Chile fue perjudicado por el precio del cobre durante la Segunda Guerra Mundial. No por repetido deja de ser menos falso. Lo mismo vale para la situación del mercado del cobre después de la Segunda Guerra Mundial, en donde no hay depresión, aunque surgen muchos competidores para el cobre chileno. El tema de la “productividad” aparece como una suerte de pecado del sistema industrial, cuando es un factor central de la economía moderna, lo que no podía ser ignorado por la Anaconda so pena de perecer. Si se hubiera detenido en la génesis del Nuevo Trato, hubiera podido atender a estos temas. Igualmente los presidentes aparecen primero favorables a los intereses de los trabajadores y luego “represores”, incluso en cierta manera Allende. ¿No serán los constreñimientos de la vida pública? Aunque no es el tema del libro, en muchos de sus juicios no debiera perderse de vista que el país ha vivido del cobre.

El libro de Ángela Vergara es un aporte en la línea de vincular la historia de pequeños grupos humanos con fenómenos universales. Esto ha abierto un gran campo de análisis en la historiografía y en la antropología contemporáneas. Este libro es una rica cantera en este sentido. Chile es y será un país minero, y pese a todos los cambios económicos en los últimos treinta años, si bien se ha disminuido la dependencia del cobre, este sigue siendo un elemento fundamental de su economía. Los trabajadores de la minería no pueden ser ignorados al momento de pensar este problema.

JOAQUÍN FERMANDOIS

Pontificia Universidad Católica de Chile

ANTONIA VIU, *Imaginar el pasado, decir el presente. La novela histórica chilena, 1985-2003*. Santiago, Ril Editores, 2007, 247 páginas.

El libro de Antonia Viu combina una presentación amplia de los aspectos teóricos relacionados con la historia, la ficción y la representación (capítulo 1), el trayecto de la novela histórica en términos generales, así como en la América

Latina reciente (capítulos 2 y 3), la novela histórica en Chile con énfasis en las del siglo XIX (capítulo 4), para centrarse finalmente en el análisis de la novela histórica chilena reciente (1985-2003), llevando a cabo en este plano una descripción de las características comunes y especificidades de las obras producidas, de las cuales elige veinte a las que dedica un análisis detallado (capítulos 5 y 6). Como podrá apreciar el lector, se trata de un intento de vasto alcance, en que se busca establecer el 'estado de la cuestión' respecto de la novela histórica y su compleja relación con la 'historia oficial', y un estudio pormenorizado de un corpus de obras recientes en el panorama chileno.

Para los efectos de este comentario o reseña, centraremos nuestra atención en los capítulos finales del trabajo de Antonia Viu, donde, a nuestro entender, se encuentra la proposición central de su texto, aquella que ha venido preparando en varios niveles y que anuncia muchas veces en la introducción y capítulos anteriores.

Un primer aspecto fundamentado por la autora es el registro de una significativa cantidad de novelas 'ambientadas en el pasado' dentro de la producción reciente de autores chilenos. El punto tiene cierta importancia porque contradice la opinión difundida en cuanto a que la novela histórica habría tenido escasos cultores en el último tiempo. Como señala Antonia Viu, esta opinión ha circulado entre los analistas por cuanto las novelas chilenas no han participado de manera protagónica en algunos de los temas más comunes latinoamericanos, especialmente en el extenso y prolífico ciclo dedicado a las dictaduras y dictadores latinoamericanos.

Respecto de esto último se pueden hacer algunas profundizaciones importantes, algunas de las cuales corresponden a la autora del libro y otras a este comentarista. La primera es que hay algunas obras, bastante notables, dedicadas al tiempo de la dictadura chilena, tales como las de Carlos Cerda y Pedro Lemebel, autores que no reciben ninguna mención en el libro. No obstante los títulos que se puedan mencionar, el tema de Pinochet no ha sido abordado con la intensidad y diversidad que se pensó en un primer momento. Es probable que el tema siga radicado en autores que no son literatos. De hecho, buena parte de las novelas comentadas en este libro han ubicado el argumento en el extenso siglo XIX chileno y en torno a las figuras canónicas de dicho proceso histórico: Portales y Balmaceda entre otros: "[...] los escritores parecen creer que las respuestas que permiten entender el pasado reciente podrían encontrarse en la presencia de códigos profundamente arraigados en nuestra sociedad, que obedecerían a imágenes de orden social muy presentes en nuestro imaginario" (p. 235).

Por cierto que no son textos 'sobre ellos', sino que revisan críticamente la idea que la 'historia oficial' ha construido respecto de ellos: "[...] en las novelas se escamotea o se subordina [la visión oficial] a la presentación de otros elementos secundarios desde un punto de vista histórico, que remiten a una pregunta más apremiante, relativa al sentido de una vivencia o la articulación de una identidad" (p. 185). Un punto importante es que las novelas históricas escritas recientemente en Chile prefieren ubicar la ficción revisionista en momentos lejanos de la historia.

La cuestión recién planteada encuentra en la autora ciertas explicaciones. La primera, y siguiendo las palabras de Jorge Guzmán, quien prologa y respalda su libro, la dureza de la historia reciente en Chile habría generado, como efecto

psicológico, una suerte de mudez de la literatura respecto de los sucesos inmediatos. A esto se suma el hecho de que fue en el siglo XIX cuando se generó y consolidó aquella identidad nacional con la cual quiere medirse y discutir, principal aunque no exclusivamente, la novelística chilena que se ocupa de la historia. Pero lo más profundo, a nuestro entender, reside en el hecho de que si bien la elección de los momentos o situaciones históricas no puede ser vista como inocua, lo central radica en que se trata de una clara aproximación desde el presente con sus temas y preocupaciones. La asertiva primera parte del título del libro de Antonia Viu expone con claridad este punto al decir “Imaginar el pasado, decir el presente”. Según aquello que se puede colegir, el problema podría plantearse en los siguientes términos: desde el tiempo del escritor surge el planteamiento de un problema o tema, el cual podrá encontrar algún tipo de respuesta o solución en un momento del pasado, no siendo este último el elemento central de la ecuación. Estaríamos frente a lo que se ha identificado como los espejos de la historia, tema al cual el historiador chileno Jaime Valenzuela ha dedicado varios trabajos.

La comparecencia del autor dentro de su obra, subrayando su condición de narrador, con todas las dudas respecto de los aspectos históricos de la ficción que está generando, ha comenzado a aparecer como un punto interesante y ha subrayado, de paso, el carácter problemático que contiene el presente desde el cual se establece la relación con el pasado. Si este punto aparece con fuerza en el *Sueño de la Historia* de Jorge Edwards, tal como lo destaca la autora en los varios párrafos que dedica a esta obra, este mismo autor lo lleva a un nuevo nivel en *El Inútil de la Familia*, obra que queda fuera del tiempo abordado por Antonia Viu. En esta última, bajo el recurso usado varias veces de ‘yo pienso que tú pensaste’ o ‘imagino que tú hiciste...’, el escritor evidencia aquellas zonas grises imposibles de alcanzar por lo que respecta al personaje novelado y su tiempo. El punto no es menor dado que un tema no abordado en el libro de Antonia Viu es el que se refiere a la manera que los escritores han tenido de informarse sobre el período o figura histórica que han elegido para centrar su relato. Ellos, generalmente generosos al explicar sus métodos de trabajo, no lo son en cuanto a este punto. Guillermo Blanco, por citar un ejemplo, muestra tener un buen conocimiento de la historia del período novelado en su *Camisa Limpia*, aunque él mismo le reste casi toda importancia a “los libros de historia”. Sería bastante interesante saber cómo se informó Darío Oses sobre el período de Balmaceda para escribir su excelente *El Viaducto*, una novela que, dicho sea de paso, ha tenido menos recepción de la que merece.

Entre los aspectos comunes que permiten vincular a las novelas históricas chilenas recientes, figura la de contener “una visión revisionista de la historia oficial [...] la necesidad de llenar los vacíos de la historia, de articular la visión del pasado desde la perspectiva de los sectores marginados, de deconstruir la historia para denunciar las condiciones de producción que han determinado su escritura, o de repensar el pasado a la luz de lo que encontramos en el presente” (p. 22). La relación conflictiva de estas obras es con la ‘historia oficial’, esto es, con la historiografía.

La centralidad del presente en que se ubica el novelista se encuentra subrayada por cuanto el tema de las novelas históricas puestas bajo observación no se relaciona de manera conflictiva con la historia a la cual recurre reiteradamente, sino con

la historiografía, entendida esta última como versiones poderosas e influyentes construidas sobre el pasado, construcciones que a su vez pueden contener una clara distancia con lo ‘efectivamente sucedido’. La historiografía a la cual Antonia Viu se refiere de manera reiterada es aquella que ha establecido una ‘historia oficial’ que parece circular por todas partes y copar todos los espacios, la cual, si bien no es definida en ningún momento, parece ser la única existente. Se trata de la creación de una suerte de bestia negra contra la cual luego se embate. Toda la sutileza y capacidad evidenciada por la autora para mostrar la diversidad y riqueza de la creación literaria en temas históricos, aparece negada cuando se refiere a la escritura de los historiadores, los que, según da entender en su visión, continuarían machacando los mismos temas y argumentos esbozados ya tempranamente en el siglo XIX. Se le desconoce a la historiografía su propia discusión, apertura y renovación en la perspectiva y preguntas que se hacen al pasado, cuestión bastante visible a partir de la segunda mitad del siglo XX. Presentadas las cosas de esta manera, a la historiografía le correspondería seguir intentando una construcción oficial y global de la historia de Chile, mientras que la tarea de las novelas sería “plantear el descentramiento, la crisis de la imagen armónica o totalizadora, favoreciendo en cambio la denuncia de la fractura, la contradicción, la mirada unívoca del discurso historiográfico y de los relatos integradores sobre la historia y la identidad nacional” (p. 238 y último párrafo del libro).

NICOLÁS CRUZ

Pontificia Universidad Católica de Chile

CHARLES F. WALKER, *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and its Long Aftermath*. Durham, Duke University Press, 2008, 260 páginas, ilustraciones.

Shaky Colonialism comienza con un dramático relato del terremoto de más de 8 grados de magnitud en la escala de Richter que azotó la ciudad de Lima la noche del 28 de octubre de 1746, y del *tsunami* que minutos más tarde se encargaría de arrasarlo con el puerto del Callao. En palabras de los testigos citados en el libro, la ciudad, que había tomado más de 200 años construir, se derrumbó en 3 minutos. Luego vinieron las innumerables réplicas que aumentaron la angustia de los sobrevivientes, quienes además tuvieron que enfrentar epidemias y la escasez de alimentos. La vida en la ciudad más importante del imperio español en Sudamérica se tornó miserable, se desdibujaron las jerarquías sociales y el mar se encargó por semanas de devolver los cuerpos no solo de las víctimas, sino que también de aquellos que la fuerza del mar desenterró del cementerio.

El nuevo libro de Charles Walker, sin embargo, es mucho más que la descripción de una catástrofe. Siguiendo las líneas historiográficas del “análisis de incidente” y entendiendo los desastres naturales como momentos críticos en las relaciones de poder, Walker va descubriendo las fracturas sociales, políticas y culturales que el

terremoto dejó en evidencia, aportando información significativa para el entendimiento de aspectos poco conocidos del reformismo Borbón es su fase inicial.

En sus 8 capítulos y epílogo, el libro da cuenta de los conflictos existentes antes y después del terremoto entre el gobierno monárquico, la Iglesia y la multirracial población de Lima, argumentando que el punto central en estos conflictos sería el choque entre la mentalidad barroca y la ilustrada. Lima en esa época era una ciudad eminentemente barroca y las autoridades encargadas de reconstruir la ciudad vieron el terremoto como la oportunidad de imponer reformas sustentadas en la racionalidad ilustrada. Esto se hizo evidente según Walker en los esfuerzos de las autoridades por debilitar la presencia de la Iglesia y las manifestaciones públicas de religiosidad. Los reformadores creían que la devoción debía ser una manifestación interna y privada, en vez de externa y pública como ocurría con los excesos barrocos. Esta disputa entre lo barroco y lo ilustrado habría trascendido lo eminentemente político, manifestándose en diversos aspectos de la vida cotidiana de la ciudad.

Las fuentes utilizadas por Walker para reconstruir este conflicto son numerosas y variadas, y dan cuenta de una exhaustiva investigación realizada en archivos y bibliotecas de Perú, España, Inglaterra, Italia y Estados Unidos. Entre ellas se incluyen numerosos informes oficiales y relatos de testigos presenciales, donde destacan las cartas y memorias del naturalista peruano José Llano Zapata, parte de las cuales se pensaban hasta hoy perdidas¹. Sobresalen también los documentos relativos a las premoniciones que tuvieron un grupo de monjas y religiosas sobre la destrucción de la ciudad. Según ellas, el terremoto era solo el inicio de una serie de catástrofes que azotarían Lima, dada la corrupción que afectaba a las órdenes religiosas y la ciudad en general. Estos documentos permiten a Walker adentrarse en disputas que tienen que ver con la reforma de la Iglesia, pero que también son valiosas para entender los miedos y mentalidad de la época.

Una de las figuras centrales del conflicto que aborda el libro fue el virrey José Manso de Velasco y sus planes para imponer una racionalidad ilustrada. Según Walker, Lima ya era para el virrey una ciudad caótica antes del terremoto, dado que su orden original había sido debilitado por su complejidad racial, la sobreindulgencia de la religiosidad barroca y el enorme poder alcanzado por las órdenes religiosas y la élite local. El terremoto, por lo tanto, habría ocurrido en el instante preciso que las autoridades buscaban restaurar su control sobre la ciudad.

La tarea, sin embargo, no era fácil, pues como sostiene el autor, el terremoto podía transformarse también en un peligro para el absolutismo, incrementando tanto la independencia de la élite como el dominio de las órdenes religiosas sobre la sociedad local. Walker analiza la complejidad de este conflicto centrándose en el estudio de los discursos y planes reformadores de las autoridades. La excesiva ostentación e inmoralidad de la élite, por ejemplo, explicaban la ira de Dios, según el virrey. Era necesario por lo tanto regular sus formas de vida, lo que ciertamente

¹ Fueron publicadas recientemente. José Eusebio Llano Zapata, *Memorias histórico, físicas, crítico, apologéticas de la América meridional* (edición y estudios de Ricardo Ramírez, Antonio Garrido, Luis Millones, Víctor Peralta y Charles Walker), Lima, IFEA, PUCP, UNMSM, 2005.

fue resistido por una élite que entendía que era su obligación dejar en evidencia su posición dentro de la sociedad a través de distintas formas de ostentación.

Walker enfatiza que esta oposición no vino solo desde la élite local. El autor muestra a través del libro que el virrey y sus asesores encontraron resistencia en todos los sectores ante su intento por racionalizar Lima siguiendo los modelos de moda en Europa por esos años. Cada grupo que se buscaba controlar, incluyendo mujeres, indígenas y castas, tenía su propia idea sobre cómo se debían reconstruir la ciudad y las relaciones de poder.

La resistencia a los planes de reforma del virrey Manso de Velasco, son para Walker un preámbulo a la resistencia que más tarde enfrentarían las reformas fiscales, militares y sociales que los Borbones llevarían adelante durante el último tercio del siglo. El conflicto que el terremoto de 1746 revela permite, según el autor, ver los esfuerzos iniciales de un reformismo que los historiadores han localizado preferentemente durante el reinado de Carlos III. Incluso más, la fragmentación de posturas frente a las reformas que siguieron al terremoto, podrían también iluminar la posterior falta de unidad en torno a la independencia del Perú.

En suma, *Shaky Colonialism* es un excelente estudio que no solo es de interés para los historiadores del periodo tardocolonial, ni exclusivo para los especialistas en la historia peruana. El relato de Walker es además entretenido y muy bien escrito y el autor se preocupa constantemente de introducir al lector en los aspectos generales de la historia de Lima en el siglo XVIII, tema al que le dedica un capítulo completo. Por su tema, y la forma de analizar un evento como el terremoto de 1746, relacionándolo con las disputas políticas, sociales y culturales que se dan en su entorno, el libro de Charles Walker resultará útil para todo aquel que se interese en el estudio de catástrofes naturales y sus “amplias repercusiones”, un modelo de análisis que por cierto puede interesar e iluminar a muchos estudiosos de la historia de un país como Chile, regularmente afectado por este tipo de catástrofes.

PABLO WHIPPLE

Pontificia Universidad Católica de Chile

GORDON S. WOOD, *The Purpose of the Past: Reflections on the Uses of History*. New York, The Penguin Press, 2008, 323 páginas.

Gordon Wood is a distinguished professor of history at Brown University in Providence, Rhode Island. His books include several classics, including *The Creation of the American Republic, 1776-1777*, *The Radicalism of the American Revolution*, and *The Americanization of Benjamin Franklin*, among many others. A meticulous historian who is at home with the demands of serious research, Wood in this book demonstrates his skill at reaching a wider audience. The 21 chapters of this volume consist of reviews he has written for such magazines as *The New Republic*, and *The New York Review of Books* between 1981 and 2007. They are remarkable examples of how reviews can serve the very important purpose of

bridging the gap between learned research, not always written in good or even understandable prose, and the larger public's desire to know more about history. In addition, not only do these essays render what the volumes under review are about, but they also show how the books' subjects place in a larger historiographical context. Most of the books he reviews are well chosen, for they represent the most controversial or significant volumes written on American topics in the last twenty-five years, including Simon Schama's *Dead Certainties*; Pauline Maier's *American Scripture: Making the Declaration of Independence*, and Joyce Appleby's *Inheriting the Revolution: The First Generation of Americans*. Perhaps the most valuable quality of this book is the willingness of the author to be critical, though elegantly so, of the fads and follies of many historians, while at the time recognizing their merits. His fundamental aim is to expose what he calls "presentism" in history, that is, the use of the discipline to advance a variety of political and cultural agendas. History, the author also makes clear, is about the complexity of the past: how the thoughts and actions of concrete individuals respond directly to the surrounding circumstances of their time and place. Using history to advance positions on current issues, professor Wood tells us, is not only a bad idea: it is also a sure way to write bad history.

Indeed, he quite strongly states, quoting Rebecca West, that "when politics comes in the door, truth flies out the window," wryly adding that "historians who want to influence politics with their history writing have missed the point of the craft; they ought to run for office" (p. 308). At the same time, it is clear that Wood is also concerned about the implications of the "cultural history" that has dominated the field since the 1980s: "Many of the new cultural historians seem not to want to destroy memory as much as reshape it and make it useful to their particular cause, whatever it may be. Many of them have an instrumentalist view of history and see themselves essentially as cultural critics who wish to manipulate the past for the sake of the present. Rather than trying to understand the past on its own terms, these historians want the past to be immediately relevant and useful; they want to use history to empower people in the present, to help them develop self-identity, or to enable them to break free of that past" (p. 8). Not all the essays are about cultural history or about the dangers of "presentism," but it is clearly from these quarters that he sees the major threats against the integrity of the field.

Each of the essays is intended to illustrate "particular approaches to the writing of history". Hence, he addresses such subjects as what "influence" means when writing about a particular set of ideas or institutions; what "anachronism" does to our understanding of the past; what the perils are of blurring the line between history and fiction, and the problematic nature of digging into the past to extract "lessons" for the present. Regarding methodology, Wood provides some reflections on what "continuity" means in the field; the contributions of "microhistory;" the concept of "truth" in history; the relationship between history and politics as well as political theory; the importance of a serious consideration of ideas and intellectual history, and what is it that "comparative history" should or ought not to do. Finally, he issues a series of comments, some of them quite critical, on "postmodern" and "multicultural" history. In all cases, the discussions

are not abstract or theoretical: they refer directly to the books under review, and seek to extract the value as well as identify the shortcomings of each of these monographs. Wood also adds an afterword to his articles to respond to reactions from the authors, express some regrets or concerns, and, mostly, to reiterate his points more forcefully.

Gordon Wood's central effort is to separate the craft of history from the blatant utilization of the field for any purpose other than a thorough understanding of the past. The fact that he does so while at the same time teaching how to engage the historiography, providing concrete examples on how to handle fundamental concepts in history, makes this volume all the more valuable.

IVÁN JAKSIĆ
Stanford University

JUAN CARLOS YÁÑEZ, *La Intervención Social en Chile, 1907-1932*. Santiago, Ril Editores, 2008, 334 páginas.

En este libro el autor propone un viaje, un recorrido, cuyo protagonista es el trabajador, quien transita desde su virtual anomia hacia su reconocimiento institucional como actor mayoritario y esencial para la república. En su peregrinar hacia ese *telos*, entra en diálogo con la oligarquía, a la cual presiona y frente a la cual se hace visible, con los intelectuales e ideólogos que piensan su situación en la *polis*, y con la institucionalidad del Estado que finalmente debe asignarle su lugar en ella. Es el sentido de su recorrido: narrar la evolución de la intervención social en Chile, entendida como "la acción desarrollada por el Estado en el contexto del conjunto de problemas que surgen hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y que se conoce como la 'cuestión social'" (p. 17).

El recorrido se inicia con un momento institucional: la creación de la Oficina del Trabajo, en 1907, para terminar también con otro momento institucional: la creación del Ministerio del Trabajo, en 1925. Consciente de que un recorrido histórico no debe terminar abruptamente como si existiese el fin de la historia, un contundente capítulo final y unas conclusiones, que son una invitación a continuar esta línea de investigación, dejan abierta la obra a responder y formular nuevas preguntas a partir de ella. Por ejemplo cuando, en su conclusión, con modestia pide ayuda a los lectores para responder respecto de las razones de la pervivencia de los funcionarios del trabajo como pedagogos de la intervención social del Estado.

Esta reseña no se propone responder a la pregunta de Yáñez. Tan solo quiero comentar algunos aspectos de la obra. En primer lugar, lo ya mencionado, respecto de su estructura, a lo cual quisiera agregar su buena pluma, la vastedad y variedad de sus fuentes que van desde los documentos oficiales, a la prensa, los discursos parlamentarios, convenciones partidarias y la gran cantidad de bibliografía secundaria consultada. Aunque el autor conoce bien la literatura sobre las prácticas discursivas y su influencia en la conformación de las estructuras de poder, y de

hecho las usa, el libro no cae en el abuso al que a veces conduce convertir toda la historia en texto. Así, puede detectarse un hilo conductor de la narración que incluye el discurso y su evolución, así como las prácticas no discursivas, es decir, aquellas que se plasman en instituciones donde despliegan su acción los sujetos. Estas son las instituciones del Estado.

Desde esta perspectiva, el autor se inserta en una tradición de la historia política chilena que privilegia al Estado como el gran motor de cambio social y cultural en el país y como el termómetro que permite medir la temperatura que alcanzan las demandas sociales. Sin embargo, también se nutre del nuevo impulso de esta historia, como de los instrumentos de la sociología de las élites culturales de la cual se beneficia una historia intelectual que no quiere ser historia puramente intrínseca de las obras y los procesos ideológicos. En ese marco se inserta su capítulo sobre las estadísticas como esfuerzo metodológico para integrar lo individual y fragmentario en un todo que la sociedad puede analizar objetivamente como parte del proceso que emprende el Estado, que llaman *institution building*, y que se vincula con el tránsito que José Antonio Aguilar llama de la república epidérmica a la república sustancial, cuando esta se ve conminada a responder positivamente sobre la compatibilidad entre las nociones de bien común, libertad e igualdad y las prácticas políticas que surgen de su acción.

El autor sitúa bien este momento con el surgimiento de la llamada cuestión social, la que, según él, “supuso una ruptura con una tradición individualista, ya que a partir de entonces se construyó un nuevo objeto de conocimiento: la sociedad”. En términos de paradigmas explicatorios, este proceso se vincula sin duda con el auge del positivismo; en términos económicos, debemos vincularlo con lo que James Morris, a quien Yáñez cita, llama las consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la industrialización y urbanización nacientes. Sin embargo, en términos político-sociales y también culturales creo que debemos asociarlo con el tránsito del concepto de pueblo como entidad abstracta a su visibilización y corporización en el trabajador, el proletario y, en definitiva, el pobre. Esto, porque los campesinos abandonaron la tierra y desplegaron su miseria en el Santiago de la oligarquía. Para sorpresa de muchos, el obrero expresa reivindicaciones propias y reclama sus derechos de participación de los derechos de la república que ahora siente propia.

Como bien explica nuestro autor, ello tiene relación con el surgimiento de un movimiento popular-obrero, anclado en prácticas primero mutualistas y luego de resistencia, un Estado despreocupado de lo social, y una oligarquía que cree que la marginalidad puede acotarse con cordones de cintura en torno a su ciudad.

La autonomización de la esfera de influencia de los trabajadores, el avance de las ideas socialistas y la diferenciación ideológica expresada en las posturas de los partidos políticos no fue del todo ajena a la Guerra del Pacífico (1879-1884), que hizo aflorar, además de la polaridad entre lo nacional y lo continental, otras tensiones provenientes de su propio utillaje argumental contra Perú y Bolivia. Haber justificado su postura en la defensa de las asociaciones, del trabajo productivo del industrial y del peón chilenos y de la virtud frente a la corrupción extranjera situaba a la clase dirigente chilena ante un nuevo escenario y a un *fait accompli* del

que debía hacerse cargo. Si la nación había sacrificado a sus hombres para la gloria de sus miembros, si el republicanismo había sido un artefacto cultural útil para ganar una guerra en su nombre, se imponía ahora, como sostuvo el político chileno Isidoro Errázuriz, “la entrada de la República a la edad viril”¹.

En la discusión sobre el trabajo subyacía un problema que decía relación con la inclusión de todos los habitantes de la república en el imaginario nacional de la clase dirigente y su acceso a la ciudadanía activa. Para estos efectos, es conveniente la distinción que hace Samuel Finer entre Estado nacional y Estado-nación, siendo este último el que efectivamente se define en torno a su pertenencia al pueblo². El Estado-nación se basaría en ciertos principios que convierten a la nación en una asociación política de individuos libres reglada por la constitución y las leyes y basada en la vigencia de ciertos principios sociales y políticos: la nacionalidad debe ser la base de la organización territorial; la soberanía del pueblo debe ser un principio secular independiente de la dependencia de autoridades pre-existentes; la ciudadanía debe garantizar no solamente los derechos civiles y políticos, sino también los sociales y económicos, como la educación, el trabajo, el bienestar social y la salud.

Permítaseme, entonces, agregar a las sugerentes hipótesis de Juan Carlos Yáñez y a su completo y sugerente relato cronológico de la historia del trabajo y su institucionalización, una hipótesis complementaria. Creemos que desde el surgimiento de la llamada “cuestión social” la nación comienza a asumir una fisonomía moderna, a través del acceso a la opinión pública de nuevos actores e interlocutores con la oligarquía que buscan integrarse de pleno derecho tanto a la sociedad civil como política. Ello daría inicio a un proceso de tránsito desde la nación oligárquica o excluyente a la nación democrática o incluyente, lo cual implica, básicamente, la incorporación del mundo popular a los espacios sociales y políticos, y la actualización del principio de soberanía nacional en su acepción moderna³. Es la visibilización del problema de la modernidad política y de la sociedad plural que debe incluir al “otro”. Un “otro” que, además, ya había ingresado en la ciudad oligárquica, derribando sus puentes levadizos y asediando su fortaleza.

En un comienzo, los partidos políticos reconocieron apenas la existencia de un conflicto entre capital y trabajo o entre patronos y obreros; pocos percibieron que no bastaba con resolver problemas puntuales o avanzar con leyes proteccionistas. Sin embargo, a pesar de la carencia de formulaciones explícitas respecto de que el problema radicaba en una adecuación de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil para dar cabida a una nación de ciudadanos, es posible detectar que en los inicios de la cuestión social ya se levantan voces que claman por ampliar la nación imaginada e incluir en ella a los excluidos. Luego de una ardua discusión, de la

¹ Carmen McEvoy, “República nacional o república continental? El discurso republicano durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884”, en Carmen McEvoy y Ana María Stiven (editoras), *La República Peregrina: Hombres de armas y letras en América del Sur. 1800-1884*, Lima, IEP-EFEA, 2007.

² James Dunkerley (ed.), *Studies in the Formation of the Nation State in Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2002.

³ También podría formularse como el tránsito de la “república oligárquica” a la “república del trabajo”.

radicalización de la lucha de clases, del surgimiento de antagonismos ideológicos irreconciliables, en la década de 1920 la fortaleza oligárquica mostró sus vulnerabilidades. Por la puerta ancha de las elecciones, el pueblo buscaría pasar de la potencia al acto; de la abstracción teórica al poder real.

El autor enfrenta este período haciendo aportes interesantes, especialmente al considerar las influencias corporativistas que se hicieron visibles desde que la democracia liberal del XIX hace aguas con la llegada de Arturo Alessandri al poder y su amistad con nuevos grupos que confirman el ingreso de la sociedad de masas al poder. Nuestro autor busca una interesante filiación originaria para este cambio cultural: el decreto de agosto del 1932 que reorganiza el Depto. de Biblioteca del Ministerio del Trabajo, denominándose ahora Depto. de Extensión Sociológica y Cultural, que asignaba a los funcionarios del Ministerio del Trabajo la misión de transformar estructuralmente la república; imagino que de constituir lo que luego llama la “república de los trabajadores”. Evidentemente este decreto nombra una nueva realidad, pero esta, creo, como todo cambio cultural que termine reflejándose en decisiones estatales, se viene gestando hace ya años. Y Yáñez no lo niega. De hecho, sostiene que el socialismo de la República Socialista representó a una clase media ilustrada que se venía formando en los últimos años de la República Parlamentaria.

Y aquí me voy a permitir agregar algunas opiniones a las del autor. Primero, respecto del rol de los católicos. Conuerdo con él que uno de los objetivos de la Iglesia Católica fue apoyar las asociaciones obreras a fin de evitar la propagación de ideologías contrarias al orden social. Aunque el autor reconoce que su acción fue antecedente de un pensamiento social cristiano, creo que hay que distinguir en este análisis las posturas del magisterio, de la de los católicos sociales que ya se pueden identificar a fines del XIX —pienso, por ejemplo, en Zorobabel Rodríguez—, los cuales comienzan a independizarse del magisterio en materias sociales, en su comprensión de la *Rerum Novarum* y para qué decir después de la *Quadragesimo Anno*. Si no, difícilmente podemos explicarnos, en primer lugar, la separación de *El Independiente* de *El Estandarte Católico*; y luego las motivaciones oscilantes que pueden identificarse en el catolicismo chileno. Por un lado, las de quienes entendían el compromiso social como un deber cristiano de facilitar la incorporación de todos los sectores de trabajadores a la dignidad de ciudadanos de pleno derecho, motivados por el reconocimiento de la situación de miseria y desprotección de los trabajadores. Ellos, consideraron su obligación el mejoramiento de las condiciones sociales y formularon un discurso donde prevalecían los conceptos de derechos sociales y políticos. Según este grupo, la responsabilidad por su resguardo correspondería a todos los actores sociales, incluyendo el Estado, y se abrieron a comprender el atractivo del liberalismo y del socialismo y, por lo tanto, a competirles en el terreno de sus reivindicaciones de libertad y participación. También buscaron la mejora en las condiciones de trabajo, el acceso a viviendas dignas, beneficios de salud y previsión y el establecimiento de asociaciones de socorros mutuos como deber de una sociedad cristiana, las cuales Yáñez describe en detalle. Por otra parte, efectivamente existían aquellos católicos que eran más reaccionarios a las presiones obreras y el temor hacia el socialismo y el comunismo y que no

necesariamente querían involucrarse en propuestas políticas. Opinaban que la superación de la pobreza no era un deber cívico de justicia que involucrara a los católicos, sino más bien un compromiso correspondiente al ámbito de la caridad cristiana. Solo un botón de muestra, el discurso de Rafael Luis Gumucio en la Convención Provincial del Partido de Valparaíso. En 1913 este afirmó: “Es preciso que marchemos junto con el pueblo, que sirvamos sus intereses, tomando la ofensiva contra los que [...] ahondan la crisis económica y encarecen la vida popular”⁴. Las posturas del padre Vives y luego del padre Hurtado confirman lo anterior.

Otro punto, tal vez menor: Juan Carlos Yáñez duda sobre la pertinencia de llamar “intelectuales” a los individuos que pensaron los problemas sociales en Chile a fines del XIX y comienzos del XX. Dice que más bien son abogados, profesores, periodistas, etc. Y prefiere llamarlos pensadores sociales. Esa es una discusión de larga data en la historia latinoamericana, y que llevó al norteamericano Allen Woll, en los 80, a considerar que, como además de hombres de pensamiento eran hombres de acción, y por lo tanto con intereses políticos, no correspondía asignarles la categoría de intelectuales. En el XIX, muchos historiadores prefirieron darles el nombre de “publicistas” en tanto forjadores de una opinión desde su posición pública. Lo anterior, para evitar críticas como las de Woll, quien supone que con el advenimiento de la modernidad, el intelectual, centrado en el saber, debe estar separado del poder para ejercer su rol en forma autónoma en ese espacio intermedio que define Habermas, donde los privados se reúnen libres de ataduras de dependencia para debatir lo público. Creo, siguiendo a Ángel Rama, que hacia comienzos del siglo XX los intelectuales adquieren cierta autonomía, lo que va de la mano con el auge de las profesiones liberales, y que ya hacia 1920 pueden participar en política en virtud de su alto espíritu crítico, derribando, de paso, lo que para Rama es la mítica y falsa imagen del escritor en su torre de marfil. Afirma que entre 1900 y 1930 los intelectuales ejercen una función ideologizante, conduciendo espiritualmente a la sociedad, lo que me parece que sucede crecientemente en, por ejemplo, el Chile del Centenario.

Por último, un punto sobre el corporativismo. Creo que desde el punto de vista de la construcción de la nación chilena, la “cuestión social” es un momento fundamental en la medida que, al plantear la relación entre empleadores y trabajadores o entre capital y trabajo, o entre pobres y ricos y entre caridad y justicia, está también planteando el tema de los derechos y remitiendo a los conceptos republicanos de igualdad y libertad. Es decir, está abriendo un nuevo momento en la discusión sobre los integrantes de la nación y las condiciones y privilegios de la ciudadanía. En ese sentido, me parece que no es el corporativismo el que hace sentir al pueblo, como afirma el autor, “parte integrante de la nación”, sino que es todo el proceso que se inicia con la presión de los trabajadores en la lucha de sus derechos y de la discusión que entabla la élite sobre los mismos, la que hace salir a la superficie un problema que tiene que ver con la actualización de la república y, en consecuencia, la actualización de la soberanía del pueblo moderno expresada en el ciudadano. El

⁴ R. L. Gumucio, *Rumbos del Partido Conservador. Discurso en la Convención Provincial de Valparaíso*, Santiago, Litografía e Imprenta Moderna, 1913.

corporativismo ya había surgido en el discurso político con el mismo Alessandri (en su discurso a la Escuela de Caballería a fines de 1923 y en su ataque a la junta de 1924), en la misma junta del 24 y su crítica a los políticos y en los textos que convocan a la Asamblea Constituyente y, finalmente, también en los círculos católicos: el padre Guillermo Viviani en sus *Doctrinas Sociales*, de 1919, ya hablaba de la idea corporativa como ingrediente de la doctrina social-cristiana y de las “fuerzas vivas de la nación”. En el fondo, el corporativismo era funcional a la crítica a la oligarquía, al liberalismo decimonónico y al socialismo marxista y también en parte a recuperar el autoritarismo apelando al ideal político portaliano de fundación de este “ser nacional”, como lo haría Encina, por ejemplo.

Este último comentario no tiene otro fin que insistir en la importancia que tiene para la historia de Chile la cuestión social que sirve de punto de partida para la reflexión de Juan Carlos Yáñez y para el despliegue de varias posturas ideológicas rupturistas con la tradición política del XIX. Creo que para Chile es el momento en que surge “el nuevo espacio público”, como titula Daniel Innerarity en uno de sus últimos libros, donde la política se convierte en un asunto público que discute la noción de poder como mera dominación, que plantea la representación genuina de los ciudadanos de la nación, y que entiende la identidad nacional como un lugar de encuentro en personas iguales y libres en interacción. Es el momento en que la pluralidad propia de la modernidad realmente se hace presente en la política chilena.

Finalmente, parece oportuno destacar la organización de la obra, el despliegue del relato, y la disposición de las fuentes, todo lo cual contribuye a que el libro se lea con facilidad en medio de la complejidad de su presentación. En ese sentido, el libro es un servicio a la pedagogía.

ANA MARÍA STUVEN
Pontificia Universidad Católica de Chile